

Amnesia 2032: A la orilla del Olvido

Matías Haro

AMNESIA 2032

A la orilla del
olvido...

Matías Solo

Capítulo 1

Notas del Autor.

Cuando lees libros de historia, ¿Te has preguntado qué hubiera pasado si un importante hecho histórico, no tuviera lugar?, ¿Qué consecuencias habría?, ¿Cómo sería la vida en la actualidad?

Vagando entre siglos y siglos, imagine un mundo muy distinto al nuestro. Un lugar donde la historia se desarrolló de forma tal, que varios países actuales no existieron.

Por ejemplo, en vez de que México se independizara, solo lo hizo el territorio del noroeste, la llamada Republica del Sílice en el año 1800. Las guerras mundiales nunca tuvieron lugar, la guerra fría tampoco, por lo que no hubo carrera espacial y el hombre jamás llegó a la luna.

Las armas nucleares fueron concebidas en 1955 y se consideraron gastos inútiles, la tecnología como la conocemos seguía siendo la misma, excepto claro por el ámbito armamentista.

Fue en este mundo, donde el evento conocido como, Amnesia 2032, tuvo lugar...

Capítulo 2

Prologo

Amnesia, soledad y caos...

Estas tres cosas, han atosigado a Vyeter los últimos seis meses.

Las palabras para describir lo que sentía, eran difusas. Su mente era un lugar caótico, sus sentimientos se mezclaron, como si alguien los hubiera metido en una licuadora que jamás se detendrá.

Caminaba cojeando de una pierna sobre las dunas de arena a las afueras de la ciudad de Elefthería que ahora yacía destruida y repleta de criaturas que alguna vez fueron personas iguales a él. Su único destino era el olvido.

<<Una distopia en ruinas>>, pensó él.

En el cielo flotaban extensas franjas de color rojo sangre, que se asemejaban a serpientes mitológicas. Con un trasfondo naranja violeta.

Lagrimas se escurrían de sus ojos, mientras cargaba consigo una sonrisa de locura. Su estabilidad mental pendía de un hilo deshilado.

El viento le pegó en la cara, haciéndolo tragar arena. Vyeter escupió asqueado y soltó una carcajada enferma. Sus piernas flaquearon y cayó de rodillas a media duna. El sol del mediodía calentaba su cuerpo físico; pero no su alma. Su carcajada se transformó en un alarido de dolor.

Se sentó sobre sus rodillas y giro la vista a la ciudad destruida.

— ¿Es este el mundo real, u otra pesadilla más?, susurro Vyeter

La ira que antes lo ayudaba a levantarse, le dio la espalda. Los remordimientos lo inundaron rematándolo.

—La realidad, es lo que nosotros queramos que sea, Vyeter...

Sin dar crédito a sus oídos, Vyeter alzo la cabeza. Delante de él estaba una adolescente de tez blanca, cuyos cabellos negros danzaban con el viento y sus ojos eran...

—*Esos ojos...*

Capítulo 3

Capítulo 1: Esos Ojos I

1:00PM, 12 de febrero del año 2032, Elefthería, Republica del Sílice.

La ciudad de Elefthería, al este de la Republica del Sílice. Era la puerta principal a la migración del vecino país de México.

Su nombre, provenía del griego y significaba libertad. Curioso nombre para una ciudad, cuyos habitantes están atados a ella, por un dispositivo llamado Transpondedor personal (TPS), que constantemente envía los datos de ubicación del usuario, además de datos básicos como su ritmo cardiaco e incluso su estado de ánimo, a un centro de comando diseñado específicamente para esta tarea. En otras palabras, un grillete de última generación.

Polémico para algunos, el TPS llegó para quedarse. Este dispositivo empezó a usarse desde hace dos años, como una respuesta del gobierno a la violencia. Cada ciudadano de quince años en adelante, debía usarlo obligatoriamente o si no, sería tratado como un enemigo de la nación, pena castigada con trabajos forzados.

Las voces disidentes que se negaban a esto, fueron silenciadas tiempo después. Sin que nadie se opusiera, los habitantes de Elefthería resignaron a vivir con el TPS.

El gobernador de la región, Omar Verlum, prometió que cuando fuera presidente de la nación, impondría el TPS en todo el país; eso claro si ganaba las elecciones de dentro de seis meses.

Volviendo la atención a Elefthería, nada anormal ocurría desde hace dos años. Todos los días eran rutinarios para sus casi dos millones de habitantes. Sin embargo eso estaba a punto de acabarse...

Un susurro en su oído, luego el olvido...

La mirada de cada uno de los 32 alumnos, más el profesor, estaba centrada en el joven de pie, junto a la última hilera de mesas a la izquierda, pegado a la puerta del aula.

—Dígame señor Zahir—El profesor Castañeda, un hombre de 52 años, sonaba muy arrogante esta mañana—, ¿Cuál es la respuesta al problema?

Alto, moreno y de cabello castaño oscuro. Dicho adolescente parecía estar muy confundido por la pregunta del profesor Castañeda.

En su mente, residía el más profundo silencio. Ningún pensamiento iluminaba en la oscuridad.

<< *¿Quién soy yo?* >>, Pensó él. Su voz interior hizo eco en las paredes de su cabeza, sin salir de su boca. Sus dedos temblaban y un fluido grasoso se escurría de ellos. Bajo la mirada, sus manos estaban llenas de sudor helado.

Hace unos momentos, el profesor Castañeda lo llamo Zahir. Eso le dio una pista al muchacho, de quien era. Una picazón extrema se desplazó desde su cabeza hasta su nuca. Sigilosamente, paso su mano por su nuca, disimulando una cara de confusión.

— ¿Nervioso señor Zahir?, replico el profesor Castañeda. El hombre vestido con un traje café, alcanzaba a vislumbrar su reflejo en los ojos oscuros del chico, al que intentaba intimidar.

<< *¿Mi nombre es Zahir?* >>

Tomando en cuenta que el profesor lo llamo "Zahir", ese debía ser su nombre. Curiosamente, una minoría de la población de la Republica del Sílice, era proveniente de oriente medio.

Detrás del profesor Castañeda, que permanecía con los brazos cruzados esperando una respuesta, se hallaba dibujado un complejo problema matemático, de cálculo diferencial en la pizarra electrónica.

<<*Mierda, mierda, mierda*>>

La desesperación por no recordar nada, crecía a cada momento. A su alrededor todos eran un montón de desconocidos.

—No tengo idea, replico él. Eso fue lo único que se le ocurrió contestar.

Lo que prosiguió a su respuesta, fue una inhalación comunitaria en

perfecta sincronía, seguida de una carcajada burlona.

<< *¿Debería haberlo sabido?* >>

Si bien, no podía recordar quien era. Él, sabía que ciertas habilidades se conservaban aun con padeciendo amnesia.

—De acuerdo señor Zahir, puede sentarse—Indico el profesor Castañeda—. De seguir así terminara reprobando el semestre.

Ser mal estudiante, explicaría porque no supo la respuesta. Zahir se sentó en la banca que tenía reservada para él. Sobre la mesa se encontraba un cuaderno abierto de par en par, cuyas páginas estaban en blanco y una pluma de tinta azul.

Escribió su supuesto nombre encima de la hoja, al menos sabía escribir. Removió las páginas del cuaderno buscando un indicio, infructuosamente.

Las risitas molestas de los adolescentes que lo rodeaban, revolotearon unos escasos segundos después, antes de que el timbre de salida sonara. Entonces el aula se liberó, como si estuviera envuelta en llamas.

Zahir escapo lo más pronto posible del salón, esquivando a la multitud en el pasillo. Encontró refugio en el baño de la escuela, donde apenas llego, se arrojó contra la pared y se cubrió la cara.

De alguna manera, su memoria desde el día que nació, hasta hoy, ha desaparecido por completo; sin embargo, inconscientemente conocía su entorno.

Esperando encontrar más pistas sobre su identidad, Zahir rebusco en su maleta alguna identificación. Al ser menor de edad, lo único que hallo fue una credencial de biblioteca.

<<*Mi nombre es Alí Zahir, pero nadie me llama así. Todos me llaman...*>>

Una punzada extrema atravesó su cerebro, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Antes de que una imagen distorsionada pasara delante de sus ojos.

<<...Vyeter>>

Tiempo atrás...

—Oye Vyeter, tienes algo de tierra en la cabeza, un momento es tu pelo.

Esa dulce voz repleta de ironía únicamente podía prevenir de una muchacha. Vyeter estaba sentado, debajo de la sombra de un gran árbol. La luz del sol, se filtraba entre las hojas y le pegaba en la cara.

Al acercarse la muchacha, Vyeter alzo la vista para mirarla. Los rasgos faciales de ella eran escasos, excepto por aquel par de ojos tan llamativos, que Vyeter adoraba.

— ¿Eso era todo?, ¿Viniste a burlarte de mi pelo?

La joven, que casualmente usaba una playera de manga larga oscura. Obtuvo un pequeño cristal de cuarzo, del tamaño de una nuez. Que posteriormente dejo sobre la mano de Vyeter.

—Guarda esto por mí, de esta forma lograras recordarme...

Es curioso que le haya dado un pedazo de cuarzo, cuyo compuesto químico es el SiO_2 , conocido también como Sílice. El nombre del país en el que ambos vivían.

De vuelta en el baño de la escuela, Vyeter rebusco en sus bolsillos hasta que encontró el cuarzo cristalino. Sostenerlo entre sus dedos le daba la paz que buscaba en estos momentos. A parte, una sensación de amor y tristeza, se diluían en el caótico océano que conformaba su alma.

Al salir del baño, aliviado por haberse acordado de su nombre. Vyeter atravesó el pasillo que tenía delante, por un lado estaban los salones, del otro, una serie de ventanas con vista al patio central, ubicado cinco pisos más abajo.

Las escaleras al fondo del pasillo, eran muy oscuras. Vyeter las descendió hasta alcanzar el primer nivel atestado de estudiantes desesperados por escapar de esta prisión de concreto. Se abrió paso entre ellos, hasta que alcanzo la calle.

El edificio de cinco pisos, quedó atrás unos instantes después. El cielo nublado, pronosticaba una lluvia inminente.

<<Espero poder llegar a casa>>

La rutina, es la madre de los desastres; pero en este caso, la rutina podría ser su salvadora. Vyeter se dejó llevar por sus instintos que lo guiaban en

una dirección desconocida para él.

La adrenalina hacia bombear su corazón con fuerza. Vyeter suspiro con tristeza para asimilar parte de la carga que llevaba a cuestas.

¿Cuál fue la causa, que lo conllevo a perder la memoria en plena clase?

La amnesia es un trastorno de la memoria, en la que no se puede conservar o guardar información en el cerebro. Existen distintos tipos y distintas causas, una de las cuales es causada por traumas en la cabeza; sin embargo, Vyeter no presentaba ningún golpe.

La otra opción, era que un mecanismo de defensa se activó en su organismo, para protegerse de un suceso traumático.

<< *¿Que me ha pasado?* >>, Pensó Vyeter.

En tanto reflexionaba sobre la causa de su amnesia. Vyeter llego a la estación del metro cercana a su escuela. Ese lugar era muy concurrido. Cientos de personas se aglomeraban en el complejo, para llegar a sus respectivos destinos dentro de la ciudad. La gente iba y venía, cada uno cargaba con una historia distinta. Indiferentes a los demás, arrogantes entre sí, esmerándose por alcanzar una meta imaginaria, impuesta por otros. Deseando egoístamente ser superior a la media.

Una banca, iluminada por un tragaluz en el techo, junto a una fuente de agua, era el lugar indicado para que los pensamientos de Vyeter se acomodaran donde tenían que ir. Este se desplazó a ese oasis en medio de la deprimente sociedad.

Contemplando a la gente que pasaba por allí, Vyeter se dio cuenta de que nadie le prestaba atención y se sintió insignificante, como si su vida no fuera más que una mera ilusión. Su personalidad le fue suprimida, borrada para siempre.

Reprimiendo esas ganas de romper en llanto, dentro de su corazón, lo que obtenía era más dolor.

<< *Aguanta un poco más, pronto estarás en casa* >>, se decía para sus adentros.

Su tristeza no duro más que unos cuantos minutos, antes de transformarse en ira. Esa emoción que por instinto conocía muy bien, la que le daba fuerza en las situaciones más difíciles.

<< *Solo déjalo salir* >>

Si alguien tuvo que ver en su amnesia, debió haber contado con que Vyeter jamás se detendría hasta dar con él.

Dicen que hay cosas que jamás se olvidan.

El teléfono que Vyeter desconocía, sonó en el bolsillo de su pantalón. Introdujo sus dedos huesudos para obtener el aparato, cuando una fragancia a lavanda se filtró por su nariz; pero antes de siquiera poder voltear para desvelar su origen, una sensación de pérdida, acompañada por un oscurecimiento de su visión, se hizo presente. Una extraña luz blanca iluminó el techo de la estación y se apagó segundos después.

<< ¿Deja vu? >>, Pensó Vyeter. Algo en su interior le indicaba que no era la primera vez que miraba esa misma luz.

— ¿La has visto?

<<Pero, que...>>

Esa dulce voz, esa voz que había escuchado antes...provenía de una adolescente de su edad, sentada en el otro extremo de la banca. Vestía uniforme de escolar, su piel era blanca como el cielo nublado, el cabello que se extendía hasta sus hombros y cubría parte de su rostro, era cabello oscuro como la noche, mientras tanto sus ojos eran...

<< ¿Cuánto ha pasado?, ¿Uno o dos años? >>

Han pasado dos años desde aquello que marco la vida de Vyeter para siempre; pero aún se acuerda como si solo hubiera pasado una hora.

Cada tarde del 30 de enero, Vyeter seguía un trayecto distinto al habitual. Uno que lo llevaba hasta cierto parque que lo reconectaba con su pasado y dejaba un ramo de gardenias sobre un altar construido de concreto para que perdurara como una capsula del tiempo, recuerdo del descuido.

Místicamente esta tarde era similar a la de hace dos años. Gotas de agua caían del cielo, que lloraba una pérdida.

Las lágrimas se entremezclaban en el rostro de Vyeter, quien fue el más afectado por lo sucedido.

Dejo el ramo encima y se arrodillo a un lado del altar, Vyeter no podía evitar sollozar cada vez que venía aquí, lamentarse aliviaba parte de su

dolor.

—Perdóname, perdona mi descuido...

Las nubes se abrieron y dejaron traspasar la luz del sol, como si alguien haya arriba lo hubiera escuchado.

—Tú no tuviste la culpa de aquello.

Vyeter se dispuso a levantarse, el reflejo del sol lo encandilo momentáneamente. Y cuando su vista mejoro...

—Esos ojos...

Capítulo 4

Capítulo 2: Esos Ojos... II

Tres Semanas Después...

2:30PM, 5 de Marzo del 2032, Elefthería, Republica del Sílice.

<<Esos ojos que me han mantenido despierto, los he visto de nuevo>>

Escucho su voz, vio sus ojos, ¿Entonces por qué no lograba acordarse del nombre de ella?...

Han transcurrido tres semanas desde que perdió la memoria, en ese tiempo, vagos destellos de luz han mantenido vivas las esperanzas de Vyeter por volver a la normalidad. Así mismo, ha hecho el mismo trayecto de su casa hasta la escuela, esperando encontrarse de nuevo con la muchacha de la estación.

<< ¿Cómo olvidarla? >>

Esos ojos penetraron en el alma de Vyeter, dejándolo al desnudo, sus miedos, sus ilusiones fueron absorbidas por ellos. A cambio, él pudo ver dentro de ellos y lo que vio lo dejó anonadado. Ya que descubrió un océano lleno de sentimientos iguales a los suyos.

Encontrar a la dueña de esos ojos, se ha vuelto su misión, es lo único que lo desconecta del mundo distopico en el que vive, del hecho de que perdió la memoria y de las causas probables por las cuales lo hizo.

Sin embargo, no ha podido dar con ella todavía.

Las gotas de rocío le aplastaban los pelos cortos. El viento helado le pegaba en la cara. Vyeter escondía sus manos dentro de su antigua chaqueta. Esta era una tarde lluviosa.

Para una ciudad rodeada por el desierto, la lluvia era un acontecimiento muy raro, el cual llevaba repitiéndose desde hace un mes.

El celular de Vyeter, comenzó a sonar repentinamente. El tono de mensaje era horripilante, él no se podía explicar cómo fue que se le ocurrió dejarlo

así.

Haciendo un gesto de horror, Vyeter se sacó el dispositivo del bolsillo y presiono un botón para acallar tal ruido. En la pantalla, Vyeter vislumbro un mensaje de dos palabras, con aspecto de discurso.

"¿Dónde estás?"

El mensaje provenía del celular de su madre, Vyeter esbozo una breve sonrisa. Ya que, según sus propias palabras, a su madre no le interesa si seguía respirando.

Luego de contarle que perdió la memoria, ella hizo un gesto que ni una nueva amnesia podría borrar de la mente de Vyeter. Desde entonces ambos llevan una vida agridulce, juntos.

Ni siquiera, se tomó el tiempo para contestarle. La edificación de dos pisos color cemento, que tenía por casa, se alcanzaba a distinguir hacia final de la calle.

Vyeter suspiro con desdén, como siempre lo hacía. Acto seguido siguió caminando. Él era el único bajo la tormenta, de vez en cuando un auto pasaba por la calle y procuraba alejarse de la acera, pues terminaría bañado.

El teléfono volvió a sonar, tres gotas de agua cubrieron la pantalla. La horrible tonada fue silenciada a tiempo por Vyeter. En la pantalla había un mensaje, ahora de tres palabras.

"¿Dónde carajos estas?"

En vez de hacer decaer los ánimos de Vyeter, el mensaje le hizo sacar una gran carcajada.

<<Que importante eres Alí Zahir>>, pensó Vyeter.

Una vez más, echo el teléfono a su bolsillo y continúo caminando. A Vyeter no le importaba tener una madre histérica en casa esperándolo, ansiosa por molerlo a regaños. Su interés era llegar y dormir. Si dios se lo permitía y nada se cruzaba en su camino, podría hacerlo en un par de minutos.

La cuadra se le termino, Vyeter a continuación una sola manzana lo separaba de un descanso merecido. En cuanto puso un pie fuera de la acera para cruzar la calle, sintió un jalón en la manga de su chaqueta. Se dio la vuelta y vio a una niña de unos catorce años, con la vista puesta en

el suelo. Su cabello lacio cubría su cara.

— ¿Puedes darme la hora?, dijo la niña. Para ser tan pequeña, hablaba muy formal.

Lo primero que se le ocurrió a Vyeter, es que la niña asistía a la secundaria de la colonia; pero el uniforme azul marino que ella traía puesto, refutaba su idea, es más, no se parecía a ninguno que hubiera visto antes. Un poco confundido, Vyeter enfocó su reloj de pulsera.

—Son las...

Sin previo aviso, la niña se prendió de él, como una chinche.

— ¿Qué haces?, pregunto Vyeter.

—Cállate y sígueme el juego—Forzado a eso, Vyeter pasó su mano por la espalda de la niña—. ¿Ya se ha ido?

— ¿Quién?

—El hombre que me ha estado siguiendo.

<< *Malditas drogas, están al alcance de todos* >>, pensó Vyeter. A parte de ellos dos, nadie más transitaba por la calle.

—Aquí no hay nadie.

La niña que seguía mirando el suelo, se apartó de Vyeter.

—Gracias.

Vyeter la miraba con escepticismo. Era más que claro que algo no andaba bien con ella.

— ¿Cómo te llamas?, dijo Vyeter.

—Soy...soy Akari, su voz era apenas audible.

—De acuerdo, mi nombre es Alí Zahir, pero puedes llamarme Vyeter.

<< *¿Qué clase de sobrenombre es ese?* >>, Pensó Akari. El sobrenombre del muchacho parecía darle gracia, pues soltó una pequeña risita. Además algo llamo su atención en la voz del joven al que acaba de molestar, << *¿Podría ser él?* >>

— ¿Tú estuviste alrededor de las dos de la tarde, el día 12 de febrero en la

estación del metro del este?, pregunto Akari.

—Así es—Vyeter ya sabía que esa niña tenía algo entre manos, su encuentro no fue para nada causalidad— ¿Por qué?

—Entiendo, sígueme tengo algo que mostrarte.

Akari se dio la vuelta y Vyeter se dispuso a seguir su propio camino. Aunque Akari sepa algo de lo ocurrido esa tarde, los instintos de Vyeter le pedían que se fuera a casa.

— ¿No escuchaste?, dije que me siguieras, increpo Akari.

Vyeter ya tenía suficiente en casa, como para quedarse a soportar los regaños de esa niña extraña.

—Adiós, replico secamente.

—La frase “esos ojos”, ¿no se te hace conocida?

Vyeter se detuvo. Su rostro se puso pálido y sus piernas flaquearon.

—Si quieres saber más, debes ir conmigo, afirmo Akari.

Dos opciones fueron dispuestas a Vyeter, una era hacer caso omiso y la otra, era indagar. Claramente opto por seguir a la misteriosa niña, de quien no sabía nada.

—Tengo que preguntarte algo, ¿De dónde sacaste ese sobre nombre “Vyeter”?

Una pregunta que Vyeter no podía responder, su memoria derruida no le daba para más.

—Es complicado.

Oculto en las sombras, un hombre de gabardina, pasaba inadvertido. El sombrero oscurecía su cara. En su oreja llevaba puesto un auricular.

— ¿Cómo va todo?, una voz robotizada salió del pequeño dispositivo.

—Pronto, Akari será historia, tal como el resto de su familia...

5:00PM, 10 de Agosto del 2029, Elefthería Republica del Sílice.

Los vecinos son parte esencial de la vida de los ciudadanos de Elefthería, en especial los del tipo fastidioso.

Por alguna razón, posiblemente para ahorrar espacio. Los departamentos de la clase media, contruidos por el gobierno, estaban separados por espacios de ochenta centímetros y para acabarla de amolar las habitaciones frontales compartían ventanas paralelas.

Debido a esto, incontables veces, Vyeter le pidió a sus padres que lo cambiaran de habitación, incluso el sótano parecía un lugar acogedor en comparación con esto.

Cada tarde, de cada día. La vecina del departamento de al lado conectaba las bocinas a su computadora y la anarquía comenzaba. Sus canciones no eran para nada malas, el problema residía en que ella intentaba cantarlas, lo cual molestaba a Vyeter.

Últimamente, sonaba la misma melodía una y otra vez. Afortunadamente su vecina permanecía en silencio.

Pegado junto a la ventana, Vyeter disfrutaba de la tonada. Las canciones rusas son inentendibles para alguien que solo hablaba español; pero la palabra "Beter", pronunciado "Bieter" y cuyo significado era viento. Se le pegó de tal forma que la adoptó como su sobre nombre.

Y esto se debe a una sola persona, su vecina...

—Muchas gracias...Zaida...

Capítulo 5

4:45PM, 5 de Marzo del 2032, Elefthería, República del Sílice.

Siendo el año 2032, contando con tecnología de realidad virtual disponible para todos e internet en cada casa de la nación. Los cyber cafés seguían existiendo y normalmente estaban llenos de gente los fines de semana. En uno de los tantos cubículos que había, Vyeter observaba por encima del hombro de Akari, algo que lo dejó helado.

El hermano de Akari, cuyo nombre no ha revelado a Vyeter. Trabajaba como guardia de seguridad en la estación del metro el día doce de febrero y grabó algo que lo dejó perplejo. Sin tener a donde recurrir, afirmó que era una falla de las cámaras a sus superiores; pero no pudo engañar a su hermana, a quien le cedió una copia del video original.

—Repítelo de nuevo...por favor...

Akari desplazó el ratón de la computadora, hacia el replay.

—Listo, “Vyeter”, replicó Akari burlescamente.

Desde hace dos horas, Vyeter intentaba que las imágenes fueran asimiladas por su cerebro; pero por más intentos que hacía, nada le resultaba. El video, perteneciente a una de las cámaras de seguridad de la estación del metro, fue tomado hace tres semanas. Los cuadros eran tan surrealistas que era difícil pensar que eran reales.

La secuencia de dos minutos de duración, lo mostraba a él sentado en la banca. Hacia el final, la imagen se hizo borrosa y una figura femenina apareció a su lado de la nada.

—Esos ojos, dijo Vyeter, quien mantenía fija la mirada en la pantalla.

Akari se le quedó viendo a Vyeter, aún más ansiosa, que este. A ella le gustaban las cosas del tipo paranormal y ese video probaba en lo que creía; no obstante una historia se ocultaba en las sombras.

— ¿Me puedes decir que significa “Esos ojos”?, pregunto Akari.

Esa frase acuñada a Vyeter desde hace dos semanas; esos ojos lo metieron en esto.

—Si te dijera algo ilógico, ¿me creerías?

—No soy tonta.

No sería tarea fácil, explicarle a una adolescente de catorce años, el hecho de que perdió la memoria hace tres semanas.

—Hace tres semanas, la fecha en que el video fue tomado, perdí la memoria por completo a mitad de una clase. Por lo que no sé qué significa la frase, “esos ojos”

Posteriormente hubo un silencio espectral en la sala. Incluso una señora que se encontraba dos computadoras al lado, se alzó por encima del monitor para mirar a Vyeter.

—Te creo, y yo vengo del futuro—Replico Akari levantando una ceja—. Al menos dime quien era la del video.

<<Para ser tan pequeña, su sarcasmo es enorme. Al menos no fui yo quien invento delirios de conspiración para acercarme a alguien>>, pensó Vyeter.

—No tengo idea de quien era.

—En el video no parecía eso, de hecho podría decirse que la conocías muy bien.

<<Esta niña debería de trabajar para la policía>>, pensó Vyeter, mientras introducía la mano en el bolsillo de su pantalón para sacar el cristal de cuarzo. El cual dejó sobre el escritorio.

—Posiblemente, sea la persona que me dio esto, dijo Vyeter señalando el cuarzo.

La curiosidad, hizo que Akari tomara el cuarzo. Lo examinaba detalladamente como una detective.

—Es bonito.

Ignorando que ese cuarzo podría ser un bien preciado de su pasado, Vyeter decidió que era hora de deshacerse de él.

—Si lo deseas, puedes quedarte con él.

—Gracias.

La emocionada Akari apretó el cuarzo entre sus manos, y por poco se olvidaba de lo ocurrido hace unas horas.

1:30PM, 5 de marzo del 2032.

Las paredes del diminuto cuarto, estaban pintadas de un blanco tenue. En el piso había ropa regada por doquier. Las cortinas impedían que entrara la luz del sol...

Un fuerte estruendo despertó a Akari, quien alzó la vista para descubrir a su hermano entrando al diminuto departamento.

— ¿Qué sucede?, pregunto Akari somnolienta.

El joven moreno de 21 años de edad, removi6 varias de sus cosas como un energúmeno. Antes de encarar a Akari y tomarla por los hombros.

—Akari, sé que te prometí buscar al sujeto del video, pero la gente mala viene por nosotros, así que tratare de despistarlos. Mientras tanto, tú ve a dar una vuelta por la calle, yo te encontrare en un par de horas.

— ¿Te sientes bien Akari?, pregunto Vyeter.

La cuestión quedo flotando en el aire sin ser respondida. Akari dirigió una mirada a la hora, las 5:15 de la tarde. El tiempo se le ha ido volando y su hermano debe de estar vuelto un loco buscándola.

Se levantó del sillón de rueditas dándole la espalda a Vyeter, junto su maleta y se la echó al hombro.

—Creo que ya es hora de que vuelva a casa—Dijo Akari con esa voz sombría que la distinguía—. ¿Podrías acompañarme, durante un rato más?

Akari se giró sobre la punta de sus pues, tenía la vista en el suelo. De hecho, desde que Vyeter la conoció, hace un par de horas, no le ha podido

mirar el rostro.

Finalmente ambos, salieron del cyber café. La tormenta se alejó de Elefthería ya un buen rato. El cielo se había tornado naranja y las escasas nubes que flotaban en él, brillaban en un tono rojizo.

Como si fueran hermanos, ambos caminaron durante media hora. Entre tanto, Vyeter no dejaba de pensar en el video. El nerviosismo en él se acrecentaba velozmente, su única defensa era su pensamiento racional, que menguaba los intentos del subconsciente por hacerlo desvariar y por tanto a perder la cordura.

—Oye “Vyeter”, ¿De dónde sacaste ese sobrenombre?

Akari dejaba en claro que no le creyó a Vyeter eso de haber perdido la memoria.

<<Debo ser más convincente la próxima vez>>, pensó Vyeter. Ya que su madre también se había negado a creerle.

—Ocurrió hace tanto, que ya no lo recuerdo.

— ¿Sabes tan siquiera que significa?

—Creo que es viento en idioma ruso.

—Ahora que lo pienso, no está nada mal.

La conversación en sí, no era más una forma de excusarse a sí misma y dejar de pensar en su hermano.

<< ¿Lo habrán atrapado? >>, pensó Akari.

—Cuando me conociste en la calle, ¿No pudiste haberme dicho algo coherente, en vez de decirme que te estaban persiguiendo?, pregunto Vyeter, sacando a Akari de sus pensamientos.

—Y cuando yo te pregunte lo de “esos ojos”, ¿No pudiste decirme algo más racional?

<<Mierda>>, pensó Vyeter. Aunque en verdad no sabía lo que esa frase significaba en realidad.

Un silencio los llevo a una esquina, donde su viaje finalizo.

— ¿Me prestas tu teléfono?, dijo Akari.

Sin pensarlo dos veces, Vyeter se desprendió del dispositivo, cuyo sonido le molestaba. Akari digito varios números en el celular y luego se lo regreso a Vyeter.

— ¿Qué esto?

—Es mi número, "si recuerdas algo de esos ojos", me gustaría saberlo, replico Akari burlándose del muchacho por decir que tenía amnesia.

—De acuerdo.

Instantes después, Akari se alejó corriendo y giro en la siguiente esquina, perdiéndose así de la vista de Vyeter.

<<Que niña más extraña>>

De pronto, su celular comenzó a sonar por tercera vez. Teniendo en mente de quien se trataba, Vyeter apago el teléfono.

En el momento, que se dispuso a darse la vuelta, un grito llamo su atención.

<< iAkari! >>

Pensando en lo peor, Vyeter recorrió el extenso tramo de calle en cuestión de segundos. Al llegar a la esquina, se percató que en plena acera se hallaba la maleta de Akari; pero esta no se encontraba por ningún lado.

Un escalofrió le recorrió la medula, esto ya lo había sentido una vez en el pasado...

Capítulo 6

Capítulo 4: Esos Ojos... IV

12:45AM, 6 de marzo del 2032, Elefthería, República del Sílice.

<< ¿Qué estás haciendo Vyeter?, ¿Por qué estás aquí? >>

Si no fuera por aquel momento que marco su vida hace poco tiempo, esta noche no estaría aquí.

El allanamiento de morada no era lo que preocupaba a Vyeter, ni el uso ilegal de las redes gubernamentales, para buscar un dispositivo celular con el cual encontró esta casa. Lo que le daba pánico a Vyeter, era lo que estaba a punto de hacer.

<< ¿Así abre sido antes de perder la memoria? >>, Pensó Vyeter.

Silenciosamente, Vyeter se acomodó junto a la puerta entre abierta de la casa. Por la rendija avisto una sala, donde un hombre de gabardina mantenía a Akari.

—Veremos si a tu hermano, le importa que te corte en pedazos—El hombre de la gabardina caqui, lucia histórico—, tal como lo hice con tus padres.

Aunque Vyeter se rehusaba al conflicto lo más posible y los asuntos de la familia de Akari, no eran de su interés. Una motivación interna, lo hacía cuestionarse a sí mismo. Cerró los ojos y respiro profundamente, permitiendo el libre flujo de la adrenalina por su torrente sanguíneo.

Empujo la puerta y corrió en dirección del hombre de la gabardina, tomándolo desprevenido. Vyeter se alzó en el aire y lo pateo en la cara con brutalidad. El líquido carmesí de la boca del hombre, ensucio la habitación.

En cuanto lo tuvo en el piso tristemente alfombrado, Vyeter lo golpeo en la cara en numerosas ocasiones hasta saciar su sed de sangre. Ante la mirada de Akari, que del miedo se arrinconó en una esquina y cubrió su rostro con ambas manos.

Para una niña de catorce años, esta escena era una especie de rutina, que

repudiaba.

Tan pronto como comenzó el asalto, este término. El hombre de la gabardina yacía inconsciente en el suelo, con la mandíbula destrozada. En tanto, Vyeter contemplaba sus manos totalmente rojas.

—Tengo miedo, suspiro Akari.

Luego de unos segundos, Vyeter salió del trance en el que estaba y acudió hacia la niña arrinconada. Puso sus manos en los hombros de ella para reconfortarla.

—No tienes por qué tener miedo, yo jamás permitiría que te pasara algo.

Una vez que el peligro paso, Akari levanto la mirada mostrándole a Vyeter su rostro por primera vez. Sus ojos parecían un par de esmeraldas perfectas, con distintivos rastros orientales y su nariz un tanto respingada.

<<Este instante, ¿ya había ocurrido antes? >>, Pensó Vyeter.

Bajo las escaleras, en un rincón oscuro olvidado. Un sollozo pasaba inadvertido para algunos; pero no para Alí Zahir. Ese sollozo en particular era muy especial, pues le pertenecía a una de las personas más importantes en su vida.

Cada lloriqueo venia seguido de un gimoteo y un silencio espectral, como si quien llorara le diera vergüenza admitirlo, o como si olvidara porque lo hacía. Para que al final un suspiro volviera a reiniciar el proceso.

Siguiendo el rastro del sollozo, Alí Zahir que por aquel entonces tenía quince años de edad. Se deslizó silenciosamente hacia las penumbras encontrándose al poco tiempo con una adolescente de catorce años, de cabellos oscuro ondulado, tez blanca un tanto pálida, tan delgada que le decían pica dientes y unos ojos oscuros que poco llamaban la atención.

— Así que aquí te escondiste de nuevo...Zaida, afirmo Vyeter, mientras se ponía de cuclillas frente a ella.

La chica limpiaba sus lágrimas, sonrojada. Debido a su condición anémica, sus compañeros se burlaban de ella tachándola de anoréxica o bulímica. Varios le lanzaban comida, la insultaban e incluso la golpeaban.

—Lo hicieron de nuevo—Replico Zaida sollozando—. No sé qué será de mí, tengo miedo de pensarlo.

La muchacha desamparada se encogió en su lugar, con la esperanza de que la tierra se la tragara y no quedara ni el más mínimo pedazo de su existencia. A lo que Vyeter respondió sonriendo y sujetándola por los hombros.

—No tienes por qué tener miedo, yo jamás permitiría que te pasara algo.

El sosiego dejaba claro que una verdadera tormenta se avecinaba. El teléfono de Vyeter volvió a sonar, esta vez era una llamada. El tono entrante era diferente, un problema menos de que preocuparse.

— ¿Diga?

— ¡Donde carajos estas!, ¡Son las tres de la mañana!, ¡Ya andas de nuevo con tus cosas!, ¿No es así?

<<Esas cosas>>, Pensó Vyeter. Por más que preguntaba, su madre nunca le respondía a que se refería con "sus cosas". Conociendo el discurso completo, apago el teléfono y le quito la batería. La distante luz lunar se reflejaba en su rostro, esta era una noche muy tranquila.

Dos personas se encontraban en un parque solitario en un extremo de Elefthería, una era Akari y el otro Vyeter.

— ¿Quién era ese hombre?, ¿Por qué querían matarte?, pregunto Vyeter.

Delante de él, Akari se mecía en un columpio, la punta de sus zapatos rozaba el suelo arenoso.

—Te he mentado Vyeter—replico Akari. Su voz sonaba como un murmullo en el viento, una simple insinuación—. Mi hermano no es guardia de seguridad en la estación. De hecho ni es mi hermano, en realidad él es...

El agua no encontraba resistencia al traspasar los pulmones de Akari. Sin las fuerzas para salir a la superficie, irremediamente moriría.

Hace unas horas el buque carguero lleno de inmigrantes, en el que viajaba, se hundió al chocar contra unas rocas a pocos kilómetros de la costa de la República del Sílice.

Sin previo aviso, una vez que Akari se agotó y dejó de pelear. Unas manos oscuras se acomodaron en su cintura y la llevaron lejos de su cruel destino.

—Él es el hombre que salvo mi vida, concluyó Akari.

La manera en la que ella se expresó, avivó los sentimientos de deja vu en Vyeter, sin que recordara nada nuevo.

—En realidad yo vengo de Tailandia, mi madre me dejó en la calle hace unos meses y opté escapar a la República del Sílice.

— ¿Tailandia?, yo pensé que eras...

—Mi padre lo era y mi madre se encargó de recordármelo todo el tiempo. El barco en el que viajaba se hundió en las costas hace unos meses y fui rescatada por otro pasajero, un francés que huía de su país.

La sensación de deja vu se hacía más grande, Vyeter sentía que en algún punto de su pasado, pasó por algo similar.

—Según lo que él me contó, unos hombres lo perseguían por un descubrimiento que había hecho, dijo que asesinaron a su familia por ello y que se quedó solo, es por eso que él me considera su hermana.

—Él, ¿tiene un nombre?

—Omar...Omar Louvre.

—Explícamelo de nuevo, ¿Cómo me encontraste?, pregunto Akari.

El sol le arrebató el reinado a las sombras, los haces de energía iluminaban un cielo que se aclaraba. Akari y Vyeter caminaban al encuentro de Omar Louvre.

—En un principio pensé en llamar a la policía, pero recordé que tú no traías un TPS contigo, por lo cual tuve que...bueno lo que hice es secreto de estado.

Introducirse a la red gubernamental no es nada complicado, el problema es explicárselo a una niña de catorce años muy escéptica.

— ¡Anda!, ¡Dímelo!, exclamo Akari haciendo puchero como si tuviera seis años.

—Primero tú dime, como es que obtuviste ese video de las cámaras de seguridad de la estación.

—Mi hermano, es decir Omar. Me dejaba sola en un departamento que rento mientras trabajaba y lo único que podía hacer allí encerrada para matar el tiempo, era infiltrarme en las redes de vigilancia gubernamentales, así es como conocí esta ciudad.

Sonaba triste; pero al mismo tiempo era una manera digna de reconocer un ambiente completamente desconocido.

—Para encontrarte hice lo mismo que tú, indague en las red gracias a tú teléfono, eso es todo.

Al cabo de un rato, llegaron a la misma esquina donde se despidieron el día anterior. Vyeter, quien apenas podía con su alma, se recargo contra el muro de concreto que rodeaba una obra en construcción y se deslizo suavemente hasta la acera. Sujeto los mechones de cabello oscuro que tenía para masajearse el cuero cabelludo.

—Te vez terrible, confeso Akari.

Vyeter se sentía mucho peor, levanto la cabeza un poco, unas ojeras muy profundas aparecieron bajo sus ojos.

—Gracias, por ser sincera.

Un joven moreno de 21 años de edad, apareció del otro lado de la calle. Tenía un bigote en cada esquina, algo que lo distinguía muy bien y sus ojos eran oscuros como el vacío del espacio. En lo que resta, era de ascendencia arábiga. Su nombre era Omar Louvre.

En cuanto diviso a Akari, corrió hasta ella y se arrodilla a su lado. La abrazo con tal fuerza, que sorprendió a esta.

— ¡Lo siento!, ¡inunca debí dejarte sola!, ¡perdóname por favor!, suplico

Omar.

<<Ese llanto, ¿por qué se escucha tan familiar? >>, Pensó Vyeter.

—No tengo porque perdonarte Omar, tú ya me salvaste una vez—Dijo Akari mientras pasaba sus manos por el cabello corto de Omar—, te presento a “Vyeter”, el chico que me salvo la vida.

Aun con lágrimas de arrepentimiento en los ojos, Omar alzo la cabeza y miro a Vyeter.

—Te debo mi vida, Vyeter...

Las despedidas no eran lo mejor de Vyeter, por lo que después de aceptar los modestos agradecimientos de Omar por haber salvado de Akari. Se distancio de ellos y regreso a casa con una satisfacción enorme.

Al atravesar el umbral de la puerta, de aquella casa que se parecía a las demás. Vyeter se encontró con su madre, cuyas cejas llegaban hasta el techo y con su lejano padre, que permanecía con los brazos cruzados en un rincón de la entrada muy serio.

— ¡Mira como vienes, todo sucio!, ¿Dónde carajos estabas?, increpo su madre.

—Salvando vidas madre mía, nada más salvando vidas, replico Vyeter pasando por un lado de su madre sin dirigirle la mirada.

— ¡Esto no ha terminado!, ¡Regresa acá de inmediato!

Haciendo oídos sordos, a los desesperados gritos de su madre, que intentaba por cualquier medio mantener el control sobre él, Vyeter escalo las escaleras de dos en dos hasta que se metió en su habitación.

Su deshecha cama individual lo esperaba con los brazos abiertos. Vyeter se arrojó sobre el colchón y se dispuso a dormir, sin importarle que fueran aproximadamente las seis y media de la mañana y que pronto tuviera que ir a la escuela.

Sin más que hacer, saco de su bolsillo los restos de su teléfono. Reconecto la batería y lo dejo sobre una mesita al lado de su cama. Más tarde en encenderlo, que este en sonar de nuevo, excepto que esta vez el tono era

distinto a las veces anteriores.

<< *¿Será el despertador?* >>, Pensó Vyeter.

Sujeto el dispositivo y contemplo la pantalla con un ojo entre abierto. Se desplazó por el menú y dio con un recordatorio, puesto hace más de tres semanas, poco antes de perder la memoria. Lo que vio lo dejó anonadado a tal punto que el sueño se le quitó.

“19-08-05-24=16-01-17-17, esta es la clave para el despertar. Te sugiero que no la pierdas Vyeter, ya que así podrás hallarla”

Junto al mensaje se hallaba una fotografía, de quien Vyeter menos esperaba. De algún modo la conocía...

—Esos ojos...

Capítulo 7

Capítulo 5: La otra cara de la moneda I

Elefthería, Republica del Sílice, 30 de enero del 2030.

En sus catorce años de existencia sobre este mundo ruin. Lea Azaré, jamás había escuchado un sollozo tan demoledor. Valeria su hermana mayor, apretaba sus manos tan fuerte, que ya estaban rojas.

Ambas escuchaban silenciosamente, desde el asiento trasero del auto de su padre, quien yacía sobre la calle inconsciente. El cristal roto les impedía identificar el origen del sollozo de aquel joven; pero con tan solo oírlo, se podían imaginar su cara de sufrimiento...

Dos años después...

Un ping sonaba en el cuarto oscuro. Las cortinas grises impedían la entrada de los rayos matutinos. Entre tanta oscuridad, un cursor brillaba en la pantalla de un ordenador de escritorio, como aquellos de antaño.

Para el sueldo promedio de una familia de clase media en la región de Elefthería, tener uno de estos, era algo muy improbable. Un contraste, puesto que dicha región era una de las más prosperas y tecnológicas de la Republica del Sílice.

Un violento timbrazo supero al ping de la computadora, arrancando a Lea Azaré, de los brazos de Morfeo. La muchacha de 16 años de edad, se despertó a más no poder. Una maraña de cabellos lacios cubría su rostro. Repentinamente un par de manos pálidas sobresalieron de debajo de las cobijas para apartar los mechones, descubriendo así, la cara de la chica. Sus mejillas eran flacas, como el resto de su cuerpo, ya que era delgada y chaparrita. Su nariz respingada y rojiza por llorar, mientras que sus ojos, que deberían de ser de un tono verde esmeralda, se tornaban de un color rojizo por culpa del insomnio. Ni las mejores pastillas aliviaban ese mal.

Sabiendo que se quedaría dormida de nuevo, su madre subió a su cuarto esta mañana y encendió el despertador para procurar que su hija fuera a la escuela.

—Al menos se preocupa porque vaya a la escuela..., suspiro Lea.

Cada mañana, de cada día, desde hace dos años. Lea disfrutaba de unos segundos antes de recordar porque su almohada estaba empapada por las lágrimas. Pasado ese momento, el sufrimiento la golpeaba de lleno, tal cual un boxeador noqueando a su oponente.

Asimilando esto, Lea se escurrió de la cama con los ánimos por debajo, llevaba puesta una camiseta blanca larga y muy guanga por tantos usos, su madre le había pedido que se deshiciera de ella, pero Lea se negaba. Camino hasta su ventana y abrió las cortinas, al instante la luz del sol penetra en la habitación. Las paredes de su santuario privado, o del centro de mando como a ella le gustaba llamarlo, se iluminaron reflejando los dibujos confusos y palabras profundas que solo ella leía, talladas con un marcador oscuro.

Posteriormente salió de su cuarto descalza y atravesó el pasillo que dividía su casa hacia el baño, aquel sitio tan desolador al que le daba miedo entrar. Apenas entró, una corriente de aire helado se desplazó por su espalda. Lea se encaminó al lavado y se apuró a lavarse su pálido rostro, para salir lo más pronto posible de ahí.

Su miedo se debía a que hace un año y medio, su hermana mayor se cortó las venas en la regadera, y fue precisamente ella, quien la encontró al día siguiente. Pensar en eso, la devolvía en el tiempo a aquella mañana de domingo, cuando la vio en una esquina de la regadera. Su piel estaba hinchada por estar tanto tiempo en el agua y de un color azulado, el suelo manchado de un espeso líquido carmesí y la mirada en su cara era...

Al momento de su muerte, Valeria ya casi cumplía los 18 años y pronto se liberaría de las cadenas de la opresión que sus desobligados padres ejercían sobre ella. A parte, era la más bonita de la escuela, era la más inteligente de su clase, era una persona con la vida resuelta. ¿Entonces cuál fue la causa, que la llevó a quitarse la vida?

La respuesta a esa cuestión era sencilla: el accidente que su padre provocó hace dos años...

La ansiedad, provocaba que Lea se comiera las uñas hasta el punto de que sus encías se pusieran negras por el esmalte que usaba. De reojo volteo hacia la computadora encendida. Anoche se desveló esperando un mensaje, que no llegó.

<< *¿Lo habrán atrapado?, ¿Estarán buscándome a mí?* >>, Pensó ella.

A parte de su depresión, y su miedo al baño de su casa. Lea era muy paranoica, al punto de que la cámara web de su computadora estaba tapada con cinta adhesiva oscura y los micrófonos desactivados. E incluso se dio a la tarea de instalar sensores de movimiento por toda su casa, sin que sus padres se dieran cuenta, pero con todo esto, nunca podría deshacerse del grillete electrónico, el TPS.

Acostumbrada a la rutina diaria, en un movimiento sincronizado similar al de un robot, Lea cubrió sus piernas con un par de mayas negras, antes de ponerse la falda gris de su escuela, luego una camiseta de manga larga negra con delgadas líneas grises, sobre la playera blanca y finalmente el par de botas de correas que tanto la distinguían. En tanto a su cabello lacio que caía hasta por debajo de su cintura, simplemente lo ato con una liga.

A un costado de la puerta estaba su maleta negra, Lea verifico que todo estuviera en su lugar, cuadernos, lápices, plumas, pastillas para la depresión, navaja para su auto defensa y la laptop portátil (un gasto innecesario según Lea), que el gobierno de Elefthería le regalo por su notas altas.

Finalmente se la acomoda al hombro, justo antes de salir lanzó una mirada al cuarto vacío para confirmar que no se le esté olvidando nada. Al estar segura de que todo está en orden, Lea se giró y se marcha por fin, dejando atrás sueños e ilusiones rotas. Sin contar el ping del ordenador, que sorpresivamente se detuvo.

Un mensaje apareció en la pantalla repentinamente, como en la película Matrix.

"Las cosas no han ido bien últimamente, creo que me están siguiendo los de la CVA y por el otro lado tengo a los del ETS presionándome para darles resultados. Si tienes la información que te pedí, por favor envíamela de inmediato. No tenemos mucho tiempo antes de que acontezca el primer evento."

Por otra parte, me gustaría conocerte. Solo he escuchado tu voz y me he tenido que imaginar cómo serías. Puede parecerte insensato de mi parte, en especial en esta situación, pero me agradecería que cuando todo esto terminara, pudiéramos vernos"

El viento del oeste proveniente del océano, atraía consigo a una tormenta de esas que duraban todo el santo día.

Tras cerrar el cerrojo de la puerta con candado, Lea depositó la llave en el macetero. Su casa no era muy diferente de las que había por la misma calle. Todas eran del mismo estilo, pintadas de un blanco pálido estéril, diseñadas para acabar con la personalidad de sus residentes, convirtiéndolos en gente mediocre y conformista que solo vive para trabajar, tal como los padres de Valeria. Quienes se preocuparon tanto por sus respectivas carreras, que se olvidaron de que tenían una hija viva todavía.

<<Maldita hipocresía>>, Pensó Lea viendo su casa, desde la acera. Ella odiaba ese lugar desde que se mudaron, apenas cumplió los cuatro años. Allí perdió a su hermana mayor y parte de sí misma.

Por más que Lea le daba órdenes a sus piernas para que fueran más rápido, estas no respondían. Acto seguido, sintió una fuerte punzada en la cabeza, como si le estuvieran clavando una estaca. Lea se arrodilló en plena banqueta, cerró los ojos, esperando que el dolor desapareciera. Esto sucedía muy a menudo desde hace un tiempo.

Solo ella sabía que padecía anemia por no dormir, ni comer correctamente.

La gente pasaba de vez en cuando, pero nadie le prestaba atención, por su apariencia todos pensaban que ella era solo una drogadicta más en este mundo que buscaba llamar la atención. Nadie se detenía a reflexionar y pensar en los verdaderos males que la molestaban, nadie se imaginaba que lo único que ella quería era tener una vida normal. Ella era una naufraga perdida en un océano infinito, rodeada por grandes barcos a los cuales les suplicaba ayuda y cuyos tripulantes en vez de lanzarle salvavidas, le lanzaban piedras para hundirla más.

<<Por favor, continúe con su camino, está obstruyendo el paso en la acera>>

La voz femenina que provenía de su TPS, la tomó por sorpresa causándole un pequeño susto. Ella se había olvidado del grillete electrónico que llevaba en la muñeca izquierda.

—Si claro, lo lamento, respondió Lea antes de ponerse de pie y proseguir

con su camino.

Una novedad de los TPS, a parte de la extrema vigilancia a la que estaban sometidos los usuarios, era el alta voz que disponían y que era utilizado por los operadores en caso de detectar una anomalía. Si no fuera suficiente con esclavizar a una ciudad entera, también le dictaban que hacer. Y en caso de no acatar las órdenes, los operadores contactaban a la policía para arrestar al usuario. Lea sabía esto, de hecho conocía a varios individuos a quienes les había pasado, por lo que guardaba sus ansias por pelear, en lo más profundo de su ser.

A pasos cortos, Lea conseguía avanzar a la parada de camiones que estaba en la esquina de la calle. Su vista nublada le jugaba bromas pesadas, ya que por unos segundos creyó ver a su hermana muerta ayudándola a levantarse. Fue este acto, lo que la hizo sucumbir por completo, aguantándose las lágrimas llegó a la parada. Se sentó en una banca solitaria y se cubrió el rostro con ambas manos a sollozar su pesar, debajo del manto grisáceo del cielo invernal.

El autobús 22, siempre era el mismo, siempre iban los mismos pasajeros y siempre era tan desolador.

La chica solitaria del último asiento a la derecha, era Lea. El jaloneo del camión al atravesar los baches de las calles de Elefthería, zarandeaban su ya de por sí, débil cuerpo.

—Como desearía no tener que hacer esto..., suspiro Lea tristemente. Ninguno de los otros pasajeros le tomo importancia.

Aburrida y con tiempo se sobra. Lea abrió su maleta y saco su teléfono celular, el cual recibió un mensaje. Su computadora y su dispositivo móvil, estaban sincronizados, por lo que probablemente sea el mensaje que la mantuvo en vela la noche anterior.

<<Ahora serás tú quien espere>>, Pensó Lea.

Movió sus cosas y encontró sus audífonos. Cinco minutos pasaron desde que los conecto, cinco minutos fue lo que duro la primera canción. Lea recargo la cabeza contra el cristal, a parte de su reflejo solo vio edificios grises, gente gris y la luz roja del TPS. Bajo sus ojos para ver su propio TPS. Lo único que pudo concluir, era que vivía en una distopia disfrazada de utopía.

<<7:05 de la mañana>>, Pensó Lea entre tanto bajaba del camión. Ella era la única en la entrada, al menos no tendría que hacer fila como en otras ocasiones.

En el portal de la escuela, la esperaba una mujer cuarentona vestida de militar. Su rostro la hacía parecer más joven, pero su mirada molesta la delataba. De sus labios arrugados sobresalía un cigarro, que sin darse cuenta le arrebatava la vida de a poco.

Bruscamente, la mujer tomo la mano izquierda de Lea cuando esta paso junto a ella y pasó un escáner por el TPS.

—Señorita Azaré, llega tarde de nuevo—su voz era ronca por los efectos del tabaco—. La dejare pasar por esta vez—concluyó esbozando una sonrisa, que hizo denotar sus arrugas.

Si no fuera por la familia de Lea, la situación seria diferente.

Dejando atrás el portal, Lea atravesó un caminito largo con pastos a los lados, hacia el imponente edificio de cinco pisos.

Desconecto los auriculares y los metió en su maleta, entonces contemplo el mensaje que estuvo esperando la noche anterior, en la pantalla del celular. Segundos después Lea sonrió disimuladamente, estaba sola en el pasillo, pero aun así era muy reservada.

—Yo también quisiera conocerte...

Detalles como este, alegraban su día, pero su felicidad, al igual que la vida de su hermana duró poco. En la esquina superior derecha del celular, aparecía la fecha.

<<30 de enero>>, pensó Lea. Se han cumplidos dos años exactamente, desde el accidente...

Dos años antes...

Como pudo, Lea se zafó del agarre de Valeria, y abrió la puerta del auto. Afuera llovía con brutalidad.

Una multitud se congrego en círculo delante del auto, junto al cuerpo que

el auto golpeo.

En vez de ir haya, Lea fue hacia el joven sentado en la acera, que sollozaba en silencio. Se acercó a él y puso su mano en el hombro del chico, este volteo para verla. Las palabras salieron sobrando, sus expresiones lo dijeron todo...

— ¿Cuál es tu nombre?, pregunto Lea.

El joven se limpió el par de lágrimas que se escurrían por sus mejillas.

—Yo soy...mi nombre es Alí Zahir...

Capítulo 8

Capítulo 6: La Otra Cara de la Moneda II

8:30AM, Elefthería, Republica del Sílice a 30 de enero del 2032

El edificio en forma de C que constituía a la preparatoria 114, estaba formado por tres Alas de edificios independientes, el Ala 1, el Ala 2 y el Ala central. Desde que se inauguró la nueva Ala 2 en el año 2031, el Ala 1 ha sido abandonada prácticamente, salvo por algunos cuantos profesores que seguían impartiendo clases allí.

Al igual que con las estructuras de las antiguas civilizaciones, el Ala 1 se fue deteriorando poco a poco. Los baños, que a pesar de que seguir operando, quedaron vacíos en una su absoluta decadencia. Como con la mayoría de los edificios antiguos, un sinfín de leyendas urbanas, fueron apareciendo con el pasar de los meses. Algunas eran copias de leyendas muy conocidas y otras pocas tenían sus orígenes en la mente trastornada de los adolescentes.

En fin, todas lograron su objetivo: alejar a los estudiantes, a todos excepto a Lea Azaré. Ya que aquí, ella podía estar apartada del resto del mundo.

Al cabo de un tiempo, Lea se acostumbró al olor putrefacto que emanaba de los retretes, de la literatura abstracta pintada en las paredes por adolescentes problemáticos y sus intentos desesperador por dejar una marca insignificante de su paso por el mundo.

Esta mañana de enero, el sonido de las teclas retumbaba por las cuatro esquinas.

En uno de los cubículos, Lea desplazaba ágilmente sus dedos sobre el teclado creando comandos que al instante aparecían plasmados en la pantalla. Sus ojos apenas parpadeaban.

<<Más rápido>> Pensó. El golpeteo se volvió más seguido, el ritmo de trabajo de Lea, se volvió casi sobrehumano. La información encriptaba a la que quería conseguir acceso, valía la pena el esfuerzo. Justo cuando estaba cercas de terminar, una punzada atravesó su cerebro de extremo a extremo. Al instante, cayó rendida de espaldas contra el respaldo del

retrete, la computadora portátil cayó al suelo sin sufrir daño alguno.

Una luz blanca caía encima de ella, Lea contemplaba con terror a su desfallecida hermana Valeria. Por más que lo intentaba, no podía ir en su ayuda, su cuerpo estaba paralizado por el miedo.

— *¡Valeria!, exclamo Lea agudamente.*

Su hermana se movía, pero no de un modo que un ser humano normal lo haría. Su piel tenía un tinte azulado, resaltando las venas en su piel. Su ropa escurría agua.

Luego de haberle gritado, Lea se arrepintió de haberlo hecho. Valeria se puso de pie, esbozando una horrenda sonrisa.

—*Tú me dejaste morir, ahora morirás conmigo...Azalea, dijo Valeria con voz ronca y anormal.*

Esa pesadilla la atormentaba cada vez que cerraba los ojos. Por lo cual era otra de las causas de su insomnio, junto al estrés y a la indiferencia de sus padres.

<<Azalea>>, Pensó.

Ese sobrenombre era un acrónimo de su nombre real Azaré Lea. Su hermana Valeria fue quien se lo puso y también la única que la llamaba de esa manera. Fue un día gris igual que este.

Cuatro años antes...

A temprana Lea se distinguió de su hermana Valeria, por ser más tranquila e inexpresiva. En otras palabras: depresiva.

Un día lluvioso de otoño, mientras ambas estaban en el cuarto que compartían en su antigua casa a las afueras de la ciudad. Valeria, de catorce años de edad, en ese entonces. Estaba tirada en el suelo de madera del cuarto, escribiendo cuanto código se le ocurría en un cuaderno. Por lo general cualquier cosa, ya sea un cuento, una novela o una película. Detonaban su imaginación. En este caso se trató de un filme de suspenso.

En el otro extremo del cuarto, Lea se hallaba sentada con las piernas cruzadas, encima de su cama. Deslizaba su dedo índice por el nuevo teléfono que su madre le compro. La tecnología era su único fuerte; no obstante, pasado cinco minutos, se aburrió del dispositivo innovador y lo lanzó a su cama. Se irguió para ver por la ventana, las gotas de agua golpeaban contra ella.

La diferencia entre hermanas era inmensa. Por un lado Valeria, tenía el cabello rubio ondulado y ojos verdes, aparte de que se vestía con ropa de colores vivos, en cambio Lea era de cabellos oscuros e igualmente ojos verdes. Se decía que Valeria heredo los genes de su padre, mientras que su hermana los de su madre; sin embargo, las diferencias no inferían en que ambas se llevaran bien.

Un avión de papel se estrelló contra la ventana. Sobre las alas había escrito un mensaje. Este método que las dos llamaban "correo aéreo", les servía para no hacer tanto ruido y que su madre, quien sufría de constantes migrañas, viniera a regañarlas.

"De ahora en adelante, te diré Azalea. ¿Te gusto?"

Luego de leer el mensaje, Lea se giró para ver a Valeria, quien le dedicaba una gran sonrisa, que abarcaba todo su rostro. Sin saberlo, esos serían los últimos días buenos que disfrutarían, ya que poco tiempo después se mudaron a su actual casa, por el trabajo de sus padres.

Un poco atontada, Lea recogió la computadora y la apoyó sobre su regazo. Miraba borrosamente y el dolor de cabeza no se le quitaba. Se acarició las sienes durante unos momentos hasta que su sufrimiento se redujo lo suficiente como para volver a trabajar. Se enfocó en la pantalla donde aparecía un mensaje:

"Ejecutar Y/N"

El desmayo que acababa de sufrir le quitó los ánimos de revisar los archivos que acababa de desbloquear. Cerró la computadora y suspiro mientras se recargaba en el asiento del baño.

Se inclinó y tomo su maleta buscando unas vitaminas que le habían recomendado la última vez que asistió al doctor, hace quince días exactamente; sin embargo, se acordó que cuando reviso su maleta por la mañana, no había ningún frasco en ella.

Resignada, Lea guardo la computadora en la maleta y se la echo al hombro. Salió del cubículo hacia el lavado. Abrió la llave y puso sus manos bajo el agua para lavarse la cara, al contacto su mente se agilizó de

nuevo.

Tras cerrar la llave y alzar la mirada, contemplo a una chica demacrada, con la piel pálida, los ojos rojizos por no dormir y el cabello mal arreglado, ¿Dónde había quedado la niña que siempre sonreía?

<<*Fue arrollada por un idiota*>>, pensó Lea.

En su condición actual, tenía que buscar algo de comer pronto o lo lamentaría. Los desmayos eran comunes, pero si no los atendía podía tener que hacer otra visita al hospital, lo cual había evitado los últimos quince días.

De un momento a otro fue trasladada a aquel sitio más deprimente que los baños de su escuela. Las enfermeras cuarentonas mal humoradas, que de vez en cuando salían a fumar al callejón de atrás, haciendo como que no pasaba nada y el doctor setentero que nunca pudo autor realizarse y que en su vejez solo le quedaba torturar a sus residentes ansiosos por trabajo.

Cada vez que Lea hacia una visita, la trataban peor que a los prisioneros de guerra. Las enfermeras la maltrataban y la tachaban de anoréxica, el doctor intentaba toquetearla supuestamente para analizar la flexibilidad de su piel, algo que no permitía. De hecho la última vez estuvo a punto de romperle la nariz al doctor rata, como a ella le gustaba nombrarlo. Porque era, bajo, bigotón y usaba una bata opaca por el uso.

Pensar en ello, le causo un escalofrió, seguido de nauseas. Lea oprimió su estómago que hacia ruido incesantemente.

Tras salir de los baños, la luz del ventanal le pegó en la cara encandilándola.

<<*Mierda*>>, Pensó.

¿Quién diría que ese mismo ventanal, le salvaría la vida dentro de tres semanas?...

9:00AM, 12 de febrero del 2032, Elefthería, Republica del Sílice.

Las últimas horas han sido las más oscuras en la vida de Lea Azaré. Su

cuerpo entero temblaba por el miedo.

<< *¿Cómo?, ¿Cómo es posible que ellos hagan eso?* >>, Pensó Lea. Ella caminaba por el pasillo del segundo piso en dirección a los baños, con la vista en el suelo. No se dio cuenta de que un joven corría en dirección contraria y en cierto punto ambos chocaron.

El joven siguió corriendo sin voltear atrás. En tanto Lea se puso de pie apoyándose en la pared, sus piernas flaqueaban. Otro día con gusto habría peleado, pero ahora ni eso podía hacer.

La información que hace tres semanas se negó a abrir, la atormentaba ahora. Las imágenes, las palabras, el terror mismo.

Llego ante la puerta de los baños, cuando por casualidad se giró para ver por el ventanal. Sus ojos se pusieron como un par de platos y en ellos se reflejó aquel triángulo invertido al que tanto le temía y detestaba.

Sus labios se sacudieron, Lea intentaba gritar, pero se le había formado un nudo en la garganta.

—Me encontraron, susurro Lea...

8:55AM, Elefthería, Republica del Sílice a 30 de enero del 2032

Los beneficios de ser invisible para la sociedad, varían de persona a persona. Para Lea, dichos beneficios se traducen en libertad de movimiento por toda la institución, la posibilidad de faltar a clases y después fingir que asistió, darse una que otra escapada, dormir en los baños o estudiar en ellos, y su favorita: poder ir a comer a cualquier hora; sin embargo eso es algo poco común por los bajos fondos de los que disponía.

A pesar de que sus padres le daban dinero, ella se rehusaba a gastarlo. En sus propias palabras: "ese dinero es mal habido"

Irónicamente Lea subsistía, vendiendo tareas a sus compañeros de clase. Un negocio muy lucrativo en esa época de ignorancia.

<<*No es tan lucrativo*>>, Pensó Lea. En tanto observaba el par de lirios (moneda nacional de la Republica del Sílice) en la palma de su mano. Con eso le alcanzo para comprarse una barra de chocolate en una máquina

expendedora. La devoro ahí mismo y arrojé la envoltura a un bote de basura cercano.

Posteriormente vió el reloj sobre la máquina expendedora, faltaban cinco minutos para las nueve. Lea tenía que volver a su escondite lo más rápido posible, si no, una de las prefectas podría notarla.

Como una muerta viviente, Lea regresó a los baños para refugiarse en ellos.

Elefthería, Republica del Sílice a 30 de enero del 2030

Jacques V. Era el padre de Lea Azaré. Él tenía sus orígenes en la Francia del viejo continente, era un hombre frustrado y déspota, muestra de ellos era que manejaba a toda velocidad por una calle al este de Elefthería.

—Papa, vas demasiado rápido, dijo Valeria. La única de las dos hijas de Jacques que se oponía al despotismo de su padre.

Un par de ojos verdes se asomaron por el retrovisor del automóvil, a lo cual Valeria respondió desviando la mirada.

Fueron un par de milésimas de segundos, lo que su padre volteó a mirarla amenazándola. No parece la gran cosa, pero en ese par de milésimas Jacques atropello a alguien. El cristal del vehículo se distorsionó impidiendo la vista, Jacques apretaba el volante con ambas manos, su mandíbula temblaba mientras pisaba el freno.

Mientras tanto en el asiento trasero, Valeria se llevó ambas manos a la cabeza.

—Yo lo provoqué, yo solo quería que parara—susurraba Valeria sollozante—. No quería que nadie saliera lastimado.

Del otro lado, su hermana menor parecía inexpresiva, quizás porque tenía catorce años, no comprendía lo que sucedía, una hipótesis poco probable para una niña tan despierta como ella.

Las únicas palabras tres palabras que dijo no venían al caso en este momento. Sino más bien se refería al haz de luz que descendió del cielo

Iluvioso.

— ¿La has visto?...

Capítulo 9

9:15AM, Elefthería, Republica del Sílice a 30 de enero del 2032.

De vez en cuando, Lea Azaré se veía obligada a entrar a las clases y las veces que lo hacía se desarrollaban de la misma manera, por una misma causa y un mismo efecto. Poco antes de llegar a los baños del Ala uno, la prefecta María de los Ángeles García la interceptó y ahora la escoltaba hacia su salón.

La mujer de 54 años de edad, sujetaba tan fuerte a Lea que encajaba sus uñas largas en la playera de la muchacha, como si se le fuera a escapar. Ella no media su fuerza cuando de cumplir con su trabajo se trataba. Era procedente de la vecina colonia española, igual que el 10% de la población de Elefthería. Vino aquí cuando muy niña, por lo que sus raíces se debilitaron al punto de que ella decía ser oriunda del norte de la Republica del Sílice y no del extranjero. A pesar de eso, no podía dejar salir una majadería con acento español de vez en cuando.

Vestía un uniforme militar al igual que la señora de la puerta. De hecho, la gran mayoría de las prefectas, profesores e incluso el director, hacían uso de este tipo de prendas. La razón era que apoyaban al partido libertad del norte, que actualmente gobernaba la ciudad y regiones aledañas de Elefthería.

<<*Siempre política*>>, Pensó Lea. Llevaba la mirada puesta en el suelo. Se sentía como una condenada a muerte, en vísperas de su ejecución. Se imaginaba estar delante de un pelotón de fusilamiento, ansioso por llenarla con plomo.

Las dos se detuvieron ante una puerta de pobre madera. María de los Ángeles golpeó dicha puerta en tres ocasiones.

—Pasé, se escuchó venir del interior.

María de los Ángeles empujó a Lea dentro del aula y luego le quitó las garras del hombro, por lo que la chica exhaló aliviada. Los 32 alumnos en el interior se les quedaron viendo.

—Maestra Olichev, su alumna estaba perdida—Afirmó María de los Ángeles, mientras acariciaba los cabellos lacios de Lea—, pero ya la he

traído de vuelta—Se giró hacia Lea sin soltarla—Tal vez no deberías ser tan despistada, esta es la tercera vez que te pierdes en la semana.

Dicho esto, Lea escucho una breve risa por parte de sus compañeros, antes de ver partir a María.

—De acuerdo, replico la maestra Olichev. Ella era una joven profesora recién egresada de una universidad en la Republica de Uzbekistán en el continente asiático, además era la única persona en la institución del agrado de Lea, debido a que no fingía pertenecer a la milicia—. Lea, ve a tu lugar.

La maestra Olichev, vestía un largo vestido blanco con un suéter gris. Su cara era típica de oriente medio, ya que sus abuelos emigraron a Uzbekistán procedentes del Líbano hace muchos años. Sus ojos eran verdes como las selvas de Sudamérica y su piel morena como las arenas de la Republica del Sílice.

Lea se sentó en las penumbras, mientras la maestra Olichev continuaba con su explicación. Las muchachas a su lado, comenzaron a cuchichear entre ellas y de vez en cuando le dirigían la mirada con lastima.

<<Por mi pueden irse las dos a la mierda>>, Pensó Lea.

Sabiendo que a la maestra no le importaba lo que hiciera, siempre y cuando presentara los trabajos a tiempo. Lea dejo su maleta encima del banco y posteriormente recargo la cabeza en ella.

Su pulso se desacelero. Las arterias de su cerebro empezaron a desinflamarse, por lo que el dolor desapareció. Gracias al cansancio, producto del insomnio, Lea se quedó profundamente dormida, sin miedo a tener esa pesadilla que la atormentaba.

12:00Am, Elefthería, Republica del Sílice, 12 de febrero del 2032.

La adrenalina es una herramienta muy poderosa, que ha ayudado a la supervivencia de la raza humana durante milenios. Otra es la sensación del miedo y una última, que en bajas dosis es de vital importancia, la paranoia. Mientras se daban este tipo de reacciones químicas en el interior de Lea, ella buscaba una manera de escapar de la escuela.

"Señorita Azaré, favor de reportarse en la entrada"

El aviso resonó en el pasillo infestado de alumnos. Para su mala suerte, Lea sabía que venían por ella, después de todo nadie más compartía el desventurado apellido Azaré.

<< *iJoder!... ijoder!, ijoder!* >>, Repetía Lea en su mente. Al poco tiempo vislumbro la salida, así como a un par de sujetos vestidos completamente de negro, que llevaban una banda roja en el brazo con un símbolo marcado: el triángulo invertido.

<< *iNo puede ser!* >>, Pensó.

Dispuesta a no ser capturada, Lea se giró sobre sus talones. El portón no era la única salida de esta prisión disfrazada.

A través del patio delantero, Lea llegó hasta una parte de la reja que permanecía abierta. Traspasarla no fue difícil, pero en el proceso se manchó de lodo.

La calle vacía parecía tan apacible, que Lea tocó sus rodillas y suspiró aliviada; no obstante apenas se irguió, miró al par de sujetos siguiéndola de cerca.

La persecución a través de las calles de Elefthería prosiguió durante algunos minutos, hasta que finalmente Lea se escabulló de sus perseguidores.

Se detuvo en un callejón, se recargó contra la pared para descansar unos instantes. Tomó el teléfono que su padre, la obligó a traer siempre con ella e introdujo una serie de números. El tono de marcado sonó un par de veces, antes de que alguien contestara.

— *iMe están persiguiendo!*, grito Lea a la bocina del aparato.

El silencio perduro por unos segundos, que para Lea fueron eternos.

—*Lo siento niña, no puedo hacer nada por ti*, se escuchó la voz de un hombre maduro del otro lado.

—*Eso no es posible, yo...*—no hubo tiempo de decir más, la llamada terminó abruptamente después de ese comentario—*yo confié en ustedes*—concluyó Lea sollozando.

Abandonada a su suerte por quienes Lea pensó que iban a protegerla, sus ánimos por sobrevivir se vinieron abajo, como la nieve que se desprende

de las montañas para crear avalanchas o como los años que hacen sucumbir a los edificios. Lea se puso en cuclillas, abrió su maleta y de esta obtuvo, una hipodérmica que contenía un líquido cristalino.

Sostenía en sus manos su única su salvación y también su perdición...

Arrojo la hipodérmica a la maleta. Se puso de pie y volteando en todas direcciones, continuo por la calle, hacia el final se encontraba una estación del metro.

Un conjunto de emociones se aglutinaron en su corazón inflándolo como un globo de helio flotante. En este punto, Lea estaba muy expuesta a cualquier ataque. Una camioneta negra pasó a su lado a gran velocidad, por unos momentos su pulso se fue a las nubes, luego descendió a las profundidades de la tierra,

La estación del metro sur, quedaba cerca de su escuela. Era un sitio muy transitado y no muy moderno, comparado con la estación central. Lea encontró refugio en una fila de asientos vacíos, cada segundo que transcurría, era un lujo inigualable lleno de gloria.

Rebobinando su vida, las últimas dos semanas han estado llenas de sentimientos. Amor, odio, tristeza, todas ellas aparecieron una tarde lluviosa de enero.

<<Si no hubiera pasado por esa misma calle, si no hubiera caminado tan despacio, si no me hubiera desmayado>>

Diferentes cuestiones de percepción sobre lo ocurrido esa tarde. Lo cierto es que algunas veces, suceden cosas que no se pueden explicar. Un ejemplo de ello es ese encuentro.

Desde entonces, la vida depresiva de Lea se fue por un caño. Si bien, no dejo de sufrir, al menos ya no estaba sola. Pensar en quien la hizo sentirse así, le sacó una sonrisita que la sonrojo; sin embargo, al igual que la mayoría de historias de amor, esta se tradujo a tristeza. Cuando la verdad fue revelada, esta los separo.

El mismo error de hace dos años, culpa del padre de Lea. Considerando las desgracias que le ha causado, puede decirse que Lea lo detesta más que a otra persona en el mundo. Primero le quitó a Valeria y luego a su primer amor.

Lea apoyo los codos sobre sus rodillas y con sus manos tocó sus mejillas. Sabía que ahora tendría que escapar sola.

La etapa de éxtasis fue interrumpida por su celular, Lea no se tomó la

molestia de ver quien era y fue directo a contestar.

— ¿Diga?

—Puedes esconderte, pero mientras tengas tú TPS atado a tu muñeca te encontrare, así que deja de huir y ven a hablar conmigo, tal vez podamos arreglar algo.

Si no fuera porque Lea conocía al hombre que la llamaba, posiblemente hubiera aceptado su propuesta.

—Lo siento, pero no.

— ¡Cometes un grave error señorita!

Lea sonrió tristemente. A ella jamás se le llegó a ocurrir que las cosas llegarían a este punto, una lágrima sobresalió de su ojo izquierdo.

—Te equivocas, el que comete los errores graves eres tú...padre...

9:45AM, Elefthería, Republica del Sílice 30 de enero del 2032.

No todo era libertinaje en la vida de Lea. A veces tenía que mostrar un poco de interés en las clases para conseguir los créditos necesarios para poder graduarse.

Dando la espalda a la Pizarra, Lea leía con atención un pasaje de la historia de la Republica del Sílice sobre la última batalla contra los franceses. Con sus dedos delgados pasaba las páginas.

"10 de agosto de 1832

Las tropas francesas dirigidas por el general Callum desembarcaron en el puerto de Elefthería a cuarenta kilómetros al sur de la ciudad. Se estima que en total, las fuerzas invasoras eran de entre 350,000 y 500, 000 soldados, sin contar con el poder de fuego de las naves con las que contaban.

Ante una inminente invasión, el gobernador Al-Zajarí ordeno preparar la defensa. Con pocos recursos, movilizo a su pueblo para protegerse de los

franceses.

Luego de dos semanas de cruentos combates, los franceses salieron derrotados. Hoy en día el pilar en el centro de Elefthería recuerda a los valerosos hombres y mujeres que... "

<<No de nuevo>>, Pensó. Acto seguido se desplomo de lado golpeándose la cabeza contra la esquina del escritorio de la profesora Olichev, tiñéndose de carmesí.

Poco antes de cerrar los ojos, un haz de luz penetra en el salón. Antes de desmayarse Lea tuvo el tiempo de pronunciar una palabra que significaba mucho para ella, pues era el primer indicio del fin del mundo...

—Slipstream...

Capítulo 10

4:00PM, Elefthería, Republica del Sílice a 30 de enero del 2032.

Las paredes eran del mismo color que el cielo nublado de haya afuera. Una lámpara de luz opaca titilaba en el techo. El estrecho cuarto de 3X3 metros, estaba lleno de estantes con indumentaria médica.

Un golpe en la cabeza, llevo a Lea al lugar que ha estado evitando las últimas dos semanas: El hospital general de Elefthería. Ahora lo único que debía hacer para lidiar con esto, era aguantarse.

—Deberías considerar volver con el psicólogo, dijo el doctor Rata.

<<*No lo creo*>>, Pensó. El psicólogo era otro caso. Un hombre frustrado al que no le agradaba su profesión. Que durante las sesiones se dedicaba a jugar con su celular a espaldas de los pacientes y que al final les recetaba anti depresivos. Ya fuera cualquier problema, él le daba la misma solución a todos. Técnicamente un vendedor de droga legal.

Lea estaba sentada al borde de la cama del hospital, mientras que el doctor Rata, se apoyaba en la pared.

—Gracias por su interés, pero no es necesario, replico Lea monótonamente.

El doctor Rata se acercó a Lea y apoyo sus manos en los hombros de la chica.

—Soy doctor, quiero que estés bien.

Prontamente Lea se apartó de él. Un escalofrió proveniente de sus hombros recorrió todo su cuerpo, como una onda expansiva.

—No iba a lastimarte, recuerda que soy doctor.

<<*Si claro, un doctor que quiere acostarse con cuanta jovencita se le tropiece en el camino, viejo rabo verde*>>, Pensó Lea.

— ¿Ya puedo irme?, pregunto Lea.

—Aun no, extiéndete la manga del brazo que tengo que inyectarte unas vitaminas para que puedas llegar a tu casa, dijo el doctor Rata sosteniendo una jeringa.

<<Mierda>>, Pensó. Desconfiada e imaginándose que probablemente se trataba de una droga que la haga dormir, Lea extendió la manga derecha de su camiseta oscura y observo un escarpelo a su alcance. Si ese vejete intentaba algo, ella lo detendría en el acto.

El doctor Rata, tomo a Lea por el brazo, en un movimiento que se consideraría una caricia lo cual hizo que la muchacha se estremecería negativamente.

—Tienes buena piel, dijo el Doctor Rata.

—Terminemos con esto doctor, tengo que irme a casa.

Sin piedad, el doctor Rata dejo caer su mano sobre la vena del brazo de Lea. Ella no había gritado de esa forma desde hace muchos años...

12:00PM, Elefthería, Republica del Sílice a 12 de febrero del 2032.

A mediodía las estaciones del metro siempre estaban infestadas de personas, en especial la que se dirigía al centro de Elefthería.

Una de las tantas serpientes metálicas que se movían por debajo de la superficie, albergaba a una joven solitaria, en el último vagón. Lea Azaré soportaba el continuo roce con quienes no alcanzaron asiento. El suelo de aluminio bajo sus pies se desplazaba en un movimiento sincrónico y predecible. Lo que impedía que cayera, era una agarradera de plástico en el techo, de la cual estaba sujeta fuertemente. Detrás de ella, un joven universitario aprovechaba el empujón hacia adelante cada 3.5 segundos para rozar su falda con su entre pierna.

<<Que importa, todos estaremos muertos en una hora>>, Pensó. Si no fuera suficiente con que la perseguían, Lea tenía conocimiento de que a la una de la tarde se llevaría a cabo un atentado contra la ciudad.

La impotencia por no poder hacer nada, vencía a los remordimientos que sentía. Lea mordió su labio inferior y cerró los ojos con fuerza. Una

sensación de frío le recorrió el cuerpo, la adrenalina dejaba de surtir efecto y probablemente pronto tendría otro desmayo.

— ¿Te sientes bien?

Buscando el origen de dicha voz, Lea giro la cabeza a su derecha. Donde una mujer veinteañera la miraba con cara de preocupación, sentada en el asiento de plástico duro.

Su rostro era hermoso, no había otra palabra para describirlo mejor. Sus ojos eran cafés y su cabello castaño, que además reposaba sobre sus hombros.

—Sí, no me pasa nada—replico Lea tranquilamente forzando una sonrisa—, nada más es un dolor de cabeza.

Lea podía estarse muriendo, pero nunca lo admitiría. Las mentiras se convirtieron hace mucho en uno de sus tantos modos de defensa.

—Sé que no es verdad, anda siéntate.

La mujer, cuyo nombre Lea desconocía, aparto un maletín marrón permitiéndole sentarse.

—Gracias...

Otro de las dificultades que aquejan la vida de Lea, ha sido la interacción social. Al ser tan desconfiada y paranoica, ella desconoce las intenciones de las personas cuando se le acercan.

—De nada, por cierto mi nombre es Rosario...

Rosario extendió su mano hacia Lea para estrecharla, quien a duras penas la toco.

— ¿Tú eres?

—Soy Lea, dijo en tono inaudible.

— ¿Cómo?

—Mi nombre es Lea Azaré, replico girando en dirección a Rosario.

Luego de su presentación, hubo un silencio que se prolongó durante algunos minutos. En múltiples ocasiones, Lea se fijaba en la hora de su celular.

<<12:05PM>>, Pensó. Sabía que un ataque inminente ocurriría en Elefthería, pero no podía decirle a nadie, ni hacer algo para evitarlo.

En la última ocasión que se fijó en la hora, un reflejo se distinguió en la pantalla del celular. Uno de los hombres que la seguían desde la escuela, caminaba desde atrás del vagón. Su piel se erizó al instante, la adrenalina volvió a fluir por sus venas.

Rosario se dio cuenta de que algo le ocurría a su acompañante. Disimuladamente se giró al hombre que caminaba hasta donde estaban ellas. Sin pensarlo varias veces tomó a Lea por los hombros y la pegó contra su pecho para ocultarle el rostro. De una manera similar a como lo haría una madre con su hija lloriqueante.

— ¿Qué haces?, increpo Lea un tanto confundida y molesta, pues no le gustaba que nadie la tocara.

—Te estoy salvando la vida—replico Rosario seriamente. Para ser tan bella, nadie se imaginaria el carácter que se cargaba—sígueme la corriente y finge que estas llorando.

Este acto repentino sorprendió a Lea; no obstante también era la perfecta excusa para depurar las lágrimas que se acumulaban en sus ojos por tanta desesperación.

Cuando el hombre, treintañero de cabello cortó y gafas oscuras vestido como miembro de la detective de la policía llegó hasta donde estaban, la mentira ya estaba montada.

—Buenas tardes señorita—dijo el sujeto—mi nombre es Alan Zerlic, soy de la policía nacional, ha visto a esta muchacha—prosiguió sacando una fotografía de su saco y enseñándosela a Rosario, quien claramente la identifico como la niña que tenía a su lado—ella es una potencial amenaza para el estado y es de vital importancia que la encontremos.

—Lo siento, no me es conocida.

—Lo entiendo, y usted...

—Por favor no la moleste—interrumpió Rosario cuando Alan se dirigía a Lea—ella ha tenido un pésimo día.

—De acuerdo, lamento la molestia.

El supuesto policía se dio la vuelta para seguir interrogando a los restantes pasajeros del vagón.

Rosario no era ninguna tonta, un policía del estado le bastaría únicamente los datos del TPS para dar con su objetivo, era eso lo que hacía al sistema infalible. Los únicos que no tenían acceso a esa tecnología eran los civiles y más bien, las corporaciones. Ella alcanzó a divisar la banda con el triángulo invertido que Alan llevaba en el brazo. Ese símbolo le pertenecía única y exclusivamente a una corporación.

—Yo no hice nada malo, susurro Lea.

—No te preocupes, yo sé que no eres una mala persona, por cierto, que bien actúas, tus lágrimas son reales.

—Si claro.

Era verdad que Lea sabía esconder sus sentimientos y decir mentiras, pero sus lágrimas siempre serían sinceras.

— ¿Cómo puedes decir eso, si ni siquiera me conoces?, pregunto Lea desconfiadamente.

—Yo conozco muy bien a las personas, he visto de todo y créeme, no hay maldad en ti.

<<Si sabré lo que es maldad>>, Pensó Rosario. De pronto fue transportada dos semanas atrás cuando sus instintos fueron puestos a prueba.

Dos semanas antes...

Su trabajo al igual que su vida, ha sido una basura desde hace años. Rosario no había pasado por ninguna depresión como esta.

Una tarde lluviosa luego de salir del trabajo, ella volvía a su solitario departamento al este de la ciudad. Estaba harta de violencia, era lo único que veía todos los días. Se graduó como psicoanalista hace unos años y desde entonces ejercía como tal.

Le sobraba su título para detectar la ira, esa salía sola y se reflejaba en los ojos de las personas. Algunos desearían leer las mentes de los demás, a Rosario no le hacía falta esto. Evitaba todo contacto social para no salir lastimada, pero aun así eso no evitaba que sufriera.

Fue entonces cuando ocurrió...

La tarde del 30 de enero del año 2032, en el preciso instante que se disponía a cruzar la calle, una mano se posó sobre su hombro. Rosario

estaba tan absorta con su teléfono celular que no se dio cuenta del peligro en el que se hallaba.

Un camión de carga paso aullando por enfrente de ella, a gran velocidad. Se dio la vuelta para ver a su salvador y descubrió a un joven de unos 17 años viéndola.

<< ¡Sus ojos! >>, Exclamo Rosario para sus interiores. Por lo general evitaba también el contacto visual a toda costa por miedo. Aquel par de ojos cafés estaban llenos de la emoción que más detestaba, la ira...

—Me has salvado la vida, ¿Cómo podría agradecerte?, pregunto Rosario avergonzada por su descuido.

—Cada 30 de enero desde hace dos años, transito por esta ruta. Curiosamente esas dos veces te he visto, el año pasado sonreías por haberte graduado o eso parecía, por lo que solo tengo dos peticiones para ti. Una es que no dejes de sonreír y la otra es gardenias.

— ¿Gardenias?

El joven no dijo más, únicamente señalo con el dedo índice un puesto de flores a escasos metros del cruce.

Media hora después, el tren del metro llegó a la estación principal de Elefthería. Las personas bajaron de este, como si a la salida estuvieran regalando el billete de la lotería, que por aquellos días rondaba los 25 millones de liras.

Después de despedirse Rosario desapareció entre ellos y Lea siguió su propio camino. Carecía de un rumbo, desconocía donde ir. Si tomaba otro tren, este la llevaría al puerto donde seguramente alcanzaría un barco al extranjero, pero aun así no tenía a nadie que la ayudara. A parte si salía de Elefthería, al ser menor de edad su foto aparecería en gran parte de los periódicos y noticieros de la Republica del Sílice.

De repente, los hombres que la seguían aparecieron cada uno desde dos lados opuestos. Lea salió despavorida, con ambos tras de ella.

Se refugió en los baños como solía hacerlo en su escuela. Cerró la puerta con candado, los sujetos en el exterior arremetían contra ella con gran fuerza, no resistiría mucho tiempo.

Lea se derrumbó sobre el piso de azulejos blancos opacos, abrió su maleta y obtuvo la jeringa. Cuando sacó la mano, contemplo la marca de la inyección que el doctor Rata le aplico hace dos semanas, a través de un

agujero en su camiseta negra.

Si esa vez le dolió, esta vez sería mucho peor, pues esta hipodérmica se la tenía que clavar en la vena del cuello para que surtiera efecto. Lea verifico que no tuviera aire y vació bastante líquido chorreando en todas las direcciones. Calculo lo que sería suficiente para no tener imprevistos. Respiro profundamente y prosiguió con su cometido; no obstante al mismo tiempo sus perseguidores consiguieron abrir la puerta.

El ruido de la gente al caminar era algo molesto y de cierto a punto agradable. Lea se encontraba de pie en medio de la estación sin saber cómo llegó ahí.

— ¿Quién soy yo?

Un fuerte dolor de cabeza, similar a los que le daban por su anemia la invadió repentinamente. Lea se arrodillo apretando los parpados. La luz le quemaba los interiores de su cerebro y sentía que el ruido reventaría sus tímpanos. Un destellos de recuerdos apareció frente a ella, su niñez y parte de su adolescencia volvieron, excepto lo ocurrido hace dos semanas. Lo último que ve antes de que todo se vuelva confuso, es a ella en un parque bajo un cielo lluvioso.

Perdida en el mar de gente, se arrojó en una banca en el centro de la estación. El agua de la fuente a sus espaldas la tranquilizaba más que nada.

Pasada la una de la tarde, una luz muy intensa ilumino el cielo de Elefthería y se alcanzó a divisar en la estación.

—Slipstream—murmuro Lea inaudiblemente—, ¿La has visto?

Se giró hacia un lado, un joven la miraba anonadado como si la conociera del pasado.

—Esos ojos...

2:25PM, Elefthería, Republica del Sílice a 30 de enero del 2032.

Un manto de lluvia cubría a la ciudad. Nadie lo predijo, apareció solo sin razón aparente, un acto de la naturaleza lejos de la comprensión humana.

Lea caminaba bajo la lluvia refunfuñando. La visita al hospital era lo peor que lo podía ocurrir en un solo día, una inyección multiplicaba eso por mil. Sus cabellos negros se le pegaban a la piel, su vestimenta se encontraba empapada, afortunadamente su celular y audífonos eran a prueba de agua, de lo contrario Lea estaría viviendo uno de los tan comunes peores días de su vida.

Para darle el tiro de gracia, se vio obligada a ir a cierta parte de Elefthería que no era de su agrado, pero era el camino más cercano a casa. De otro modo tendría que rodear la zona triplicando la distancia y con lo débil que ya estaba, sin contar un inminente desmayo. A Lea no le quedó ninguna otra opción.

Intento llamar a sus padres; sin embargo estos no le respondieron, ni siquiera se tomaron la molestia de tomarle la llamada.

Mientras pasaba por un lado de un parque, una ráfaga de viento avivo algunos recuerdos de Lea. Un llanto muy peculiar penetra en sus oídos y reboto en su cabeza, nunca podría olvidar ese llanto, pues estaba cargado de ira. Alzó la vista y vio a un joven de su edad, arrodillado frente a una estructura de concreto.

Se acercó a él intentando no hacer ruido.

— Perdóname, perdona mi descuido.

Esa frase era la misma de esa vez, Lea la conocía a la perfección. Con un nudo en la garganta se acercó aún más a dicho joven. Posiblemente las palabras que ella uso esa vez funcionarían de nuevo.

Un haz de luz descendió del cielo y los ilumino a ambos.

—Tú no tuviste la culpa de aquello.

El joven se dio la vuelta para mirarla. Su llanto, sus ojos seguían siendo los mismos. Lea recordaría esa mirada, pues sería la misma que vería dentro de dos semanas en la estación del metro.

—Esos ojos...

Capítulo 11

Capítulo 9: El Karma de Omar Louvre.

7:30PM, En algún lugar de Marruecos a 5 de agosto del 2031

En un rincón solitario al norte de Marruecos, donde nadie iba, ni venía. Una humilde casa de dos pisos, construida de adobe se levantaba por encima de la arena.

Una tormenta de arena se disipaba exponiendo horrible escena. Omar se adentró en la casa de sus padres, él era un recién egresado de una universidad en Francia. A sus escasos veinte años era un genio especializado en la bioquímica. Omar era de estatura promedio, moreno y tenía un bigote en cada esquina, lo cual era su sello personal.

La sangre se escurría por las paredes de adobe, frente a él había cuatro cuerpos, sus padres y sus dos hermanos menores. Detrás de él, un sujeto militar impedía que escapara.

<< ¿Por qué? >>, Pensó Omar. Engañarse a sí mismo no funcionaría, él sabía porque los cuerpos de su familia entera yacían sobre la arena.

—Te lo advertimos Omar, jamás podrás escapar de lo que ideaste—Dijo el hombre detrás de Omar. Un francés, expulsado del ejército por sus métodos crueles para sacar la verdad a sus adversarios. Actualmente empleado de la corporación Verlum—. En verdad es una lástima que no hayas llegado para verlos morir—El militar pasó la lengua por sus labios regocijándose por la masacre que acaba de perpetuar hace unos instantes.

Aterrado, Omar se dio la vuelta para encarar al asesino de su familia. Al ver que se reía, le entraron ganas de sacarle los ojos. Su enemigo mortal, siguiendo las costumbres de la milicia francesa, iba vestido con traje de combate. Curiosamente estaba mojado hasta la cintura.

— ¿Por qué no me matas de una vez?, pregunto Omar.

—No sabes cuánto desearía hacerlo, pero el presidente Verlum fue muy claro al dar las órdenes. Únicamente debía de asesinar a tu familia...y por

supuesto, también a tu querida novia, Assara.

No fue hasta entonces que Omar recordó que Assara lo vendría a visitar desde Tánger el día pasado. Es por eso que tuvo que regresar a Marruecos desde Francia. El militar tenía la mitad inferior de su cuerpo mojada, Omar solo pudo pensar en algo.

Empujo al asesino lejos de la puerta y salió corriendo. En la parte posterior de su casa, había un riachuelo en el que Omar pasaba la mayor parte de su tiempo. Apenas llegó, descubrió un cuerpo flotando en la orilla, atado a un tronco muerto para que la corriente no se la llevara.

A primera vista parecía una mujer vestida de rojo, el mismo vestido que le vio a Yassira en la última fotografía que le envió la semana pasada cuando llegó a Marruecos.

Omar se lanzó al agua, la profundidad del riachuelo no superaba el metro. Después de todo era verano y era un lugar desértico; no obstante últimamente debido al cambio climático las tormentas se hacían más propensas.

Con desesperación, Omar desato los nudos en los tobillos de Yassira y la arrastro a la orilla. La puso bajo la orilla del árbol seco e intentó reanimarla sin éxito. Yassira había muerto.

Frustrado por no poder haber hecho nada, Omar se sentó a su lado y se llevó ambas manos a la cabeza. Grito con tal fuerza que probablemente una persona normal se desgarraría las cuerdas vocales.

—En verdad me tomo tiempo, ella no dejaba de forcejear, dijo el francés a su lado.

Omar se levantó de la arena, muy molesto.

— ¿Por qué me hicieron esto?, pregunto Omar. A pesar de conocer la respuesta, no dejaba de comprender porque pasó esto.

—Hace dos semanas el laboratorio donde trabajabas en Marsella se incendió. Por tú culpa se perdieron los archivos y las primeras muestras del suero Xaneos-05, además de que en el proceso asesinaste a un Alan Verlum, quien era sobrino del presidente.

—Ese fumador empedernido maloliente, en vez de hacerme esto, tú presidente debió haberme agradecido. Alan planeaba hacerse con el Xaneos-05.

—Lo sabemos, fue el presidente quien se lo ordeno. Ahora él está muy molesto decidió matar a los que te rodeaban para hacerte sentir lo que él

sintió. Desde este día me convertiré en tu sombra, no escaparás de mí, siempre estaré cerca de ti.

El francés se dio la vuelta en plan de retirarse. Omar diviso una roca a medio enterrar en la arena, que quedó al descubierto por la recién tormenta que se alejaba. Él la tomó rápidamente, pesaba tanto, pero no le importó.

Arremetió contra el cráneo del francés derribándolo y luego lo siguió golpeando hasta destrozarse su rostro.

Esa tarde, fue el comienzo del karma de Omar.

El buque de carga tailandés Axzar, era uno de tantos que buscaba desembarcar en el puerto de la ciudad de Elefthería en la República del Sílice.

<<Si no puedo vivir con nadie, ni tener una vida normal, tú tampoco la tendrás>>, Repetía Omar en su cabeza. Han transcurrido cinco meses desde aquella tarde en el desierto de Marruecos. En ese lapso de tiempo, Omar ha ido de país en país, liquidando a los miembros estratégicos de la corporación Verlum. Cortando los hilos que sostenían al presidente de dicha corporación. Este viaje era el último, aquí saldaría todas sus cuentas con el pasado; o al menos eso pensaba en esos últimos segundos.

En medio de fuertes vientos y un océano turbulento, el Axzar chocó contra unas piedras cuando trataba de cruzar el estrecho de Elefthería en dirección al puerto. El impacto fue tan grotesco, que varios tripulantes que se hallaban en la cubierta fueron lanzados fuera de la cubierta superior, incluyendo a Omar.

En el agua helada, atontado por el golpe. Omar contempló anonadado a la embarcación hundiéndose de costado en un par de minutos, a parte de algunos cadáveres a su alrededor. La escena lo devolvió aquella tarde en el riachuelo.

— ¡Hey tú!

Un par de hombres le hacían señas desde una lancha, la salvación estaba a unos pocos metros de distancia. Pero, ¿caso Omar quería la salvación?, lo único que quería era quitarle la vida a quien le quitó a sus seres queridos, si vivía o moría después de eso que importaba. Por ahora debía vivir; no obstante escucho un gemido de entre todos, que lo hizo captar

su atención.

Se giró en el agua y distinguió a una niña de unos catorce años ahogándose. Omar nadó hasta ella y se sumergió, para sacarla a la superficie. Para cuando ambos emergieron, la lancha se había ido. Por lo tanto, Omar se vio obligado de nadar con ella hasta la playa a casi cuatrocientos metros de distancia y con la corriente en contra.

Al llegar, Omar se arrojó exhausto sobre la arena. Este esfuerzo sobrehumano bien valía la pena.

— ¿Quién eres tú?, dijo la niña. Los cabellos negros le cubrían la cara. Llevaba puesto unos harapos sepias por la mugre.

En sus múltiples viajes, Omar se ha visto obligado a hablar nuevos idiomas, uno de ellos, el español.

—Soy Omar.

— ¿Omar qué?

Su apellido real que anteriormente le abrió varias puertas, era una maldición de la que Omar estaba avergonzado. Desde hace cinco meses usa un apellido falso, basado en su museo favorito.

—Soy Omar Louvre... ¿y tú eres?

La niña bajo la mirada más aún, había marcas en sus brazos como si se trataran de antiguas cicatrices.

—Me da vergüenza decirlo.

—Si puedo preguntar, ¿Por qué?

—Nunca me ha gustado.

Luego de cierto tiempo, la niña que se negaba a decir su nombre, alzó la vista. No se necesitaba ser un genio, para darse cuenta de que tenía raíces asiáticas.

— ¿Me puedes explicar que hace una niña como tú en un carguero lleno de inmigrantes?, pregunto Omar, la curiosidad lo mataba por dentro.

—No es algo de lo que quisiera hablar con un desconocido.

—Hasta ahora la más desconocida eres tú, porque no me has dicho tú

nombre.

Acorralada, la joven que miraba a Omar con rabia sacudió la cabeza. Las evasiones no le funcionaban.

—Mi madre me echó de mi casa, ¿contento?

—Desde luego que no. Ahora tendré que hacerme cargo de ti...

La chica alzó una ceja anonadada.

— ¿De qué hablas?, apenas te conozco.

Probablemente por la edad o simple nostalgia, esa niña le recordaba a Omar a la familia que perdió. Además en un sentido más espiritual, ella podría ser el karma que tiene que pagar todavía por haber matado a un hombre.

—Bueno, te he salvado la vida, ¿eso no cuenta?

—Tú ganas.

La niña desconocida evidentemente era asiática, por lo que a Omar se le hace imposible de creer que ella hable una lengua extranjera tan fluidamente.

— ¿De dónde eres exactamente?, pregunto Omar.

—Tailandia.

—Parece que eres de...

—Mi padre lo era y mi madre me lo recordaba a cada rato, interrumpió.

Omar cruzo los brazos sorprendido.

—Me sorprende que hables dos idiomas.

—Realmente hablo cerca de cinco idiomas.

Que dos bilingües se encuentren en un mismo lugar no es extraño, pero que dos políglotas lo hagan es un poco raro. Omar pensaba que ella era una envidada de dios que lo sacaría del camino oscuro que su vida llevaba.

Sin saberlo, el hecho de haberse conocido en el accidente, repercutirá en la vida de muchas personas durante los siguientes años, en especial en la

vida de dos adolescentes.

8:00AM, Región de Severnaya Luna, Republica del Sílice a 4 de agosto del 2032

Al norte de la región de Elefthería, en las montañas fronterizas. Se encontraba la región de Severnaya Luna (Luna del norte), una región bastante fría poblada mayormente por inmigrantes eslavos. La capital, al igual que la de Elefthería, llevaba también el nombre de la región.

Un auto negro recorría la carretera con bosque a los lados en dirección norte.

Luego de haberse conocido, la venganza de Omar contra la corporación Verlum fue omitida; no obstante apenas hace seis meses, Akari estuvo a punto de ser asesinada por la misma corporación Verlum. Si no hubiera sido por Vyeter, ella no estaría al lado de Omar en estos momentos.

Irónicamente luego de que Omar desistió de su venganza, la corporación Verlum, pareció restarle importancia, al parecer había asuntos más importantes que él.

— ¿En qué piensas Omar?, dijo Akari. El nombre que Omar le puso, por quien sabe qué.

—En el pasado.

Akari se quedó muy callada luego de eso, ella también tenía un pasado del que no quería acordarse. Anteriormente su espalda estaba llena de los moretones que le provocaba su madre cuando volvía del trabajo.

— ¿A dónde nos dirigimos?

—Resulta ser que una conocida mía vive en esta región, le daremos una visita.

—De acuerdo.

El auto siguió su marcha a través de la autopista que separaba ambas regiones. Hasta ese momento todos incluyendo a Omar y Akari,

desconocían lo que estaba a punto de ocurrir...

8:05PM, Elefthería, Republica del Sílice a 4 de agosto del 2032.

Un edificio gigantesco, era ideal para guardar el ego de un hombre. El aroma del vino tinto se entremezclaba con el sudor hediondo que expelía el residente. Él Rondaba los cincuenta años y lo único que hacía durante el día, era mirar la ciudad bajo sus pies con total desprecio.

<< *iDetestable!* >>, Pensó.

Su patria quedaba muy lejos para volver allá. Además ya no era el vasto imperio que alguna vez llegó a ser. En todo caso, en ese rincón del viejo mundo su familia era despreciada por haber manchado el inquebrantable honor de uno de los ejércitos más poderoso de la tierra. Por eso emigro a la Republica del Sílice, para reparar su humillación y para vengarse...

— ¡Te lo pido!, ¡Por favor no la lastimes!

El ser despreciable que le rogaba de rodillas, no era más que Jacques Verlum, el padre de Lea. Las lágrimas brotaban de sus ojos como si en verdad estuviera preocupado. Cuando en realidad no hacía más que salvarse el pellejo a sí mismo.

—Tu hija le reveló información sobre nuestros planes a un viejo amigo del pasado—dijo el anciano con voz rabiosa—, sin embargo, ella es sobrina por lo que le perdonare la vida, siempre y cuando te la llesves a un lugar donde no vuelva a interferir.

— ¡Gracias señor!

Jacques V. se levantó del suelo y salió corriendo de la oficina.

<<*La familia Azaré dando problemas de nuevo, ojala me hubieras implorado de la misma manera hace unos meses*>>

El anciano se llamaba Francois Verlum y era el presidente de la mega corporación que llevaba su mismo apellido. Era alguien regordete, de mejillas abultadas, panzón, lo cual lo había llevado a adoptar una postura encorvada desde su juventud.

Se acercó al ventanal, miro las calles intestadas de gente que el odiaba, estrello su puño contra el cristal templado y escucho un ruido seco. No pasaría mucho tiempo para acabar con todos ellos.

—Seis días más—afirmo Francois—, seis días más y la operación Mirage comenzara...

Capítulo 12

Capítulo 10: Alter Ego I

— ¿Quién soy?, ¿Dónde estoy?

El viento arrastraba las penurias de Vyeter, las olas del océano frente a él acallaban sus incipientes pensamientos. La costa se extendía más allá de la vista, interminable, infinita. Detrás de él solo quedaba la arena estéril acomodada en grandes dunas blancas.

Estos eran los rincones de su mente, el lugar más profundo en su psique y estaba vacío. Desde que perdió la memoria hacía ya un mes, solo le quedaba un vacío difícil de llenar, toda una vida perdida en cuestión de segundos y la razón por la que le paso esto, seguía siendo un misterio.

No obstante, a pesar de la basta soledad que marcaba este sitio. Una sensación le indicaba a Vyeter que había algo camuflado, escondido ante sus ojos.

—No busques respuestas aquí, porque no encontraras nada.

<<Esa voz...>>, Pensó Vyeter al mismo tiempo que se giraba y alzaba la vista, conocía muy bien esa voz, pues era la suya. A tres metros de distancia se hallaba alguien muy difícil de explicar. Alguien con quien compartía los mismos rasgos físicos.

— ¿Tú quién eres?, pregunto Vyeter anonadado.

El sujeto se quedó quieto mirándolo. De él emanaba odio y rabia, además de tristeza y remordimientos, sentimientos que no iban dirigidos a nadie, pero que permanecían ahí como las cicatrices de una antigua batalla.

—Yo soy, tú alter ego...

7:15AM, Elefthería, Republica del Sílice a 3 de agosto del 2032.

Noche tras noche, ese sueño lo atormentaba; de igual forma cuando intentaba o estaba a punto recordar algo de su pasado, ese sueño se le venía a la menta. Era como si su subconsciente hubiera construido una

muralla para impedirselo.

En ese caso, sería su propia mente la que evitaba que recuperara su pasado.

<< *¿Tan malo era mi pasado que inconscientemente me niego a recordarlo?* >>, Pensó Vyeter. Han transcurrido seis meses desde que perdió la memoria. Hasta hoy solo ha logrado recolectar unos cuantos fragmentos del espejo de su vida y la mayoría no han sido muy buenos. Había veces que pensaba en dejar de buscar respuestas, de alejarse lo más posible de Elefthería y comenzar de cero en algún otro lugar donde nadie lo conozca, pero al mismo tiempo una parte de sí mismo le recriminaba la tan solo idea de escapar de sus problemas.

Poco a poco su vida cambiaba, su cordura fija sucumbió a la paranoia, su optimismo le fue arrebatado por la desgracia.

A Vyeter le costaba acostumbrarse a la vida de universitario, tras haber iniciado hace apenas dos semanas. Por lo general se iba a dormir entre la una y dos de la mañana, haciendo trabajos. En su diminuto departamento el olor a café rondaba por cada rincón. Adaptarse a vivir solo también era una dificultad; no obstante era mejor que estar soportando los constantes ataques por parte de su madre por no haberle hecho caso de irse a Nueva Cataluña, la capital de la Republica del Sílice.

Haya en la capital, unos conocidos de sus padres le otorgaban un departamento varias veces más grande que este, una carrera digna, entre otros lujos. Vyeter los rechazó a todos argumentando no sentirse preparado para irse tan lejos, la verdad era que se sentía conectado a la ciudad hasta nuevo aviso.

Si bien no se fue de Elefthería, sus padres lo enviaron a vivir lejos de casa, argumentando que ya estaba lo suficientemente grande para vivir solo. Vyeter desconocía las verdaderas causas tras de esto, pero tampoco se las quería imaginar.

Cuando ya no aguantaba más el cansancio, a Vyeter se le venía a la mente la cara molesta de su madre. Entonces sonreía y apreciaba su solitaria existencia.

El hogar de Vyeter, cortesía de los mismos padres que lo despreciaban por desobedecer, consistía en un pequeño cuarto de 5X4 metros, que se hacía más estrecho porque en su interior se acomodaba, un catre, un baño y un enorme mueble de madera que estaba vacío y lo único que hacía era ocupar espacio vital.

Como muerto viviente, se levantó del catre en el que solía dormir, puso sus pies descalzos en el helado piso de cemento cubierto de polvo.

Camino trastabillando hasta el pequeño cubículo que tenía por baño. Abrió la llave del lavado y junto agua con sus manos, al mojar su rostro, sintió un leve toque eléctrico que lo ayudo a despertarse, sin embargo ocupaba algo más fuerte para ponerse al día.

Salió del baño en dirección a la pequeña estufa eléctrica en la esquina más limpia, ya que todo el lugar era un desastre. En estos momentos de somnolencia, una taza de café no le caería mal.

Mientras el agua se hervía, una nube de vapor se elevó por la rendija de la calentadera, Vyeter la observo ascender en el aire, hasta que se disipo. Luego se giró a un lado en dirección a la ventana.

La gente transitaba por la calle, tres pisos por debajo. Esclavos inconscientes de su realidad, que trabajaban día tras día por una miseria, encadenados a sus necesidades tecnológicas.

8:15AM, Elefthería, Republica del Sílice a 3 de agosto del 2032.

"Una nueva epidemia se expande por todo Elefthería. No se trata de una nueva gripe, ni de una infección. Se trata de la amnesia. A pesar de que los servicios médicos se han negado a dar una declaración sobre esto. Las estadísticas de consultorios privados indican un aumento en los casos de amnesia en un 5% en el último mes"

El sonido de la radio, se alcanzaba a escuchar hasta atrás del camión donde se hallaba Vyeter. Aunque él sufría de amnesia, ignoraba a las estadísticas proporcionadas por los medios amarillistas. Que no hacían más que alarmar a la población ignorante, obligándolos inconscientemente a tener miedo. A si ha sido desde siempre.

En tanto todos se preocupaban innecesariamente, lo único en la mente de Vyeter era recordar su pasado. Para acabarlo de rematar, seguía sin encontrar a la poseedora de Esos Ojos. Había días que le dejaba de interesar su memoria para centrarse únicamente en ella, a quien no recordaba, a esa muchacha que buscaba con desesperación, como si al hacerlo sus problemas se solucionaran por acto de magia. De hecho, era esa misteriosa muchacha, quien evitaba que saliera huyendo de Elefthería.

Con tan solo con pensar en ello, una punzada de frustración atravesó su

corazón, similar a una bala disparada por un francotirador experto.

<<No importa cuánto tiempo me tome, te encontrare>>

Una hora después de salir de su departamento, Vyeter llegó a su destino. La Universidad Estatal de Elefthería, un complejo de cuatro edificios de quince pisos, ubicado en el centro de la ciudad. Asistir aquí era un desafío, pues únicamente los mejores de la región se atrevían a traspasar sus paredes blancas. La única carrera por la cual Vyeter tomo algo de aprecio, fue la ingeniería en sistemas. Algunos considerarían su entrada como una vil trampa, pues las computadoras eran su especialidad desde muy niño.

Luego de bajarse del camión, Vyeter camino con la mirada baja hacia el portal abierto. Un numeroso grupo se apresuraba a entrar, temiendo llegar tarde y por consecuente, tener una mala nota que repercutirá en su carrera. Vyeter llevaba puesta una playera gris y unos pantalones maltrechos oscuros, quien sea que lo viera diría que es un maleante, en vez de un estudiante, en cuanto a él, le tenía sin cuidado lo que supusieran los demás.

Un hombre de negro, aparentemente perteneciente a la policía local, esperaba en la entrada. Debido a sus recientes delirios paranoicos, Vyeter bajo más la cabeza y aceleró su marcha, últimamente pensaba que la policía lo estaba buscando, así como el ejército y posiblemente los franceses, tristes delirios de una psique sobrecargada. Prosiguió caminando como si nada, doblo a su izquierda hacia el primer edificio a su alcance. Se adentró en la oscuridad, puesto la baja iluminación del mismo.

Este era el Ala 1, perteneciente al área médica. La estructura de quince pisos de altura, estaba reservada para las facultades de enfermería, cirujanos y por su puesto los forenses. Vyeter tenía la seguridad de que alguna de esas tres facultades, tendrían trabajo dentro de muy poco si no conseguía irse.

Vyeter sentía una mirada clavada en la nuca, pero no se atrevía a voltear para confirmarlo. El sudor afloro en su espalda, pensaba que en cualquier momento se le notaría, sin embargo era normal en una ciudad tan calurosa como lo es Elefthería.

—Joven deténgase, escucho Vyeter venir desde atrás.

Haciendo caso omiso, continuo caminando, mientras lo hacía claramente oyó, que quien sea que se hallara detrás de él, desenfundo algo. Temiendo lo peor, Vyeter empezó a trotar.

— ¡Alí Zahir, deténgase inmediatamente!

<<Estoy jodido>>, pronuncio para sus adentros, mientras alzaba las manos en señal de rendición, una sombra se movilizó desde atrás. Se trataba del mismo hombre de la entrada. Apenas se acercó a él, en un acto de reflejo Vyeter le arrebató el arma y antes de cualquier explicación, jaló del gatillo. El impacto fue certero y le arrebató la vida al hombre en un instante.

El policía era un hombre de aspecto francés, los ojos los tenía bien abiertos y eran de un color verde esmeralda. Tenía el cabello cano, pero al menos lo tenía. Ahora un agujero sobresalía de su frente y atravesaba su cabeza entera.

— ¡Que mierdas hice!, exclamo Vyeter jalándose los pelos de la cabeza.

Acababa de asesinar a un policía. La pena por cometer dicho delito, era la muerte. En esos días el fusilamiento estaba muy de moda.

Al instante, su TPS empezó a emitir un parpado que indicaba que su pulso estaba muy acelerado. Vyeter respiró profundamente para contrarrestar su nerviosismo. Una fuerza desconocida empezó a emanar de su interior, el miedo se fue y lo único que quedó fue la ira, aquella vieja amiga del pasado que le daba la fuerza necesaria para sobrevivir.

Dirigió una mirada condescendiente hacia el hombre que yacía en el piso. Al verlo allí, en esa posición, esa expresión, esos ojos...

Un trueno retumbo en la cabeza de Vyeter, no era el cielo de verdad pues este estaba soleado, sino aquel viejo cielo de sus recuerdos, precisamente el de la tarde del 30 de enero del 2030.

Sin remordimiento alguno, Vyeter se giró y continuó sumergiéndose en el edificio. Del otro lado tendría que haber una puerta de emergencia por la cual podría escapar.

El silencio llamaba su atención, a pesar del estruendo nadie parecía haberse alarmado. Ni siquiera escuchaba las sirenas de la policía, acercándose. Quizás ese hombre no haya sido policía, sino alguien más, de todas formas eso no explicaría el silencio que reinaba en el complejo.

En caso de no ser policía, Vyeter podría argumentar defensa propia, para salvar la vida, inclusive sería considerado un héroe al detener a un tipo con un arma dentro de una universidad.

Cualquiera que fuera la situación, Vyeter prosiguió con su escape. La adrenalina fluía por sus venas y lo volvía muy descuidado, ni siquiera se

esforzó en guardar la pistola

Sin problema alguno, llegó a la puerta trasera. Del otro lado, la luz del sol le pegó en el rostro, Vyeter avisto la calle, el escape perfecto se hallaba a tan solo unos metros de distancia.

—Hola Vyeter.

Esa dulce voz femenina paralizó a Vyeter, como si se tratara del veneno de una serpiente que está a punto de devorar a su presa. Si bien matar a aquel hombre no lo alarmó tanto, la muchacha que se hallaba a sus espaldas, lo hizo ponerse pálido.

— ¿Zaida?...

Dos años antes...

El mismo rostro, los mismos gestos, simplemente era ella, solo que debía de tener quince años en ese entonces, al igual que Vyeter.

—*Hola Vyeter, dijo Zaida sonriendo.*

— *¿Por qué te atreves a despertarme?, replicó Vyeter muy molesto, dándose la vuelta y acomodándose del otro lado.*

Al no conseguir hacer que Vyeter se levantara, Zaida brinco encima de él, sacándole el aire.

— *¿No lo recuerdas?, hoy es 30 de...*

El hermoso recuerdo se transformó en una pesadilla. La cálida habitación dio lugar a la fría y monótona calle. La lluvia caía, un hombre yacía en el suelo delante de su auto adormecido por los golpes de Vyeter.

— *¿Zaida?...*

Debía de tener su misma edad, un velo blanco cubría la parte trasera de su cabeza. Los pocos cabellos que se le alcanzaban a mirar, eran de un color castaño claro. Sus ojos eran oscuros como el café que bebía por la mañana. Su tez no era ni blanca, ni morena, sino en un intermedio. Sus labios rosas, se arqueaban en una sonrisa cálida y sincera, faltante de

malicia.

Ella llevaba puesto una camiseta manga larga lisa, color sepia. Muy rara para los calores que daban en Elefthería en el mes de agosto. Además de unos pantalones oscuros y holgados.

— ¿Por qué me llamas Vyeter?

— ¿Por qué me llamas Zaida?, “Vyeter”.

No había respuesta a esa última cuestión, en la escasa memoria de Vyeter.

— ¡Respóndeme!, exclamo Vyeter sin molestarle en bajar la voz, sabiendo que mato a un hombre hace unos momentos. La muchacha frente a él no se inmutó, de hecho su sonrisa se hizo más pronunciada.

—Tanto tiempo y sigues siendo el mismo, Vyeter.

— ¿Quién eres?, ¿Por qué me llamas así?

La mujer se llevó una mano a la boca y soltó una pequeña risita.

—Porque ese es tú nombre.

—Pues te equivocas, mi verdadero nombre es Alí Zahir, dijo Vyeter señalando agresivamente a la chica. Esta respondió dando unos pasos hacia adelante, haciéndolo retroceder.

—Lamento informarte que tú eres el que está equivocado, tú verdadero nombre es... Yaroslavl dimitrievich Betra (Viento)...

La misma oficina, el mismo edificio, el mismo hombre. Francois Verlum miraba con desprecio la ciudad bajo sus pies.

—Yo consideraba a tú tío Jacques más eficiente, después de todo no era la primera vez que hacia uno de estos trabajos—dijo Francois dando un sorbo a una copa de vino y dirigiéndose a un veinteañero reservado recién salido de la pubertad, aunque aún con bastantes barros, que por culpa de su piel blanca, se notaban más. Vestía un traje negro y corbata rayada—. Lamentablemente tras terminar su vida, también termino la de su hija.

— ¿Asesinaras a Lea?

—No Rene, lo harás tú, buscaras a tu prima y la asesinaras...

Rene Verlum, sobrino en segundo grado de Francois. Ni siquiera se alarmo cuando su tío le encargo arrebatarle la vida a alguien, más aun a una pariente suya. Eso se debía a que él, al igual que a Francois, odiaba a los Verlum Azaré. La rama francesa-marroquí de la familia Verlum.

<<*Nadie se interpondrá en mi misión*>>, Pensó Francois, dando un sorbo más a la copa.

Su misión no ha empezado todavía y ya se ha cobrado bastantes vidas, ¿Qué futuro le deparara a Elefthería si Francois consigue su objetivo?...

“Hoy alrededor de las nueve y media de la mañana, el Grupo Paramilitar Tanis, conocido comúnmente como ETS, atacó las instalaciones de la Universidad Estatal de la ciudad de Elefthería, con un agente toxico desconocido. La policía sospecha de la complicidad de uno, o varios estudiantes en el ataque que culminó con la muerte de 72 personas...”

<< *¿Y si ese hombre era un policía y pensó que yo era uno de los terroristas?...>>, se repetía Vyeter una y otra vez.*

—Debes tener mucha suerte de que nos hayamos ido antes, dijo la mujer al volante.

Un sedán blanco transitaba a las afueras de la ciudad en dirección norte. Atravesando las dunas del desierto.

—Creo haber matado a un policía, suspiro Vyeter.

—No lo era, él trabajaba para la corporación Verlum...

<<*La corporación Verlum*>>, Pensó Vyeter. Una furia extraña se apodero de él, al tan solo oír ese nombre.

La mujer que lo ayudaba también lo libero de su atadura, el TPS se había quedado en un basurero a las afueras.

— ¿A dónde nos dirigimos ahora?, pregunto Vyeter.

—A casa hermano—replico ella. La sonrisa en sus labios no cambiaba, seguía siendo la misma—. Debes tener muchas dudas, desde tu pasado,

hasta...—Se quedó callada a mitad de la frase sin decir más, los recuerdos estaban frescos en su memoria, ella no disponía del mismo lujo de Vyeter de olvidarlo todo.

—No comprendo nada.

—Busca en el asiento trasero, tal vez allí haya algo que te haga entender.

Vyeter echo una mirada al asiento trasero, donde únicamente había una antigua cámara de video. Extendió su brazo izquierdo para tomarla, él nunca había visto una de estas en su vida, pero la manipulo con tal facilidad, que uno diría que la conocía perfectamente.

"Hola Vyeter, debes tener un sinfín de dudas sin aclarar, sinceramente yo no esperaba que nos volviéramos a encontrar, de hecho lo deseaba así. Supongo que el destino no puede cambiarse"

Verlo a él en la imagen, era como verse en un espejo, al igual que en su sueño recurrente...

—Mi alter ego...

Capítulo 13

Capítulo 11: Alter Ego II

La misma playa, el mismo vacío.

— *¿Quién eres tú?*

— *Ya te lo he dicho, yo soy tu Alter ego.*

Podría decirse que eran la misma persona, pero ambos se comportaban de manera distinta.

— *¿Puedes ayudarme a recordar?, preguntó Vyeter.*

— *Sí, pero no lo haré.*

La respuesta por parte de su par, sorprendió mucho a Vyeter, ¿Acaso su pasado es indigno de ser recordado?

— *¿Por qué te niegas?*

La expresión llena de confianza en el Alter ego cambio a una mueca de tristeza y resignación.

— *No seas estúpido, te he dado la oportunidad de tener una nueva vida. Aprovéchala, ve por Yassira y váyanse lo más lejos de la Republica del Sílice.*

— *Necesito saber.*

— *iNo me interesa!*

El alter ego se dio la vuelta, disponiéndose a irse como lo ha hecho otras veces.

Ante esto, a Vyeter le restaba una única opción para impedirselo.

— *He visto a ya sabes quién, ¿La abandonarás de nuevo?*

Hasta la persona más fuerte, tiene su punto débil, en el caso del Alter ego era ella, aquella muchacha a la que le pertenecían esos ojos que tanto adoraba.

—Bien, ¿quieres recordar?

—Claro.

Toma mi mano, como si me fueras a saludar.

Ambos extendieron sus manos, el actual Alí Zahir y el viejo Yaroslavl. Una luz intensa ilumino los confines más oscuros, de sus mentes. Antes de desaparecer, Yaroslavl miró a Alí a los ojos.

—*Más te vale que la encuentres y cuando lo hagas no te atrevas a dejarla ir.*

5:40AM, Puertas del Este, Severnaya Luna, Republica del Sílice a 30 de enero del 2032.

Este pueblo está localizado a 30 kilómetros de la frontera con la vecina colonia española, por lo que la presencia militar en esta zona, es recurrente y forma parte de la vida de los doce mil habitantes de Puertas del Este. Al igual que en la mayoría de la región de Severnaya Luna, los árboles frondosos predominaban por doquier.

Un sendero de tierra, en su mayoría lodo, por las recientes lluvias que han azotado la región, llegaba a una casa que se camuflaba en el paisaje. Su construcción era poco habitual, ya que por encima la cubría las hojas amarillas que caían de los árboles y el techo era ovalado. Una puerta rustica era la única que daba acceso a su interior, una ventana al lado, permitía entrar a la luz del sol.

Lo que casi nadie sabía, salvo por los habitantes de esa casa. Era que no era una casa en sí, sino más bien un punto de observación olvidado por el ejército. En vez de levantar un segundo piso por arriba del primero, se excavo y construyo por debajo un cuarto de concreto que soportaría los bombardeos en caso de guerra. Fue construido en 2025 cuando una invasión española era inminente, sin embargo el tiempo paso y la estructura fue vendida a una familia que migraba del este de Europa.

Yaroslavl Dimitrievich Betra caminaba furioso hacia la puerta, con una mochila muy pesada al hombro. Llevaba puesta una chaqueta negra y unos pantalones del mismo color.

— ¿Qué vas a hacer Vyeter?, dijo una muchacha detrás de él.

Vyeter le lanzó una mirada de incredulidad cargada de ira.

—Tú bien sabes lo que estoy a punto de hacer Yassira.

Las lágrimas se escurrían por sus mejillas que no eran ni morenas, ni blancas. Yassira fue hasta donde Vyeter y lo tomo del hombro.

—No puedes cambiar lo que sucedió, dijo Yassira.

—Es verdad, no puedo hacerlo—replico Vyeter apartando la mano de Yassira de su hombro—. Pero haré pagar a todos por lo que nos hicieron—luego se dio la vuelta para abrir la puerta; no obstante Yassira poso su mano encima de la cerradura para evitar que la abriera.

—Si no lo haces por mí, hazlo por Zaida.

Vyeter sujeto la mano tibia de Yassira y la aparto de la cerradura. Se abrió camino y antes de salir, le dirigió la mirada una vez más.

—Precisamente por ella es que hago esto.

8:45Am, Elefthería, Republica del Sílice a 30 de enero del 2030.

Una vez que una idea se metía en la cabeza de Zaida, era muy difícil quitársela de encima. Esa mañana medio nublada, no era la excepción.

— ¡Vamos Vyeter!, exclamó Zaida jaloneando a su primo del brazo.

La casa en la que vivían en ese entonces, era igual al resto de las casas construidas por el gobierno. De color blanco pálido, dos pisos y tres habitaciones.

—No entiendo porque tenemos que ir tan temprano, replico Vyeter. A él no le agradaba para nada la idea de cruzar una ciudad tan grande como lo era Elefthería, la mañana de un fin de semana largo.

—De acuerdo tú ganas.

Por alguna razón desconocida para Vyeter, Zaida siempre terminaba convenciéndolo de seguirla en sus locuras. Tal vez era un poder oculto de disuasión o que era muy débil para decirle que no.

Lo que Zaida deseaba esa vez, era que Vyeter la acompañara a una rara librería para recoger un nuevo ejemplar de una enciclopedia que no se publicaba desde hace más de veinte años. A pesar de que el contenido era libre en el internet, Zaida prefería la versión impresa, ya que según ella conservaba una tradición, como lo era leer.

— ¿A dónde se dirigen tan temprano?—Esa era la misma voz de Zaida, solo que un poco más seria y provenía de su par, Yassira. Para que Vyeter lograra diferenciarlas con exactitud, lo único que debía hacer era escucharlas hablar— ¿Van a decírmelo?, ¿O quieren que se lo cuente a mama?

Si había alguien a quien Zaida pudiera tener miedo, era de su propia madre, Camila Betra Nóvgorod; no obstante ella no estaba aquí.

—Si te atreves a hablar, tu cara terminara en el retrete, advirtió Zaida señalando a su hermana con el dedo índice.

Ante tal amenaza, Yassira se giró sobre la punta de sus pies descalzos y regreso a su habitación. Ella por su parte no quería saber si Zaida cumpliría con su amenaza. Lo que desconocía, es que al ver por sí misma, cometió un error que la perseguiría por el resto de sus días.

2:15PM, Elefthería, Republica del Sílice a 30 de enero del 2032.

Luego de un viaje de varias horas desde la región de Severnaya Luna, Vyeter al fin había llegado a su destino. Llevaba un plan entre las manos, la venganza estaba a la vuelta de la esquina, sin embargo faltaba algo por hacer, antes de que la sangre manchara los muros.

Han transcurrido dos años desde aquella tarde que marcó su vida para siempre; no obstante el recuerdo estaba muy fresco en la memoria de Vyeter, como si nada más hubiera pasado un instante.

Cada 30 de enero visitaba esta ciudad que dejo atrás, y cada vez que venía se desviaba de su trayecto habitual, hacia uno que lo reconectaba

con su pasado. Místicamente esta tarde era muy similar a aquella, gotas de lluvia caían del cielo, lagrimas que lamentaban una perdida.

Lo único que diferenciaba aquella tarde, de esta, es que hoy Vyeter iba a cobrar factura por lo sucedido. Llevaba puesto el uniforme de una escuela a la cual no pertenecía, solo para poder acercarse más a su objetivo.

De nueva cuenta, ante el altar de concreto. Dejo un ramo de gardenias, que le consiguió una mujer, a la cual evitó que atropellaran, sobre este. Se arrodillo enfrente, mientras pequeñas gotas de líquido salado, se escurrían de sus lagrimales. Sollozar aliviaba su alma sedienta de retribución.

—Perdóname, perdona mi descuido, suplico Vyeter.

Las nubes se abrieron y dejaron traspasar la luz del sol, como si dios hubiera escuchado sus lamentos.

—Tú no tuviste la culpa de aquello...

Sorprendido, Vyeter se dispuso a levantarse, el reflejo del sol lo cegó momentáneamente y cuando su vista mejoro, avisto a alguien que no esperaba encontrarse todavía.

—Esos ojos...

Los enrojecidos ojos esmeraldas de esa muchacha, han mantenido a Vyeter despierto durante varias noches.

— ¡Tú!, exclamo Vyeter con gran ira.

Rápidamente se abalanzó sobre ella, sin darle tiempo de reaccionar. La tomó por los hombros y la estrelló contra el tronco de un árbol, ella era tan ligera que Vyeter apenas se esforzó para llevarla hasta allá.

— ¡Por tú culpa!, ¡Por la culpa de tu padre!

Vyeter la sacudía como un saco de harina y sorprendentemente la muchacha no se inmutaba. Podría pasar todo el día adjudicándole lo sucedido hace dos años, pero sería una pérdida de tiempo, pues él sabía que ella no tenía la culpa.

De un momento a otro, sus planes de venganza se vinieron abajo, como fichas de dominó puestas en fila. Vyeter calló de rodillas, quedando a la altura de aquella muchacha.

—Discúlpame, dijo Vyeter.

Ella lo siguió hasta quedar cara a cara con él, pasó su mano por la mejilla del joven, mientras esbozaba una breve sonrisa.

—No son necesarias tus disculpas—afirmó ella—. Tampoco esperaba verte, pero ahora que nos hemos reunido, tengo que hacerte una petición...

4:00PM, Elefthería, Republica del Sílice a 30 de enero del 2030.

"El próximo tren está próximo a su llegada"

Vyeter esperaba a su prima Zaida, a quien se le olvido algo en la librería. Recargado a la pared del pasillo principal de la estación Este. Juntos tomarían un tren desde allí hasta la estación central, donde a su vez tomarían otro hacia la estación Oeste, que quedaba cercas de su casa.

<<Esa niña olvidadiza...>>, Pensó Vyeter mientras miraba el reloj en su teléfono celular. Si perdían ese tren, corrían el riesgo de que su tía llegara y los ajusticiara a ambos.

Afuera llovía con brutalidad, Vyeter deseaba volver lo más pronto a

De repente se escuchó un fuerte golpe fuera de la estación. Sobresaltado, Vyeter se acercó al ventanal, y vio con terror a Zaida tirada en medio de la calle.

Al instante salió corriendo de la estación a su encuentro, se puso en cuclillas al lado de la inerte Zaida y la sujetó entre sus brazos. Ella aún permanecía consiente, de hecho le dirigió una última sonrisa.

—Adiós Vyeter...

— ¡Zaida!

Fue en ese momento que una ruptura se produjo en el alma de Vyeter, su mirada perdió toda emoción mientras se ponía de pie, dejando el cadáver de Zaida a sus pies, su playera blanca estaba cubierta por la sangre de ella. A escasos metros de distancia vislumbro al conductor, rodeado por

algunos transeúntes.

— ¡Ella salió de la nada!, ¡Yo no quise hacerlo!

El cuarentón de aspecto francés, alzaba sus manos rogando perdón.

Dando rienda suelta a la ira que acumulaba en lo más profundo de su corazón, corrió en dirección del conductor y lo embistió, tirándolo al pavimento mojado.

— ¡Su nombre era Zaida! ¡Pedazo de mierda!—Increpó Vyeter mientras golpeaba al conductor en la cara, dicho hombre no se atrevió ni a meter las manos, el resto de los transeúntes grababan el hecho, o bien volvían a sus rutinas como si no pasara nada— ¡Tenía doce años!

Cada golpe que Vyeter propinaba, traía consigo un recuerdo junto a Zaida.

—Lo único que ella quería era un libro.

En un último acto de ira asesina, Vyeter sujeto la cabeza del automovilista y la estrello contra el pavimento.

Pasado el momento, los sentimientos volvieron a Vyeter, quien se arrastró hasta la acera de la calle. Cubrió su cara con ambas manos, la ira restante se disipo en su llanto. La tristeza se impregnó en él como la sangre de Zaida.

<<*Esto no es real, no quiero estar aquí*>>, Repetía Vyeter en su cabeza intentando tranquilizarse en vano. De pronto sintió que alguien puso una mano en su hombro.

A su lado se hallaba una muchacha de su edad, blanca como la nieve, cuyos ojos eran...

—Esos ojos...

11:25PM, Puertas del Este, Severnaya Luna, Republica del Sílice a 3 de agosto del 2032.

La pesadilla termino al fin, sin embargo acordarse de su pasado, no era lo

que Vyeter esperaba.

Salió descalzo de su habitación, si así se le podía llamar. Había vivido dos años allí, pero no lo sentía como un lugar suyo. A parte de la amnesia, alguien que desconoce modifico sus escasos recuerdos. Responder ahora quien era, se volvía más difícil de explicar.

Recorrió el pasillo en penumbras, hasta la cocina donde lo esperaban su prima Yassira y su tía Camila, iluminadas por la luz de una vela de cera.

Lo primero que hizo Vyeter fue volver a llorar, por su culpa, por no haber sido más fuerte. Él les había arrebatado a un ser amado, a ellas, quienes le dieron refugio, cuando nadie más lo hizo.

—Lo he recordado todo, dijo Vyeter.

Madre e hija se le quedaron viendo con serenidad, ellas no lo culpaban por nada.

—No te culpes por lo que sucedió, hijo—Replico Camila, ella era más o menos similar a su hija, solo que cargaba con veintiséis años de más, sumando cuarenta y cuatro en total—, ¿Qué harás ahora que sabes la verdad?

Al igual que cuando Zaida murió, las emociones desaparecieron de la personalidad de Vyeter, las lágrimas dejaron de emanar de sus ojos.

Sabiendo que Jacques Verlum, el asesino de su prima, yacía muerto por sus propias manos, nada más le restaba a Vyeter un objetivo para concluir con su venganza.

—Voy a volver a Elefthería para finiquitar un asunto.

Capítulo 14

Capítulo 12: Metamorfosis

4:00PM, Elefthería, Republica del Sílice a 12 de febrero del 2032.

Abstraída del mundo real, Lea caminaba sin rumbo por las calles de la ciudad de Elefthería. Tarareaba una canción que no entendía y que no recordaba haber escuchado.

Ella no recordaba absolutamente nada de lo que sucedió en las últimas dos semanas, ni tampoco quería hacerlo. Una lágrima sin sentido se escurrió desde su mejilla y se precipito a la acera de concreto.

Las piernas de Lea le fallaron, por lo que termino cayéndose al suelo. Esta vez no se le podía atribuir a la anemia que padecía, sino a su propio padre Jacques Verlum, quien le disparo un dardo tranquilizante a la espalda.

El francés se arrodillo al lado de su hija y acaricio su cabello como cuando era una niña. Nadie que pasaba por allí les tomo importancia alguna.

Un estruendo resonó en el cielo, pronto volvería a llover. Lea respiraba agitada como si el aire le faltara. Más tarde que temprano se desmayaría.

—Lo siento Lea, dijo Jacques al mismo tiempo que cubría la cabeza de su propia con una bolsa de trapo.

Quien diría que esa iba a ser la última vez que ambos se verían...

12:00PM, Cuneo, Región de Nueva Florencia, Republica del Sílice a 4 de agosto del 2032.

Nueva Florencia se ubicaba muy al oeste de Elefthería, cruzando el estrecho del Zilé. Era una vasta extensión de tierra, con océano a ambos lados. Su clima no se apartaba mucho del resto de la Republica del Sílice,

excepto que en las regiones altas, las temperaturas solían ser más bajas.

La capital era Nueva Florencia y tomaba su nombre de la ciudad italiana, debido a que era el centro cultural de la República.

En el pueblo de Cuneo vivían cercas de doce mil quinientos habitantes, la mayoría agricultores. El lugar era conocido por el importante hospital psiquiátrico a sus afueras, donde se refugiaban asesinos, psicópatas y otros que se escaparon de ir a la cárcel.

El complejo que constaba de tres edificios de tres pisos y un patio recreacional para enfermos de bajo nivel, era habitado por doscientos cincuenta reclusos, entre los que se encontraba Lea Verlum Azaré.

La muchacha de diecisiete años recién cumplidos, llevaba seis meses en esta lujosa prisión, por cortesía de su miserable padre. Ella sabía que se libró de una muerte segura por muy poco y que fue su padre quien la ayudó; no obstante Lea, le iba a sacar los ojos con los dedos si volvía a verlo.

La pequeña ventana de la que disponía, muy estrecha para usarla como ruta de escape, no tenía cortinas, provocando que la luz iluminara la cama y la mesita pegada al piso. Su habitación era grande y vacía, con paredes pintadas de blanco, típico de un hospital. Y si había algo que Lea detestaba más que a su padre, era a los hospitales.

La sustancia que se inyectó tuvo sus efectos secundarios, sus ojos se volvieron sensibles a la luz por lo que siempre llevaba unas gafas oscuras puestas.

En la soledad de su cuarto, Lea afilaba la punta de un cepillo de dientes, con la hoja de una navaja de afeitar, en tanto tarareaba la melodía de una canción de hace quince años atrás aproximadamente. Al terminar su obra, la admiró por unos segundos y fantaseó con tomar la vida de su padre con esa arma. Posteriormente la guardó en su regazo, para evitar que la descubrieran.

En seis meses de encierro su aspecto no había sufrido tantos cambios, seguía siendo la misma muchacha sombría y delgada de siempre. Vestía ropa blanca al igual que el resto de los otros internos, sus largos cabellos le cubrían parte del rostro.

— ¡Lea!, ¡Tienes visita!, escuchó la voz de un hombre venir del exterior.

Caminar por los pasillos y aguantarse las ganas de gritar o de matar a todos quienes la rodeaban, era cosa de todos los días.

<<90, 91, 92>>, Contaba Lea para no perder el control.

El anciano guardia que la acompañaba, le llevaba puesta la mano en la parte trasera del cuello, lo cual la molestaba. Fue arrastrada hasta una de las salas de visitas donde la esperaba su madre, sentada en una silla delante de una mesa vacía.

La mujer cuarentona que traía puesta ropa cara, se llamaba Mónica Azaré. A pesar de realizarse tantas operaciones y de disimular las arrugas en su rostro, estas seguían cubriendo su rostro.

— ¿Qué haces aquí?, cuestiono Lea con los brazos cruzados.

—Que poco respeto me tienes—Replico Mónica en tono burlón—, ven a sentarte, ¿Quieres?

—Aquí estoy bien.

Mónica se levantó y se encamino a donde Lea.

—Hoy alrededor de las diez de la mañana, tu padre fue asesinado, dijo Mónica.

Una hija normal se aterrorizaría al escuchar eso, pero Lea no lo era. En vez de entristecerse se rio en voz baja.

—Dime, ¿A quién le debo el favor?

—A la gentuza del ETS con quienes te llevas y en especial a tu amiguito Vyeter, quien jalo del gatillo.

—De acuerdo, cuando salga de aquí iré a agradecerle en...

La bofetada por parte de su madre, le impidió a Lea concluir la frase. El golpe fue tan fuerte que hizo sangrar su labio superior y cayó al piso de cemento.

— ¿Tienes aire en la cabeza?, ¡Ahora que Jacques está muerto, Verlum vendrá asesinarte por lo que planeabas hacer!—Increpó Mónica, sus ojos inyectados de sangre amenazaban con salir de sus cuencas— ¡Debes

largarte y hacerlo ya!

—Entonces los esperare a que vengan.

Ante la necesidad de su hija, Mónica alzó la mano para darle otra bofetada, pero prefiero desistir de ello. Se dio la vuelta y camino a la salida.

— ¿Sabías que Jacques asesino a tu primera hija?, Preguntó Lea.

Mónica se detuvo en el umbral de la puerta y esbozo una sonrisa de complicidad, que guardo para sí misma.

—Te equivocas Lea, ella no era su hija.

Y tras eso, Mónica siguió su camino, dejando a Lea tirada en el suelo, en medio del llanto.

Al igual que ocurrió con su padre hacia seis meses Ninguna de las dos sabía que esa sería la última vez que se verían...

El anciano guardia, que desposeía pelos sobre la cabeza, entro en la sala y sujeto a Lea fuertemente por el brazo.

— ¡Anda levántate!

Rápidamente Lea reacciono y clavó el cepillo de dientes afilado, en el brazo del hombre, quien cayó a un lado gimiendo de dolor.

El castigo por herir a una autoridad, era pasar una semana en un desagradable cuarto sin ventanas, a la oscuridad para reflexionar sobre lo sucedido.

El sonido de las gotas de agua del drenaje se escuchaba a lo lejos. Lea manipulaba el candado de la puerta desde de adentro en un intento por abrirla.

—Vamos ábrete, gruño Lea.

Sus deseos fueron concebidos ya que segundos después oyó el rechinado de la puerta metálica abriéndose.

Afuera era de noche, la luna y las estrellas controlaban momentáneamente el cielo, a la espera de la salida del sol.

Lea se escabulló trotando por el pasillo a las afueras del cuarto, a ambos lados se hallaban varias puertas. Ella no había estado tan feliz en un largo tiempo.

Su respiración entre cortada por la exaltación y sus pasos descalzos sobre el piso pasaban desapercibidos, puesto que nunca era noche tranquila en los cuartos de castigo. Los gritos, gemidos y el llanto se llevaban la atención de quien se atreviera acercarse a este lugar.

Al fondo del pasillo, Lea se encontró con unas escaleras, las cuales descendió gustosa, aun cuando eran bastantes escalones.

Una vez fuera del edificio, la brisa sacudió sus cabellos oscuros. La libertad se encontraba muy cerca.

Corrió como si su vida dependiera de ello, hasta la barda de concreto de dos metros del hospital y que trepo sin problemas raspándose los pies en el proceso.

Aterrizó del otro lado y suspiro aliviada, sin preocuparse por las heridas sufridas.

Sin embargo no todo era felicidad, pocos segundos después escuchó algo moverse detrás de ella y antes de que se moviera, su visión se volvió más oscura que la noche...

El espacio en el que se encontraba era muy estrecho, sumado el ruido del motor acelerando, Lea supuso que se encontraba en el maletero de un auto. Tenía las manos y los pies atados con cinta adhesiva, aun traía sus gafas oscuras puestas, quien sea que la rapto conoce de su sensibilidad a la luz.

De repente el auto se detuvo, en el brusco movimiento Lea salió disparada hacia un lado del maletero y chocó con la frente provocándose una cortada.

Un hombre vestido de traje, que era alto, delgado y cuya piel era pálida como la de un muerto, la sacó del auto, arrastrándola como si fuera un

costal de ropa.

Atontada por el golpe, Lea solo pudo distinguir algunos de los detalles que la rodeaban, como árboles muy altos, el cielo lluvioso y que su captor llevaba una navaja bastante filosa en la mano, ella puso más atención en esta última, pues sabía que le quitaría la vida dentro de poco...

11:00AM, Puertas del Este, Región de Severnaya Luna, a 4 de agosto del 2032.

Las partículas de polvo reflejaban la luz del sol, creando haces que se filtraban por la ventana de la cocina. Yassira los veía y luego los retrataba en una hoja de papel.

Para ser una mañana de agosto, era bastante fría. Yassira llevaba puesto su viejo suéter azul cielo y unos pantalones oscuros, que debió haber guardado hace ya algún tiempo; no obstante los veranos en Severnaya Luna solían no ser tan cálidos, por lo que a veces podía llegar a usar ropa invernal todo el año.

Su mama Camila barría con esmero en su afán por dejar el sitio impecable.

— ¿Intentas asesinarme?, Dijo Yassira. Ella era alérgica al polvo, entre otras cosas.

Camila se detuvo y le dirigió una mirada glacial.

—Si no te gusta que limpie, te puedes ir a tu cuarto.

A un comentario de la guerra, Yassira optó por juntar su lápiz y cuaderno, para volver a su cuarto, que quedaba en el piso inferior al cual se accedía por el único pasillo.

<< *¿Dónde estarás Vyeter?* >>, Pensó.

Ese día muy temprano, su primo Vyeter se fue de la casa sin decirle nada a nadie. Supuestamente para saldar una cuenta pendiente.

Yassira sacudió la cabeza sacando esos pensamientos de su mente, lo que fuera a hacer Vyeter no debía preocuparla, pues lo conocía lo suficiente para saber que no cometería una estupidez.

Sin embargo jamás se le llegó a ocurrir, que ese Vyeter había dejado de existir el día 12 de febrero y no podía llegar a asegurar que el nuevo fuera igual de responsable que el anterior.

Apenas entro a su sombría habitación, alguien toco la puerta principal de la casa. Yassira arrojó sus cosas sobre la cama y volvió trotando a la entrada, esperando que fuera Vyeter.

Al girar la cerradura y abrir, su sonrisa fue disminuyendo hasta quedar en una mueca de aceptación.

—Veo que has venido y no lo has hecho solo...

Lea se despertó repentinamente, la cabeza le daba vueltas y le dolía, presintió el olor de la sangre seca, sus manos y pies estaban desatados; se encontraba en una silla de madera, frente a un escritorio hecho del mismo material.

Delante de ella, se hallaba un hombre obeso de edad avanzada, cabello canoso y piel morena.

— ¿Tú quién eres?, preguntó Lea agobiada.

—En mis años como gobernador, nadie me había hablado de "Tú"—Dijo él haciendo alarde de su puesto—. Mi nombre es Antoine Verlum y soy el gobernador de la Región de Elefthería.

—Supongo que eres el hermano de Francois, respingo Lea.

Antoine se rasco la barbilla cubierta por pelos blancos y miro el techo pensativo.

—Estas en lo cierto, pero no te preocupes, no soy muy cercano a él, a decir verdad lo desprecio.

— ¿Por qué me has traído aquí?

—Verás, mi hermano y yo hemos tenido algunas dificultades. Yo no lo puedo enfrentar abiertamente, por lo que cree al ETS para hacerle la guerra—Explicó Antoine—. Ahí entras tú, ya que al igual que tu hermana, nos has estado filtrando información de ellos.

Un veinteañero blanco como el yeso de las paredes entró al cuarto con una pinta de arrogancia. No era muy mayor, ya que aún conservaba algunos granos en la cara.

— ¿Y tú quién eres?, Cuestionó Lea.

—Yo soy Rene Verlum.

Antoine golpeo la mesa con la palma de su mano sorprendiendo a Lea.

—Las elecciones se acercan Lea, yo no soy el más favorito a ganarlas, así que como el ETS es considerada por la opinión pública, un grupo paramilitar, yo los detendré.

Al reflexionar sobre la voz de Antoine, Lea se acordó de aquella vez que corría bajo la lluvia. Fue entonces cuando supo por quien fue abandonado a su suerte.

Se sentía utilizada como un recurso sin valor, traicionada por quienes confió y sucia por haberle fallado a su hermana

—Por tú culpa mi hermana está muerta y yo...y yo...—Lea se quitó las gafas oscuras y las tiro lejos descubriendo sus ojos— ¡Mírame!

La decisión de borrar sus recuerdos, le provocó una secuela muy visible. Ella la llamó metamorfosis y era la decoloración del iris de sus ojos. Los cuales en antaño fueron verdes, ahora eran de una especie de color aqua marina.

Tanto René como Antoine quedaron consternados al ver a la muchacha a la cara.

A Antoine le tembló la mandíbula y sin decir más abandono la habitación dando zancadas muy largas. Mientras tanto, Rene tosió, antes de pasar a un modo más serio.

—Ya veo, serás tú quien me mate, Dijo Lea en un tono irónico.

Rene forzó una risa y se dirige a la puerta, ubicada a espaldas de Lea.

—Te equivocas, yo no voy a ser quien tenga el gusto—Replicó Rene—. Al

parecer tienes muchos enemigos niña.

Una nueva persona entró en escena, era moreno como la tierra y vestía una chaqueta negra. En cuanto Lea lo vio, no dio crédito a sus ojos lastimados, su confianza disminuyó a cero y el sudor comenzó a escurrir de su frente.

El pánico se apoderó de ella, empezó a balbucear como un tartamudo. Lea tragó saliva y finalmente algo coherente salió de sus labios rosas.

— ¿Vyeter?...

Capítulo 15

Capítulo 13: Inicios y finales

7:15AM, A las afueras de Cuneo, Región de Nueva Florencia, Republica del Sílice a 5 de agosto del 2032.

Una, de entre las miles de gotas de agua que caían a la superficie, tuvo la casualidad de posarse en el cabello castaño claro de Adriana Smolenko. La estudiante de criminalística de 19 años de edad, caminaba por el bosque sin pesares. Llevaba puesto un overol de color azul marino y unos zapatos de trabajo. Bajo el brazo, traía consigo un folder sepia con varios papeles en su interior.

Esa mañana fue llamada por su tutor Ismael; un viejo cascarrabias del que no hacía falta hablar, para asistir a una escena del crimen.

Ella detestaba su carrera, era abrumadora y además no le agradaba mucho el hecho de estar rodeada de muertos, todo el día; no obstante al ser su padre el jefe de la policía de Cuneo, ni quejarse era bueno.

Varios policías se atravesaron en su camino y la mayoría evitó tener contacto visual con ella, a lo cual respondió ignorándolos de la misma forma. De esta forma, ninguno de los hombres de la "ley", se dio cuenta de que Adriana se estaba llevando consigo los documentos de la investigación preliminar.

Al dejar los árboles atrás, llegó a una carretera de dos carriles, en la orilla de hallaba un sedán blanco y dentro, alguien que la esperaba.

Abrió la puerta del vehículo con brutalidad y arrojó el folder al conductor impaciente. Posteriormente se acomodó en el asiento del pasajero.

—Ya tienes los papeles—Dijo Adriana seriamente—, ¿Ahora podríamos irnos?

A pesar de que fue llamada aquí por su tutor Ismael, la verdadera razón de su estancia era un pedido del veinteañero que tenía al lado, el periodista Anatoly Izmailov.

—De acuerdo.

La historia detrás de Adriana y de sus ojos marrones, era muy compleja. En resumen, esa mañana se dirigía a iniciar una nueva vida en la región de Severnaya Luna, lo más lejos posible de Nueva Florencia que se le ocurrió.

Para ello tenía que entregarle a Anatoly un documento para su investigación, la cual ya llevaba dos años.

—Dime, ¿De quién se trata esta vez?, Preguntó Adriana.

Un nudo se le formó en la garganta de Anatoly cuando leyó el nombre de la fallecida en el papel que sostenía en sus ásperas manos. Se giró hacia Adriana y la vio a los ojos detenidamente.

—El apellido de la fallecida, era...

Tres años antes...

Para Anatoly Izmailov los días eran todos iguales, cielos tristes por encima de su cabeza, compañeros de escuela monótonos que no estaban preparados para enfrentar la vida allá afuera, sin contar a los profesores mediocres y sus métodos del pasado que no funcionaban en la actualidad. Su vida era grisácea y poco a poco se volvía más oscura.

Entonces, una semana de noviembre en la que no hacía más que contemplar el cielo nublado, ocurrió un suceso inesperado, que bien podría ser considerado como un milagro.

Al principio avistó su cabello rubio reflejado en la ventana, luego que se sentó en la mesa de enseguida.

Anatoly volteo de reojo y al verla no pudo dejar de hacerlo. La muchacha que tenía al lado, era simplemente hermosa.

Al darse cuenta de que la miraban, la joven le contesto con una mirada curiosa.

— ¿Cómo te llamas?, Preguntó ella.

Anatoly sacudió la cabeza para escapar del trance en el que se encontraba.

—Yo soy Anatoly Izmailov, ¿y tú?

—Yo no.

—Es obvio, suspiró Anatoly en voz baja en tanto volvía la vista al frente.

La desconocida lo tomó del brazo y lo obligó a mirarla.

—Mi nombre es Valeria Azaré...

8:15AM, Elefthería, Republica del Sílice a 5 de agosto del 2032.

<<Un buen capitán se hunde con su nave...>>, Pensó Francois, en tanto se empinaba una copa de vino tinto.

El hombre anciano, permanecía de pie ante el ventanal de su oficina. Afuera de esta, las detonaciones sonaban muy seguido.

La batalla estaba perdida y con eso la guerra finalizaba, no de la forma que Francois esperaba que lo hiciera. Conservaba su arma en la mano, esperando. No a utilizarla contra sí mismo, sino contra aquel que en estos momentos se atrevía a desafiarlo.

El rechinado de las bisagras oxidadas, lo alertó de que la puerta había sido abierta. Ni siquiera se inmutó, ni tampoco se giró para ver de quien se trataba, pues ya sabía quién era.

—Que bajo has caído Antoine—Dijo Francois—, mira que cambiar a tu hermano por unos miserables votos, no cualquiera lo haría.

—Eres muy cínico al decir eso, ya que tu mandaste asesinar a tu sobrina Valeria.

—Y tú a Lea, por lo que no trates de creer, que eres mejor persona que yo.

Antoine caminó lentamente hacia su hermano, en tanto desenfundaba su propia arma. Sus pasos resonaban en el piso de mármol.

—Dime, ¿Qué planeabas hacer en mi ciudad?, cuestionó Antoine.

Francois se rio con ironía, su carcajada retumbo en las paredes de la gigantesca habitación.

— ¿Tú ciudad?, te equivocas Antoine, esta ciudad le pertenece a Francia y pronto nuestra bandera volverá a ondear en el centro.

— Dices servir a un país como ese, pero ignoras que has vivido toda tu vida en la República del Sílice.

— Al igual que tú, sabes, no somos muy diferentes, ambos buscamos saciar nuestra sed de poder.

— La diferencia entre tú y yo, querido hermano, es que mañana yo seré un héroe nacional y tú un asesino traidor— afirmó Antoine con dureza en sus palabras— *au revoir bâtard* (adiós bastardo).

Tras decir esto, Antoine empuñó la pistola y disparo en tres ocasiones contra su propio hermano.

Dos de esos disparos atravesaron la carne del cuerpo de Francois y se impactaron en el cristal templado agrietándolo.

— Lástima que no estés ahí para disfrutarlo, replicó Francois.

Y con sus últimas fuerzas, levantó el arma y apuntó contra el corazón de Antoine.

Minutos después, un par de agentes de la policía nacional descubrieron la escena y quedaron atónitos. Tal parecía, que nadie esperaba este final.

Uno de los policías, se adentró en el lugar en dirección al escritorio blanco, que anteriormente perteneció al fallecido Francois. Sobre el mismo, se encontraba un mensaje escrito sobre una hoja de papel, con tinta roja, el cual rezaba:

"Fecha de lanzamiento: 10 de agosto del 2032"

"Durante la operación en contra del presidente de la corporación Verlum, Francois, quien planeaba un ataque terrorista en la ciudad, murió el gobernador Antoine en un acto que es considerado por muchos, como

heroico. La gubernatura de la región de Elefthería queda en manos de...”

Adriana apagó la radio. Ella no tenía la intención de seguir escuchando acerca de la familia Verlum nunca más en su vida.

— ¿Cuánto nos falta para llegar?, Preguntó Adriana.

Anatoly no respondió, Adriana tampoco insistió.

La noche se avecinaba, la luna y las estrellas dominaban parcialmente el cielo y en el horizonte el sol regalaba sus últimos rayos de luz.

Anatoly tenía los ojos puestos en la carretera, conducía casi por instinto. Ya que su mente se hallaba muy lejos de allí...

Dos años y medio antes...

Seis meses pasaron desde la mañana que se conocieron, para algunos, mucho tiempo; pero para Valeria y Anatoly ha pasado en un abrir y cerrar de ojos.

— *¿Me harías un favor?, dijo Valeria con voz apagada.*

Últimamente su personalidad extrovertida se había visto menguada, a raíz del accidente que provocó su padre.

—*Siempre, replicó Anatoly.*

Valeria se giró para verlo a la cara y corroborar su respuesta.

— *¿Estás seguro?, cuestionó con los ojos cristalizados y a punto de llorar.*

Anatoly la sujeto por las mejillas rojas que se cargaba y la miró a los ojos.

—*Por supuesto que estoy seguro, jamás dudaría de las palabras con las que te hablo.*

Esa respuesta animó a Valeria al punto de que esbozó una breve sonrisa; no obstante al mismo tiempo una lágrima se desprendió de su mejilla y rebotó en las manos de Anatoly.

—*Entonces prométeme, que si algo me llegara a suceder, debes cuidar de*

Lea.

—*Lo prometo.*

Y con un beso pronunciado cerraron esa promesa...

— ¡Cuidado!, exclamó Adriana.

Prontamente, Anatoly aplastó el freno del vehículo hasta el fondo.

— ¿Qué sucede?, preguntó Anatoly.

Adriana se quitó el cinturón de seguridad y bajó del auto sin decir nada. Por lo que a Anatoly no le quedó más opción que seguirla, a donde quiera que se dirigiera.

— ¡Ayúdame Anatoly!

Apenas descendió del sedán, Anatoly vislumbró a Adriana arrastrando a una muchacha de cabellos oscuros, que yacía al lado de la carretera.

Se dio a la tarea de ayudarlas sin alegar nada. Tan pronto llegó, sostuvo a la joven entre sus brazos y removió el cabello que cubría a su rostro.

Ella tenía sus ojos bien abiertos, los cuales eran de un color verde esmeralda, el cual le recordaba a quien tenía que proteger y no lo hizo.

— ¿Cuál es tu nombre?, preguntó Anatoly.

— Soy...soy Akari...

Luego de eso, la joven se desmayó. La sangre salía a borbotones de su abdomen.

Al mismo tiempo, Anatoly descubrió algo en la mano de ella, que nunca pensó que volvería a ver en su vida. Aquel pedazo de cuarzo, perteneciente a Valeria...

Dos años y medio antes...

— *¿Qué es eso?*

Valeria jugueteaba con el cuarzo entre sus dedos, atrayendo la curiosidad de Anatoly.

—*Esto es mi amuleto.*

Al regresar de su breve trance, Anatoly echó el cuarzo al bolsillo de su pantalón y alzó a la muchacha inconsciente entre sus brazos.

Con Adriana tras de él, Anatoly regresó al auto en la carretera. Adriana le abrió la puerta trasera y él acostó a la muchacha en el basto asiento.

—Quiero que te quedes con ella, dijo Anatoly.

Luego de esto, Adriana saltó, junto a la muchacha. Le oprimió el abdomen con un trapo que encontró en el suelo del vehículo, intentando que la sangre dejara de emanar.

—Debemos..., soltó sorprendentemente Akari. A primera vista, la muchacha no debía de sobrepasar los quince años de edad.

<< *¿Ahora qué hago?* >>, Pensó Adriana. Debido a que su carrera consistía estudiar a los muertos, le era difícil tratar con los vivos.

Instintivamente posó su mano en la frente ardiente de Akari y acarició su cabello.

—Descansa niña, pronto te recuperarás.

En un movimiento sorprendentemente rápido, Akari sujeto fuertemente la mano de Adriana.

—No entiendes...él no se detendrá hasta conseguir lo que quiere.

—No te preocupes, ya estas a salvo, replicó Adriana intentando zafarse del agarre de Akari.

—Nadie de nosotros lo estamos...

¿Qué intentaba explicarle aquella niña?, Adriana no lo sabía; todavía...

<<Lea Azaré está muerta, a ella le destrozaron el corazón>>, Pensó en tanto bebía la taza de café instantáneo que le había proporcionado la máquina expendedora hacia unos momentos. Lo único que alcanzaba a mirar por las cortinas blancas entre cerradas, era luces de neón opacas y oscuridad.

El cuarto del hotel era diminuto, comparado con su santuario; sin embargo se sentía mejor aquí, que en aquella jaula de oro.

Escuchó la puerta abrirse, se giró sobre la punta de sus pies, avistando en el proceso el buro, la cama y el armario que componían su habitación.

En el marco de la puerta, se encontraba su asesino, Yaroslavl Dimitrievich Betra...

— ¿Te sientes mejor Violeta?, dijo Vyeter.

Aquel seudónimo con el que firmaba los documentos que proporcionaba al ETS y con el que se hizo conocer a Vyeter, se había convertido en su nombre permanente.

—Sí, claro, replico Violeta bajando la cabeza. Por unos instantes, vio su reflejo en el líquido oscurecido, antes de devolverla a donde Vyeter.

— ¿Necesitas algo más?, preguntó Vyeter.

—No, desearía estar sola por ahora.

—Entiendo perfectamente.

Vyeter tomó la perilla de la puerta y la cerró lentamente, perdiéndose de la vista de Violeta, quien al encontrar de nuevo la soledad sucumbió a sus emociones...

Dejó la taza de café en el buro y posteriormente se lanzó a la cama. Al poco tiempo las lágrimas empaparon la almohada.

Recordarlo todo, incluyendo las dos semanas que paso junto a Vyeter, era su maldición. Saber cosas que él no, y no poder contárselas era muy doloroso para ella.

Y todo comenzó esa mañana...

Horas antes...

Lea Azaré pasaba sus últimos momentos con vida, admirando la cascada artificial que se formaba al caer el agua de la lluvia por el borde del puente, bajo el cual se escondía junto a Vyeter, luego de haberse escapado de las garras de Rene Verlum.

— ¿Violeta?

Ella le dio la cara a Vyeter y este sujetó sus manos para darle calor, tal como hacían en antaño.

—Dime Vyeter.

Sus miradas se volvieron una y lo que Lea menos esperaba eran palabras. Ella sonreía como no lo había hecho en un largo tiempo.

— ¿Recuerdas exactamente lo sucedido entre el 30 de enero y el 12 de febrero de este año?

Los recuerdos de dichos días aparecieron en su mente súbitamente, sin embargo algo dentro de sí, le indico que debía ser precavida.

— ¿Por qué lo preguntas?

—He recordado toda mi vida...—Mientras Vyeter hablaba, la sonrisa de Lea se pronunciaba cada vez más—...pero esas dos semanas, han quedado completamente en el olvido, ¿tú las recuerdas?

Ni la mejor arma podría haber hecho mejor este trabajo, que las propias palabras de Vyeter. Quien inconscientemente apuñalaba lentamente el corazón de Lea.

La sonrisa se borró de su rostro al instante, la poca luz que quedaba en su vida se transformó en oscuridad.

Y así Lea volvió al principio...

Le dio la espalda a Vyeter, regreso la vista a la cascada artificial y con un nudo en la garganta pronuncio:

—Lo lamento, pero no lo recuerdo...

Al día siguiente...

La mañana llegó en todo su esplendor, el sol emergía de entre las montañas e iluminaba el valle, sobre el cual se encontraba el poblado de Zilec, en la frontera entre las regiones de Nueva Florencia y Nueva Argelia.

—Ahora que Francois y Antoine están muertos, ya no hay más razón para seguir ocultándonos, ¿no crees?, dijo Vyeter.

Ambos jóvenes hablaban en una esquina técnicamente vacía. Violeta se encontraba recargada en la pared del hotel con la mirada baja, en tanto Vyeter estaba parado en la acera.

—Te equivocas—replicó Violeta alzando la mirada con aires de rabia—, debemos volver a Elefthería y contarles quien era realmente Antoine Verlum.

—De acuerdo, hay que hacerlo.

Y de esta manera, ambos se embarcaban en lo que sería la última oportunidad de vengar la muerte de Valeria y Zaida.

Capítulo 16

Capítulo 14: Reivindicación I

4:00PM, Elefthería, Republica del Sílice a 6 de agosto del 2032.

Al norte de la ciudad, lejos del centro y los ojos curiosos, se encontraba un edificio rectangular poco llamativo perteneciente a la corporación Verlum, que aunque había dejado de existir a los ojos de todos, seguía funcionando clandestinamente.

Rodeado por la oscuridad, estaba el último Verlum sobreviviente, Rene. Aquel que en unos días se dispondría a iniciar la operación que su tío tanto planeo; no obstante requería de algo para poder hacerlo con éxito.

Un objeto esférico de color oscuro, sobresalía en el escritorio de madera, perteneciente a Rene.

—Bien, has traído a mí, la última pieza, dijo Rene tomando el objeto entre sus manos de fantasma lúgubre.

El hombre delante de él, cuyo rostro permanecía en las sombras, se abstuvo de realizar cualquier comentario. La luz roja de su TPS le alumbraba todo el brazo.

—Puedes retirarte si lo deseas—Sugirió Rene Verlum—, pero mantente cerca por si te necesito.

El sujeto asintió con la cabeza y se dio la media vuelta desapareciendo al poco tiempo.

En la soledad, Rene rio como un desquiciado en tanto sostenía la esfera.

—Cuatro días más y todo acabara...

7:00AM, Elefthería, Republica del Sílice a 10 de agosto del 2032.

El aeropuerto internacional de la ciudad de Elefthería, era una de las entradas principales a la Republica del Sílice. Desde aquí entraban y salían personas de todo el mundo todos los días.

Esa mañana, un recién llegado del viejo continente hizo su aparición. Su físico no despertaba la atención de los que lo rodeaban; no obstante su acento si lo hacía, por lo que era inevitable que se ganara muchas miradas curiosas.

El joven de veinticuatro años de edad, cuyo pasaporte lo distinguía con el nombre de Aleksei; esperaba en una banca, la llegada del tren que lo llevaría al centro de la ciudad.

La luz del sol le llegaba desde un lado iluminando la mitad de su rostro, mientras que la otra parte permanecía en la oscuridad.

Aleksei contemplaba en la pantalla táctil de su celular, una novedad para la época, la fotografía de lo que vino a buscar a estas tierras tan lejanas de su hogar.

En sus ojos marrones se vislumbró aquella esfera oscura por la que tantos han muerto...

No muy lejos del aeropuerto, a las afueras de la central de autobuses de Elefthería, ubicada curiosamente cercas de la casa de Lea; ella y Vyeter caminaban por la acera de la calle.

Vyeter miraba el nuevo TPS en su muñeca, en tanto Lea contemplaba la identificación falsa que había conseguido recientemente.

<<*Violeta Ivanov...*>>, Pensó Lea. Suspiro con desdén y bajo la cabeza, ante su vista apareció el gris de la acera por la que caminaba. Llevaba puesto un abrigo oscuro muy largo que le llegaba a los pies y ocultaba la ropa del hospital psiquiátrico donde estuvo encerrada hasta hace unos días. Sin contar los lentes oscuros que protegían sus ojos de la luz del exterior.

Unos pocos minutos más y Lea estaría en su casa de nuevo, la cual debería de estar vacía, puesto que sus dos padres han muerto.

Al hacer una retrospectiva de lo que ha vivido los últimos días, ella comprendió el hecho de que se había quedado sola en este mundo ruin. Además la amnesia de Vyeter tampoco la ayudaba.

—Dime Vyeter, si no recuerdas nada desde el 30 de enero al 14 de febrero—Preguntó Lea con curiosidad alzando las cejas— ¿Cómo es que me recuerdas?

Vyeter giró la cabeza para dirigirle un intento de sonrisa, que resultó en una mirada de tristeza y admiración.

—Lo último que recuerdo de mi pasado, es a ti—Replicó Vyeter sencillamente—. Por alguna razón tus ojos es lo último que vi y es lo que me ha hecho seguir, a pesar de la desesperación por no poder recordar. Es por eso que te busqué por todas partes y ahora que te he encontrado, tengo la esperanza de que me ayudes a recordar lo que sucedió esas dos semanas.

—Entiendo, suspiro Lea con un nudo en la garganta.

Una lágrima pasó inadvertida por su mejilla pálida, ella sabía toda la verdad, pero, ¿Cómo iba a explicársela a un desconocido?, ¿Cómo decirle todas las cosas que hicieron juntos?, tristemente Lea no tenía la fuerza suficiente para afrontar esta realidad, por lo que el silencio se convirtió en su mejor amigo.

El tiempo se fue volando y para cuando Lea alzó la mirada de nuevo, ya estaban frente a su casa.

Al abrir la puerta, Lea percibió un desagradable olor a encerrado proveniente del interior. Al parecer nadie había pisado su casa en un largo tiempo. Ella se dispuso a entrar, pero Vyeter le puso la mano sobre el hombro para detenerla.

—Espera aquí, dijo Vyeter.

<<Al menos aún sigue siendo sobre protector>>, Pensó Lea mientras divagaba en su mente y recordaba el triste pasado que cargaba en su espalda.

Seis meses antes...

9:00AM, Elefthería, Republica del Sílice a 11 de febrero del 2032.

— *¿Así que aquí vives?, cuestionó Lea.*

Tanto ella como Vyeter estaban frente a la puerta entre abierta de un pequeño departamento en las afueras de la ciudad.

—*Así es, he estado rentando este lugar desde que llegué a Elefthería hace un par de semanas, replicó Vyeter sin emoción en sus palabras.*

Luego de un breve silencio, Lea dio un paso al frente para entrar en el lugar pobre; sin embargo Vyeter la detuvo al ponerle la mano en el hombro.

—*Espera aquí, dijo Vyeter mientras se internaba en su departamento.*

Al principio Lea pensó que Vyeter estaba protegiendo su privacidad, pero al poco tiempo se dio cuenta de que en realidad la estaba protegiendo a ella, ya que la puerta se encontraba abierta.

— *¿Violeta?*

Lea dirigió la vista hacia Vyeter, quien la esperaba en la entrada de la casa con una mirada llena de curiosidad.

—Ya voy, replicó Lea.

Al caminar hacia el interior de su casa, una serie de recuerdos tristes invadieron su mente, sin conseguir sacarle una lágrima.

Atravesó su casa por el estrecho pasadizo que permanecía en penumbras, hasta su habitación a la cual no había podido entrar en un largo tiempo.

—Creo que tienes algunos problemas para organizarse, dijo Vyeter, quien ya estaba dentro.

Lea vio que dentro de su cuarto había un gran desorden, pero no se preocupó, puesto que seguramente fueron sus padres, la gente de la corporación Verlum o incluso los del ETS.

<<Ilusos>>, pensó Lea mientras suspiraba con cansancio.

— ¿Qué buscaremos aquí?, preguntó Vyeter.

—No hay nada que buscar—replicó Lea mientras introducía su mano delgada bajo la cama, para obtener una diminuta tarjeta de memoria—, pues ya lo he hecho.

Vyeter se acercó un poco para mirar la tarjeta que Lea sostenía en sus manos.

— ¿Y ahora qué? —Preguntó Vyeter cruzando los brazos—, ¿Qué haremos con la memoria?, ¿A quién se la daremos?

—Resulta que conozco a alguien a quien puedo darle esa información y él se encargara de hacerla pública.

— ¿Quién es?, ¿Confías en él?

—Sólo diré que su nombre es Anatoly...

Hospital General de Severnaya Luna, Severnaya Luna, Republica del Sílice a 10 de agosto del 2032.

La ansiedad provocaba que Adriana se mordiera las uñas de las manos mientras esperaba a las afueras de la habitación donde yacía la desconocida que Anatoly y ella, encontraron ayer en la autopista.

Debido al overol azul marino que aun llevaba puesto y que este decía en la espalda "Equipo forense de la ciudad de Cuneo", ella no dejaba de ganarse las miradas de los familiares y doctores que caminaban por el pasillo, lo cual después de cierto tiempo se volvía un poco incómodo.

Adriana ladeo un poco la cabeza a la izquierda, donde se encontraba una hilera de sillas de plástico completamente vacías.

<< ¿Cuándo vendrás Anatoly? >>, Pensó Adriana. Hace media hora que Anatoly fue a traerle algo de comer y aún no había vuelto.

El hecho de que Anatoly se tardará, no era la razón que despertó la ansiedad en Adriana, sino más bien por el hallazgo que realizaron en aquella extraña.

<<Ese cuarzo, ¿de dónde lo habrá sacado? >>, Pensó en tanto acariciaba su barbilla.

De repente la doctora María Pereira realizó su aparición. La mujer mestiza de 25 años de edad llevaba puesta una bata tan impecable, que con la luz adecuada simulaba tener luz propia. Traía el cabello atado con una liga y sus ojos estaban detrás de unos lentes de descanso.

—Ya se encuentra mejor, además tomé una muestra de su ADN para identificarla—dijo ella en tanto cerraba la puerta de la habitación—. Puede pasar a verla, pero no espere mucho pues está dormida.

—Gracias, replicó Adriana forzando una sonrisa.

La mujer le respondió con una verdadera sonrisa y posteriormente se fue caminando por el pasillo.

Instantes después, Adriana se levantó de la silla plástica de color azul oscuro y se dispuso a entrar en el cuarto. En cuanto atravesó el umbral, la luz artificial del pasillo fue remplazada por los rayos solares que penetraban desde la ventana.

La niña de catorce años de edad dormía plácidamente sobre la cama, como un ángel.

Al lado de la cama, se hallaba una silla en la cual Adriana se sentó para poder admirar más de cerca a la muchacha durmiente. En la frente de ella reposaba un hilo blanco, Adriana alzó su brazo para removerlo, pero se llevó una sorpresa, debido a que la muchacha la tomó de la muñeca fuertemente.

—Debemos irnos—suspiró la niña con miedo en su rostro—, ellos ya vienen...

En ese mismo momento, una mujer y un hombre vestidos de negro, caminaban rápidamente hacia la entrada del hospital...

10:00AM, Elefthería, Republica del Sílice a 10 de agosto del 2032.

<<*Ha pasado un tiempo*>>, pensó Lea mientras se sentaba frente a su computadora que para su suerte no fue sabotada. La luz del monitor borraba parte de la oscuridad que había en el cuarto.

Luego de conectar la memoria, Lea desplazó sus dedos sobre el teclado con gran agilidad, sus ojos apenas parpadeaban, el ruido a su alrededor pareció disminuir hasta convertirse en un simple murmullo insonoro.

Detrás de ella, Vyeter miraba lo que tecleaba en la pantalla. Su vista no era muy rápida, pero claramente alcanzó a distinguir cuando Lea escribió el par de códigos que permitieron el acceso al disco.

"19-08-05-24=16-01-17-17"

El conocía muy bien esos números, debido a que los recibió la mañana, después de rescatar a Akari.

Y ahora finalmente significaban algo, los puentes rotos de su memoria empezaron a unirse de nuevo para dar lugar a un pasaje que llevaba a su pasado.

Seis meses antes...

7:00PM, Elefthería, Republica del Sílice a 30 de enero del 2032.

La lluvia, un fenómeno meteorológico poco usual en un desierto, pero extrañamente un elemento indispensable en los inviernos de Elefthería.

Protegidos por un tejaban de lámina, Lea y Vyeter conversaban por el plan que propuso esta.

—Lo que dices que quieres hacer, es muy peligroso, ¿acaso confías en mí para hacerlo?, cuestionó Vyeter.

Lea apartó la mirada de Vyeter y la posiciono en el suelo, en tanto esbozaba una leve sonrisa casi imperceptible.

—En mi casa, tengo una tarjeta de memoria donde he resumido toda mi vida, la información de Verlum y otras cosas, esa tarjeta bien podría ser considerada como una parte de mi—La muchacha delgada alzó la vista y la dirigió a Vyeter, sus ojos verdes denotaban emoción—, si alguna vez llegó a confiar en ti, te daré la contraseña para que puedas entrar.

El sueño que no fue un sueño, sino un recuerdo se desvaneció en una luz blanca para darle lugar a la realidad.

<<Ella me confió sus secretos>>, dijo Vyeter para sus adentros. Sus ojos se cristalizaron, pero ninguna lágrima salió de ellos.

Una vez que Vyeter salió de los confines de su mente y regresó la vista a donde Lea, alcanzó a darse cuenta de que ella estaba a punto de caer de la silla.

En un acto de reflejo, Vyeter consiguió evitar su caída cuando ya estaba a pocos centímetros del suelo. Un poco de sangre escurría de la nariz de Lea.

Separados únicamente por unos milímetros, cara a cara, la tensión entre ambos se acrecentó. Lea se quitó las gafas exponiendo sus ojos deformados, que no evitaron que Vyeter siguiera mirándola directamente.

Al igual que hace unos días cuando se encontraron de nuevo, los labios de Lea temblaron por unos segundos antes de que pudiera decir algo...

—Está hecho.

Bajo una luz led, en uno de los tantos estacionamientos en el centro de Elefthería, dos jóvenes conversaban exaltadamente.

—Ha pasado un tiempo, ¿No?—dijo Rosario con expresión seria. La psicoanalista estaba en presencia de un viejo amigo del pasado que la hirió bastante—, ¿por qué has venido a buscarme desde tan lejos "Aleksei"?

El sujeto delante de ella, rascó su nuca y rio nerviosamente en voz baja.

—Yo...

—La última vez que te vi, me hiciste un desplante que nunca olvidare, interrumpió Rosario con gran ira.

Aleksei bajo la mirada avergonzado, era cierto que lo había hecho, pero también era cierto que se arrepentía de ello.

—Tienes razón, nunca me perdonare lo que te hice—dijo Aleksei con voz entre cortada—, pero si he venido a buscarte no es por ti, ni por mí—La mirada llena de rabia de Rosario se transformó en una de consternación—tengo información de que en las próximas horas se llevara un evento catastrófico en la ciudad y necesito tú ayuda para prevenirlo.

— ¿Qué clase de evento?, cuestionó Rosario con una actitud escéptica.

Aleksei levantó la cara, la cual permanecía pálida y sudorosa. Si había alguien en este mundo que podía llevarlo a ese estado, esa era Rosario; no obstante no era eso lo que lo agobiaba.

—Nosotros lo conocemos como... la operación Mirage (espejismo)...

Capítulo 17

Capítulo 15: Reivindicación II

Esa noche era muy ruidosa, el viento movía las hojas de los árboles y los grillos se escuchaban por doquier. Era el momento ideal para un asesinato...

— ¡Por favor no lo hagas!, exclamó Akari alzando las manos en señal de rendición. Su grito chillón fue absorbido por el bosque.

Su visión nublada por el cansancio, sumado a la oscuridad, le impedía que ver el rostro de aquel hombre que se le acercaba con intenciones dañinas.

La niña de quince años daba pasos de espaldas, por lo que no alcanzó a ver una raíz que sobresalía del suelo y terminó tropezándose con ella.

Antes de que pudiera levantarse, el sujeto que la seguía se abalanzó encima de ella y la apuñaló en el estómago.

Cualquier otra persona de su edad en su misma situación, habría gritado por ayuda o bien habrían sucumbido ante el dolor y muerto posteriormente; no obstante Akari no iba perder esta batalla tan fácilmente.

A toda costa, evitó respirar durante diez segundos y fingió estar muerta. Tras eso el hombre se alejó y ella aprovechó para escapar.

Su memoria solía ser infalible y eso fue lo que la salvo, debido a que recordó el camino de regreso a la autopista, donde fue rescatada, y aun así, no estaba a salvo todavía...

Días después...

Adriana Smolenko conducía frenéticamente por el estacionamiento del hospital, el eco provocado por las llantas al rozar el pavimento, generaba una desagradable sensación en sus oídos.

— ¿Podrías tener más cuidado?, cuestionó Akari desde el asiento trasero.

—Lo siento, replicó Adriana un tanto nerviosa.

El pulso cardiaco de Adriana se aceleraba a cada momento que pasaba, ella sentía que en cualquier momento su corazón saltaría de su pecho.

En el último giró encontró la salida y suspiro aliviada; no obstante una mujer de negro obstruía su paso.

Akari se asomó entre los asientos para ver cuál era la razón de que Adriana detuviera el vehículo y al ver a esa mujer parada en la salida, sus ojos se pusieron en blanco.

—Me han encontrado...

11:35AM, Elefthería, Republica del Sílice a 10 de agosto del 2032

Vyeter examinaba a aquel joven desganado, cuyos ojos estaban rojos por el cansancio, sus ropas sucias y su mirada perdida en el vacío. Se preguntaba que le había sucedido para que estuviera en esa situación, cuales habían sido sus dificultades y por qué estaba tan tranquilo. Él hubiera deseado poder preguntarle todo eso, pero no podía, debido a que él era ese joven.

El baño en la casa de Lea era un tanto sombrío, por lo que Vyeter comenzaba a entender en parte, el miedo que le daba a esta entrar ahí.

En sus manos sostenía un trapo mojado, cerró el grifo del agua y exprimió dicho trapo. Posteriormente regresó al cuarto de Lea, donde esta yacía inconsciente.

Al llegar, Vyeter se acomodó a un lado de la cama de Lea y puso el trapo en la frente de ella, la cual ardía en fiebre. Estando allí, tan cerca de ella, una pregunta más surgió en su mente.

¿Por qué no podía dejar de verla?

Esa sensación incomprensible que le deba al estar en la presencia de Lea, era inigualable y extraña. En menores palabras, indescriptible. Era

agradable sentir eso, pero al mismo tiempo desesperante, puesto que él pasó dos semanas junto a ella y no conseguía recordarlas.

Como siempre, luz y oscuridad por delante de él...

La división en su mente, que existía desde Dios sabe cuándo, se hizo más evidente. Por un lado sentía esa agradable sensación al estar junto a ella y por otro lado la odiaba rotundamente porque su padre asesino a Zaida, a quien alguna vez llegó a considerar como su propia hermana.

<<Aprovecha que está dormida para hacer lo que viniste a hacer a esta ciudad, debes vengar a Zaida>>, se escuchó venir desde un rincón de sí mismo, << ¿Cómo podría hacerlo si gracias a ella estoy vivo? >>

Al final la luz predominó y la oscuridad fue mantenida a raya una vez más. Vyeter suspiró con tristeza y giró la cabeza para ver por la ventana que iluminaba la habitación. El cielo gris de allá afuera tranquilizaba sus pensamientos encontrados.

Sin previo aviso, Lea abrió sus ojos lentamente y prontamente se encontraron con los de Vyeter. Sus miradas se fusionaron en una y esta vez no había nada que evitara lo inevitable.

Alegría, tristeza, recuerdos...

Esas tres cosas pasaron por la mente de ambos al estar juntos; no obstante al final la tristeza terminó predominando.

—Gracias por cuidarme, suspiró Lea sentándose en la cama, con la cabeza baja. Sus extensos cabellos cubrieron su rostro y con ello, las lágrimas que se escurrían por sus mejillas.

—No es nada—replicó Vyeter, él había notado el dolor en la voz de Lea—, ¿necesitas algo de mí?

—Si, a espaldas tuyas se encuentra un cajón, busca ahí dentro una jeringa y un pequeño frasco y luego tráemelos.

Vyeter obedeció sin responder nada y en un parpadeo estaba de vuelta ante Lea, quien clavó la jeringa en el frasco y la llenó con un líquido incoloro, para después ponerla en su brazo izquierdo.

— ¿Qué es eso?, preguntó Vyeter.

—Padezco anemia desde hace un tiempo, estas inyecciones están cargadas de vitaminas y me ayudan a mejorar mi salud.

—Tal vez no deberías excederte tanto...

—Quizás tengas razón.

El silencio los abrumo luego de eso. No había más que pudieran decirse, excepto por algo...

Hospital general de Severnaya Luna, Severnaya Luna a 10 de agosto del 2032.

El tiempo pasaba y Anatoly no podía dejar de ver ese pedazo de cuarzo que tantos recuerdos le traía. Tantas alegrías, así como tantas tristezas, simplemente para él le era muy difícil de digerir, que lo tuviera de nuevo entre sus manos.

De repente su teléfono sonó, Anatoly introdujo la mano en su chaqueta para obtener aquel dispositivo.

En la pantalla a color, muy rara para la época, Anatoly vislumbró un sobre a medio abrir. Símbolo de que alguien le había enviado un mensaje, al internarse más y ver de quien se trataba, sus ojos se pusieron en blanco y no era para menos, pues habían pasado aproximadamente seis meses desde que recibió algo de la misma persona.

Además, el mensaje contenía varios archivos cifrados y solo una palabra en texto, la cual hizo que la piel se le erizara y el sudor se escurriera de su frente.

Si no hubiera sido por la mujer de negro que se puso delante de él, probablemente habría sucumbido a la desesperación.

—Disculpe señor—dijo la mujer veinteañera enseñándole una fotografía en blanco y negro—, ¿conoce a esta niña?

Anatoly alzó la cabeza un tanto confundido como si estuviera medio dormido. Al mirar la fotografía donde aparecía una niña de aproximadamente quince años de edad, con rasgos asiáticos, nada pasó por su mente, ni siquiera la desconocida a la que salvó la vida la noche

anterior.

—Lo siento, no la reconozco, replicó Anatoly.

—De acuerdo, gracias por su cooperación.

Tan pronto como llegó, la mujer de negro desapareció en la multitud del hospital, dejando a Anatoly solo, con sus pensamientos caóticos.

Algunas horas después...

2:14PM, Elefthería, Republica del Sílice a 10 de agosto del 2032.

<<La hora finalmente ha llegado>>, pensó Rene.

La locura de un padre, la locura de un hijo...

Tantos años inculcándole el odio a Rene finalmente dieron resultados.

El joven iracundo, junto a algunos de sus más fieles seguidores, regresó al clausurado edificio de la corporación Verlum para terminar con un viejo asunto.

Estaba a punto de ejecutar un plan, que el mismo Francois Verlum llevó casi diez años organizando hasta el más mínimo detalle, excepto que jamás contó con que no iba a vivir lo suficiente, como para ver su sueño más íntimo realizado.

Los ventanales, incluyendo al que estaba dañado por los disparos de hace unos días, dejaban pasar la luz vespertina del sol. En medio de la oficina se hallaba una máquina que asemejaba a un barril de metal opaco, con una tapa esférica levantada.

Llegadas las dos con quince minutos de la tarde, del día 10 de agosto del 2032, Rene se acercó a dicha maquina e introdujo la preciada esfera oscura que tanto espero por tener. Posteriormente bajo la tapa de la máquina y tecleo unos números en una pantalla táctil ubicada a un costado. Al instante se produjo un sonido y con ello una luz blanca muy

intensa.

—El proceso ha comenzado...

Es increíble el tiempo que les tomó a Adriana y a Akari ser trasladadas desde la región de Severnaya Luna a Elefthería.

<<Cuando se trata de asuntos con la ley eso no importa>>, pensó Adriana en tanto recorría el estrecho cuarto grisáceo con la vista. Fueron traídas hasta aquí sin explicación alguna y tal parecía que nadie se dignaría a decirles porque.

— ¿Me podrías decir que hacías a la orilla de la carretera con una herida en el estómago?, cuestionó Adriana dirigiendo una mirada seria a la niña que tenía al lado.

—No creo que te incumba, replicó la niña monótonamente.

Esas cinco palabras, despertaron la ira de Adriana, quien pronto sujeto a Akari por los hombros y la sacudió fuertemente.

— ¡Claro que me incumbe! —Increpó Adriana estallando de furia—, ¡Gracias a ti, me trajeron a una estación de policía y justo cuando estaba planeando escapar a una vida nueva!

—Lo siento.

Para cuando se dio cuenta, Adriana tenía a Akari contra la pared. Prontamente la soltó y dejó que se deslizara lentamente al suelo de cemento, en tanto ella se llevó las manos a la cabeza y jaló sus cabellos castaños intentando calmar su enojo.

—Soy inmigrante, ¿de acuerdo? —dijo Akari sollozando—, no tengo parientes, ni conocidos y por mi situación me devolverán a mi país y no deseo eso.

En ese momento Adriana se sintió peor que nada y al mismo tiempo genero un lazo de empatía con aquella muchacha, puesto que ambas escapaban de su lugar de origen.

Adriana camino hasta donde Akari y se sentó a su lado para consolarla. Inadvertidamente una luz brillante penetró por la diminuta ventana

enrejada de la pared, ninguna de las dos le tomó importancia, ninguna de las dos sabía que esa luz cambiaría sus vidas para siempre...

Todo termina donde comienza, todo comienza donde termina...

Con este pensamiento en mente, Vyeter caminaba por las calles solitarias y grises de Elefthería.

Una leve llovizna le caía encima, esta no era ninguna tarde anormal, salvo por el hecho de lo que estaba a punto de ocurrir.

En ese instante de soledad perpetua, Vyeter pensaba en varias personas, pero realmente su cabeza era ocupada por una sola, Lea Azaré...

La buscó durante seis meses, lo cual vendría siendo igual a 175 días, 4200 horas, 252, 000 minutos y 15, 120, 000 segundos. Y durante todo ese tiempo, jamás dejó de pensar en ella. Era un sentimiento raro y completamente desconocido para él, pero el estar lejos de Lea se sentía como un vacío y al encontrarla sintió lo contrario, era difícil explicarlo y si existiesen palabras para hacerlo, resultarían obsoletas, puesto que los viejos sabios deducirían fácilmente que lo que le ocurría a Vyeter era un enamoramiento.

Sin embargo, Vyeter no estaba seguro de ello, debido a que no recordaba nada de lo que vivió junto a Lea, las dos semanas que pasaron juntos y el tiempo para averiguarlo había expirado.

Ahora, en el presente, luego de haber cumplido con su objetivo. Ya nada los mantenía unidos y el momento de decir adiós finalmente llegó.

La decisión fue rápida y sin emoción, Lea optó por tomar un tren al olvido y Vyeter prefirió regresar a Severnaya Luna, donde lo esperaban su prima Yassira y su tía Camila; no obstante, antes de partir para siempre de estas tierras llenas de tristeza y amnesia, Vyeter tenía que hacer una última visita.

Y fue así, como luego de una travesía interminable llegó al parque donde su ruina tuvo un comienzo, donde se encontró con aquella muchacha pálida, la tarde del 30 de enero.

Ya en el epílogo de su desventura, Vyeter se arrodillo ante el altar puesto en honor a Zaida. No hubo palabras, sólo un silencio que denotaba todo lo

que le ocurría.

Al igual que la última vez, Vyeter escuchó unos pasos acercarse por detrás de él. Apenas volteo para ver de quien se trataba, descubrió a una muchacha que portaba ropas oscuras, muy diferente a la que él vio la primera vez.

Vyeter se puso de pie para encararla, la alegría se apodero de él de inmediato, pero aun así ninguna sonrisa salió de su rostro.

Eso mismo le ocurría a Lea y como era su costumbre lo ocultaba muy bien. Sus cabellos lacios estaban empapados por la llovizna y las gafas oscuras ocultaban sus ojos degradados y el par de lágrimas que se escurrían de ellos.

—Vyeter, necesito hablar contigo, dijo Lea con la voz apagada.

—No hace falta decir nada, solo fuimos un par de niños jugando a ser adultos, creímos que podíamos cambiar algo, pero no hicimos más que empeorarlo todo.

La alegría y la tristeza al mismo tiempo, no quedaba lugar para ninguna emoción de más. Era verdad, todo era verdad. Antes del 30 de enero, Lea tenía una familia que si bien no le tomaba importancia, le ayudaba a tener una vida más o menos normal, así mismo Vyeter tenía una vida hecha.

Poco a poco, Lea fue acortando la distancia con Vyeter, hasta que quedó a escasos centímetros de él.

Vyeter no se inmutó, él deseaba decirle tantas cosas, pero ninguna se le ocurría. Únicamente se le ocurrió poner sus manos sobre los hombros de Lea para abrazarla y ella le respondió de la misma manera.

Antes de cualquier cosa, el reloj marcó las 2:15 de la tarde, el fin del mundo comenzó. Una esfera luminosa dominó en su totalidad el cielo de Elefthería superando al propio sol...

En la esquina del parque, se encontraba una cámara de vigilancia que estaba conectada a la central de Elefthería. Desde allí, una mujer monitoreaba la ciudad. Su rostro estaba cubierto por una especie de casco, como el de las aeronaves de combate, sus dedos finos manipulaban

un teclado táctil muy sensible, con el cual a su vez operaba las cámaras.

Al ver lo que ocurría por encima de su cabeza se alegró de no portar un TPS, debido a que todo aquel que esa tarde llevara uno, estaría condenado.

De su boca únicamente salió una frase que quedaba bien con lo que ocurría haya afuera...

—Este es, el último día de la tierra...

Capítulo 16: El último día de la tierra

Al norte de Elefthería, donde predominaban los campos y las arboledas, una mujer corría con todas sus fuerzas. La luz de su TPS parpadeaba confusamente y emitía un pitido cada dos segundos. Su destino era incierto y su origen terrible...

— ¡Todos están muertos!, Gritaba para sí misma.

Atravesó todo un campo cubierto por pasto, bajo un cielo gris en dirección a una serie de árboles que se extendían más allá de la vista. Nunca antes había tenido la necesidad de correr tanto.

En cuanto llegó a la arboleda, se detuvo en el primer árbol y se recargó en él, sus respiros exaltados eran una mezcla de confusión y miedo. Sus piernas flaquearon y cayó sobre una alfombra de hojas secas.

Un sudor frío se escurría por su frente escondida entre uno que otro cabello castaño. Su pulso descendía suavemente, marcando así el final de su vida. Su visión se fue nublando poco a poco y antes de cerrar los ojos por última vez, avistó un par de siluetas rodeándola lado a lado.

8:15AM, Elefthería, Republica del Sílice a 11 de agosto del 2032.

La tranquilidad era algo muy difícil de encontrar en la actualidad, quienes la buscaban por lo general tenían que aislarse lejos de los centros de población, en desiertos, bosques, islas, entre otros lugares solitarios. Por lo tanto, si había tranquilidad en una ciudad, algo no debía de andar bien.

Estático, era la palabra correcta para describir este espacio, que se supone era una urbe. Las calles estaban vacías, los edificios abandonados y las cenizas del pasado eran arrastrados por el viento del presente.

Un dron (vehículo aéreo no tripulado) sobrevolaba los cielos despejados. El aparato triangular recolectaba información acerca del aire local. Los sensores en la parte inferior median el nivel de la toxicidad del mismo, al mismo tiempo que la antena en la punta del aparato buscaba señales provenientes de los TPS de los ciudadanos residentes.

Cada vez que el dron encontraba su blanco, tomaba una fotografía y la enviaba a su base en tiempo real, donde las imágenes eran utilizadas para confirmar las identidades de los usuarios.

Hacia el final de su viaje, el dron se dirigió hacia un edificio imponente cuyo último piso estaba destruido permitiendo ver en el interior. En esta ocasión, siguiendo a dos señales juntas, el aparato ascendió a una altura de trescientos metros para tomar la fotografía y una vez hecho el trabajo, volvió a alejarse.

Esa última imagen causo mucho revuelo en cuanto fue vista por primera vez, no por el hecho de ver un par de cadáveres, sino por su ausencia...

2:25PM, Elefthería, Republica del Sílice a 10 de agosto del 2032.

Una extraña bruma cubría en su totalidad a la ciudad de Elefthería, donde el silencio y la soledad predominaban.

Por la principal calle llamada Argel, en honor a la capital de la nación de Argelia. Akari y Adriana caminaban, luego de haberse escapado de la oficina de inmigración, gracias a los conocimientos sobre cerraduras electrónicas de la primera.

— ¡Hola!, exclamó Adriana.

Su grito reboto en las paredes de los edificios adyacentes y regresó hasta ella sin problema alguno.

¿Qué está sucediendo aquí?, Pensó. Algo muy malo y extraño ocurrió en Elefthería y Adriana desconocía las causas de ello. Sólo esperaba que el daño no se expandiera más allá de estas fronteras.

Había autos detenidos por doquier, mientras que sus ocupantes permanecían inmóviles en el interior, en las aceras reposaban cientos de personas y lo mismo sucedía en los edificios.

De repente Adriana sintió un escalofrío en su espalda, seguido de la sensación de que estaba siendo observada, se giró rápidamente sobre la punta de sus zapatos, pero no vio nada, únicamente el blanco de la bruma. Le pareció escuchar una carcajada burlona a lo lejos, pero realmente se trataba del viento.

— ¿Te sucede algo?, preguntó Akari muy seria.

—No, nada, replicó Adriana con algo de miedo en su voz, intentando ocultar sus emociones, de la niña de quince años que la miraba a los ojos; no obstante desconocía las habilidades de esta, para identificar lo que sentía la gente que la rodeaba. Una habilidad que si hubiera sabido usar al principio, habría evitado sufrir tanto en los últimos días.

Akari se despegó de la cercanía de Adriana perdiéndose en la bruma y encontrándose con un policía tirado, en el cemento de la acera al poco tiempo. Sin miedo ni remordimiento, se arrodilló a su lado y le quitó el arma que este llevaba a la cintura. Posteriormente revisó los datos del TPS del hombre, lo cual la sorprendió un poco, ya que según esto, el hombre estaba dormido y no muerto como ella pensaba.

— ¿Akari?

Al escuchar que la estaba llamando Adriana, se dio la vuelta y regresó por donde vino. Al ver a la muchacha con los ojos llorosos, le cedió el arma.

—Si esto te hace sentir más tranquila, por mi está bien—dijo Akari con su expresión monótona de siempre—, ahora camina, ¿quieres?

— ¿Para ir a dónde?

Akari bajo la cabeza, ni siquiera ella conocía la respuesta a ese cuestionamiento.

—No tengo idea, pero creo que cualquier lugar es mejor que estar aquí, ¿no crees?

Luego de eso, Adriana se quedó muy pensativa.

Sin saberlo, a pocos metros de donde estaban ellas, en la esquina de la calle. Se encontraba una cámara de seguridad que se enlazaba a la central de la ciudad.

— ¡Oigan ustedes dos!—Adriana y Akari se miraron confusas. La voz de aquella mujer se les hacía familiar, pero desconocían de donde—, ¡Si ustedes dos!

Al final, Akari identificó que la voz provenía de un TPS que pertenecía a un hombre obeso que yacía en pleno cruce peatonal.

— ¿Quién eres?, preguntó Akari.

—Puedo sacarlas de aquí a las dos, pero deben seguir mis instrucciones, ¿de acuerdo?

Adriana pareció muy complacida con las palabras de dicha mujer, pero Akari pareció renuente a obedecer.

— ¿Cómo sabemos que no nos llevarás a una trampa?

Pasaron varios segundos hasta que la voz electrónica volvió a salir del dispositivo.

—Porque tenemos a un amigo en común Akari, ¿recuerdas a Vyeter?

Una serie de recuerdos difuminados apareció ante Akari, exponiendo los seis meses que llevaba en la Republica del Sílice. Dentro de su corazón, la alegría que sintió al principio, se transformó en miedo y de allí en ira, al escuchar ese nombre.

Sujeto fuertemente la mano de Adriana y ambas salieron de la calle ocultándose de las cámaras, para luego ir a refugiarse a una ferretería cercana.

Lejos de las cámaras públicas y las personas dormidas, en un cuarto lleno de herramientas que incitaban la sensación de pánico en Adriana, Akari finalmente se sintió a salvo.

— ¿Qué mierdas te sucede? —Cuestionó Adriana muy molesta—, ¿Quién es ese “Vyeter del que hablaban?, ¿Cómo es que te conocen?

La niña suspiro con tristeza, sus cabellos oscuros ocultaron su rostro brevemente, antes de encarar los reclamos de Adriana.

—Debo decirte algo, de cómo es que llegue a esa carretera la noche que me encontraste...

3:15 de la tarde...

Lejos por tantos meses, unidos por escasos días...

Lea Azaré se encontraba arrodilla al lado del cuerpo inconsciente de una mujer treintañera, bajo la sombra de un árbol al norte de la ciudad de Elefthería.

— ¿Qué crees que les paso?, pregunto Lea.

A pocos metros de ella, viendo en dirección contraria, se encontraba Vyeter.

—No tengo la menor idea, pero me inquieta más que no nos haya afectado a nosotros.

Hace una hora vieron como todos los que los rodeaban, caían al piso sin explicación alguna. Entre los dos habían discutido cientos de teorías, desde aquellas que rozaban lo imposible hasta las más lógicas, cruzando por las que nadie siquiera tendría en cuenta.

Vyeter no apartaba la mirada de la tranquila Elefthería, él sabía que algo muy malo había sucedido, pero lo peor del caso, es que presentía que un peligro mayor se avecinaba.

Vestía la misma ropa con la que salió de su casa en Puertas del Este, hacía algunos días. Es decir, el pantalón negro y la camiseta de rayas que tantos años, llevaba a su servicio.

A su mente llegó la cara de Yassira y Camila, que lo esperaban allá en Severnaya Luna, se preguntaba si ambas estarían preocupadas por él y con lo que estaba pasando, probablemente así lo era.

Pronto volveré con ustedes, Pensó Vyeter.

—Anda, tenemos que seguir, dijo Vyeter. Si bien, desconocían las causas de lo que sucedía en Elefthería, lo mejor para ellos era no estar cerca, si no probablemente también resultarían lastimados.

Lea dirigió una última mirada a la mujer y luego se apartó de su lado, para ir con Vyeter, quien la esperaba muy paciente, a pesar de la situación a la que se enfrentaban.

El viento del sur movía ferozmente las hojas de los árboles y atraía una extraña bruma muy densa, que al poco tiempo termino por cubrirlos y afectar su vista.

Al perder de vista a Vyeter, Lea tomó su mano entre la blancura que los separaba. Se sentía cálida y confiable, tal como la recordaba.

— ¿Vyeter?, dijo Lea.

—Sigo aquí.

Lea suspiro aliviada y siguió caminando, se sentía observada, pero echaba la culpa a su imaginación.

A su vez, Vyeter también pensaba que alguien los observaba, pero al igual que Lea, echaba la culpa a su imaginación. Sacudió la cabeza en un intento por borrar esos pensamientos inquietantes y seguir caminando.

Ignorando la preocupación que predominaba en sus corazones, la alegría los engullía, sin embargo, solamente Lea conocía con exactitud la razón de dicha alegría.

Al cabo de un rato, escuchando únicamente sus pisadas, Vyeter soltó la mano de Lea, pero no se detuvo, pensando que ella lo seguía de cerca.

— ¡Vyeter!, se escuchó venir desde muy lejos.

Aunque no identifico la voz de aquella muchacha muy bien, Vyeter salió corriendo muy apresurado, pensando que se trataba de Lea.

La bruma dificultaba su vista y lo hizo estrellarse de lleno contra un árbol.

Paso un tiempo, la cabeza le daba vueltas y no era para menos pues fue lo primero con lo que impacto. Sintió que un líquido caliente escurría de su frente, pero no le importó. Se puso de pie atontado y continuo caminando entre los árboles, con sus manos delante de él, para impedir un nuevo

choque.

Poco después llegó a un campo abierto, donde alcanzaba a sentir los rayos del sol.

— ¡Violeta!

A pesar de que sabía que ese no era su nombre real, Vyeter esperaba a que ella respondiera algo; no obstante el tiempo pasó y sólo hubo silencio.

— ¡Violeta!, insistió Vyeter.

Nada pasaba, ni un susurro, absolutamente nada. Inclusive el viento parecía haberse callado.

El miedo se apodero de Vyeter de un momento a otro.

¿Si le habrá pasado algo?, ¿si se perdió?, ¿si alguien la habrá lastimado?, todas esas preguntas pasaban por su cabeza tan rápidamente, como una computadora procesaba las ordenes de su operador.

Jamás debí soltar su mano, dijo Vyeter para sus adentros.

Escuchó unos pasos venir desde atrás y se giró de inmediato, la bruma se despejó parcialmente, permitiéndole ver aquel espectro que lo dejó perplejo.

— ¿Quién eres?, dijo Vyeter. Sabiendo que la pregunta correcta no era "quién", sino "qué", era esa cosa que estaba delante de él.

Media lo mismo que una niña de catorce años, a decir verdad se parecía mucho a la fallecida Zaida, el problema era que su piel era pálida, sus ojos estaban hundidos, su cabello aplastado y además excretaba un olor podrido.

Esa cosa miró a Vyeter con lo que humanamente sería considerado, una mirada de duda. En su rostro se reflejaba una sonrisa de media luna, mostrando sus dientes amarillos levemente.

— ¿Acaso no me recuerdas Vyeter?, su voz sonaba ronca y no concordaba en nada con una niña de la edad que aparentaba.

Varias opciones pasaron por la mente de Vyeter, entre las que se encontraban confrontar a esa cosa o bien salir corriendo lo más rápido posible, pero cuando se dio cuenta, ese espectro había desaparecido.

— ¿Acaso no me recuerdas Vyeter?, se volvió a escuchar, sólo que esta vez la voz provenía desde detrás de él.

— ¡Mierda!, exclamó Vyeter en tanto se daba la vuelta para encarar a esa cosa que se reía burlonamente de él—, ¿Quién carajos eres?

Esa cosa se reía de Vyeter, penetrando en su mente poco a poco y apoderándose de sus emociones. Caminó hasta quedar a escasos centímetros del joven que la miraba estupefacto.

— ¿Acaso no me recuerdas? —Insistió con su pregunta, su sonrisa se convirtió en una desagradable mirada llena de odio y rabia—, ¿Acaso no recuerdas cuando tú y esa bruja llamada Lea me asesinaron?

Por alguna razón, esa acusación transportó a Vyeter al 30 de enero de hace dos años. Su piel se puso más pálida que la de aquel espectro, cayó de rodillas y con las escasas fuerzas que les sobraban, consiguió pronunciar algo.

— ¿Zaida?...

Capítulo 18

Capítulo 17: Locura

"Lo sentimos, su llamada no puede ser procesada..."

Luego de quince intentos para contactar a Adriana, Anatoly comenzaba a perder la paciencia.

<< *¿Dónde se habrá metido?* >>, Pensó.

Si bien no era un asunto de vida o muerte, le inquietaba que Adriana se fuera sin siquiera despedirse.

Tal vez se cansó de esperar y se marchó...tal vez se fue a descansar...o tal vez...

Anatoly ya había cumplido con traer a Adriana a Severnaya Luna, por lo que lo que hiciera de ahora en adelante era únicamente asunto suyo. Suspiro con desgane y pasó la yema de sus dedos en sus sienes.

Estaba harto de estar en el hospital y la hora de irse no se veía muy cerca. Para rematar, el mensaje que Lea lo envió hace unas horas, lo mantenía preocupado.

De pronto, una mujer cuya bata parecía emanar luz propia se detuvo delante de él.

— *¿Usted es el señor Izmailov?*, dijo ella.

Al levantar la cabeza, Anatoly se encontró con una sonrisa que lo sorprendió e hizo olvidar sus problemas, aunque sólo fuera por unos instantes.

— *¿Dígame?, ¿ya hay noticias de la niña que traje?*

La sonrisa de aquella mujer, lentamente se fue transformando en una mirada llena de comprensión, ella puso la mano en el hombro de Anatoly y posteriormente se sentó a su lado en la hilera de sillas, del pasillo principal del hospital.

—Ella se encuentra mejor; no obstante, fue detenida por agentes de inmigración, junto a su acompañante cuando intentaban escapar del hospital en su vehículo y posteriormente trasladadas a la ciudad de

Elefthería.

<<Mierda...>>, Pensó Anatoly mientras bajaba la cabeza.

Anteriormente, Anatoly pensaba que nada en su vida podía empeorar, ahora sabía que estaba equivocado.

“Las autoridades de la Republica del Sílice, han confirmado que una catástrofe de magnitudes desconocidas, ha acontecido esta tarde en la capital de la región de Elefthería. No se sabe mucho, pero el ejército ha acordonado un perímetro alrededor de la ciudad...”

Y en ese momento, Anatoly comprendió que sería una tarde muy larga...

5:40PM, Elefthería, Republica del Sílice a 10 de agosto del 2032.

Aquella cosa que se autodenominaba como Zaida, la prima muerta de Vyeter, lo miraba con una expresión de rabia y burla al mismo tiempo.

— ¿A qué te refieres con qué te asesine?, pregunto Vyeter un tanto confundido y anonadado.

Zaida comenzó a caminar alrededor de Vyeter, incomodando a este.

—Toda tu vida es un engaño Vyeter, todo lo que crees es una rotunda mentira, tú y Lea fueron parte de un experimento, técnicamente son como hermano y hermana...fueron encontrados en las calles, recogidos como un par de cachorros abandonados, animales inútiles que en todo caso podían ser botados nuevamente...manipularon sus recuerdos, jugaron con sus sentimientos y he aquí el resultado—dijo Zaida señalando a Vyeter—, un asesino que no muestra piedad, entrenado para seguir ordenes, al igual que un perro.

Las palabras llenas de odio, provenientes de Zaida rebotaban en su mente una y otra vez, matándolo por dentro y quemando su alma, como si se tratasen de ácido.

— ¡Eso es mentira!, ¡Recuerdo toda mi vida excepto por...!

— ¿Excepto por qué Vyeter?, ¿Acaso se trata de esas dos semanas que supuestamente pasaste junto a Lea?, ¿Sabes por qué no puedes recordarlas?

Vyeter se dejó caer al suelo lodoso, ni siquiera se había dado cuenta de que el cielo se había tornado anaranjado y franjas extensas de nubes creaban la ilusión de que serpientes gigantes flotaban en el aire.

— ¿Por qué...por qué no puedo recordar esas dos semanas?, dijo Vyeter al borde de un ataque de psicosis.

—Porque esas dos semanas jamás sucedieron, en realidad tú y tu amada Lea pasaron ese tiempo en coma inducido en unas instalaciones para preparar el nuevo experimento del que formarían parte.

Nada parecía tener sentido para Vyeter, esas declaraciones eran patéticas, sin embargo algo muy dentro de él le decía lo contrario.

— ¡Mientes!, itodo lo que dices es una rotunda mentira!

Zaida levantó una ceja y cruzó los brazos con total satisfacción.

— ¿Crees que miento?, déjame mostrarte...

El prado desapareció y en su lugar apareció aquella calle que Vyeter recordaba muy bien, ya que allí fue donde murió Zaida. Él la perseguía y no con muy buenas intenciones, mientras sostenía una navaja con algo de sangre en la punta. Alcanzó a divisar algo de líquido carmesí saliendo del brazo de ella.

<<Detente>>, Pensó Vyeter. Lamentablemente para él, en ese momento su cuerpo no le pertenecía.

Afortunadamente para él, se detuvo antes de cruzar la calle. Lamentablemente para Zaida, un auto se cruzó en su camino arrojándola varios metros en el aire.

— ¿Lo has visto?, ¿Has visto lo que me has hecho?

De regreso en el prado, el último haz de luz que iluminaba la sombra alma de Vyeter se apagó y con ello su cordura desapareció. Tirado en el suelo, en compañía de un fantasma, se rio con locura y luego soltó un gemido adolorido que espantó a las aves en un gran área...

—Tu reacción me hace dudar, si estarás preparado para lo que tengo que decirte "Vyeter".

— ¿A qué te refieres?

En este momento, Vyeter creía todas las cosas que salían de la boca maloliente y putrefacta de Zaida.

—Algo que sucedió recientemente...

Antes de que pudiera terminar la frase, el campo abierto dio lugar a un bosque muy similar, como al que se hallaba a las afueras de Puertas del Este, en la región de Severnaya Luna...

Al estar allí, Vyeter sintió la misma sensación de hace unos instantes al recordar la muerte de Zaida. No tenía el control sobre su cuerpo y caminaba con una navaja en las manos, sólo que esta vez su objetivo era Akari.

— ¡Por favor no lo hagas!, escuchó venir de ella.

Lo que desconocía era que a Vyeter nunca le pasó por la mente la idea de dejarla ir.

La muchacha se tropezó con una raíz y cayó al suelo, Vyeter aprovechó para clavarle la navaja en el abdomen y así acabar con su corta y triste vida.

De repente se hizo la nada y Vyeter vio su reflejo en el cristal de su alma, no podía creer lo que era en realidad, un experimento fallido, un asesino sin escrúpulos...

Alzó la mirada, arrepentido por lo que había hecho y sólo vio una bruma infinitamente blanca, a donde quiere que mirase era lo mismo.

— ¿Qué mierdas hice?, dijo, aun sabiendo que nadie lo escuchaba.

Estaba solo, en medio de la nada. Donde el tiempo y el espacio eran inverosímiles. En un lugar del que no saldría jamás y del cual le era imposible escapar, su propia mente...

— ¿Qué mierdas hice?, repitió con el mismo resultado. Ni siquiera alcanzaba a escuchar el eco de su voz golpeando contra las fronteras, lo

cual demostraba que este lugar era infinito.

El joven, jalaba sus cabellos despavoridos y respiraba confuso.

Habían transcurrido seis meses desde que perdió la memoria, un periodo de tiempo en el que se esforzó por recordar su pasado, pero ahora, al saber quién era realmente y darse cuenta de que no era lo que esperaba, deseo olvidar.

No le importaba lo que le costará, no le importaba arriesgar su propia vida, no le importaba volver a matar, si tan sólo conseguía su objetivo...

¿Acaso este fue el mismo pensamiento que pasó por su mente el 12 de febrero?

En ese caso, si lograba olvidar de nuevo, ¿Acaso no volvería a intentar recordar, haciendo de este un ciclo perpetuo de amnesia y recuerdos?

Eso podía ser verdad y él era consciente de ello.

Entonces, ¿Cuántas veces no ha intentado olvidar para después recordar y reiniciar el proceso?, ¿Cuántas veces no ha arriesgado su vida?, ¿Cuántas veces ha tenido la necesidad de matar?...

Todos estos cuestionamientos provocaron que la cabeza le doliese y que se mareara, haciéndolo caer al suelo blanco que lo reflejaba.

— ¿Qué hice?, dijo con voz apagada.

—Hiciste lo que tenías que hacer Vyeter, te enseñaron a obedecer órdenes y las cumpliste, deberías de estar feliz por ello, replicó la figura fantasmagórica de Zaida que regresó para atormentarlo.

Sabiendo que lo que decía era puro sarcasmo, Vyeter ni siquiera se atrevió a contestarle algo agresivo, únicamente tenía una pregunta que hacerle.

— ¿Cómo podría conseguir tu perdón?

Zaida se arrodillo ante Vyeter, quedando cara a cara.

—Nada más hay una cosa que puedes hacer—Replicó ella. Una sonrisa comenzaba a formarse en sus labios partidos y oscuros—. Debes quedarte conmigo en este lugar, para siempre.

—Entiendo...

Sin previo aviso, una potente explosión los sacudió a ambos. Vyeter se protegió con los brazos y al descubrir su cara, el ambiente había cambiado nuevamente.

— ¿Pero qué?...

7:15PM...

A esas horas de la tarde, las dunas de arena al sur de Elefthería podían quemar más que al acero al rojo vivo.

Vyeter comprendió esto, segundos después de despertarse en ese lugar...

La mitad del rostro le ardía y la otra mitad permanecía pasiva. Irónicamente su cara representaba a su mente dividida.

Se levantó como pudo del suelo arenoso y tras dar unos cuantos pasos trastabillando consiguió mantener el equilibrio.

Las olas que arremetían contra la playa, se escuchaban lejanas. Vyeter alzó la mirada y alcanzó a divisar la franja costera, por lo que supuso que en dirección contraria debería de encontrarse la ciudad de Elefthería.

Escaló una gran duna de sílice, algunos granos calientes se metían en sus zapatos quemándolo desde adentro. Al llegar a la cima, contemplo con desdén a la que alguna vez fue la capital de la región que ahora yacía destruida y repleta de criaturas que alguna vez fueron personas iguales a él.

<<*Una distopia en ruinas*>>, pensó él, en tanto descendía de la duna. Una pierna le dolía y provocaba que cojeara de un lado, como una bestia herida en sus últimos momentos de vida.

Por el efecto del sol vespertino, las franjas de nubes en el cielo asemejaban gigantescas serpientes mitológicas de color rojo, que flotaban y se movían de acuerdo a los designios del viento.

El sol vespertino calentaba su cuerpo físico, pero no su alma, la cual se

helaba cada vez más, desde que se dio cuenta de quién era realmente.

De pronto, una ráfaga de viento arremetió contra él, haciéndolo tragar arena.

Soltó una carcajada enferma al reflexionar sobre lo irónico de esto, debido a que el viento se había puesto en su contra y él se llamaba literalmente viento. En todo caso sólo confirmaba la confrontación de Vyeter contra sí mismo.

Sus piernas flaquearon y un instante después se encontraba de rodillas con la vista puesta en la ciudad destruida.

— ¿Es este el mundo real, u otra pesadilla más?, susurró Vyeter para sí mismo. Sus palabras fueron absorbidas por el vacío que lo rodeaba.

La ira, de la cual hizo un mal uso, lo había abandonado. Después de todo, ¿Cómo iba a ayudar a un asesino como él pensaba que lo era?

Derrotado, Vyeter inclinó la cabeza hacía la arena y comenzó a sollozar. Al final comprendió que necesitaba de alguien más para poder levantarse y que él solo, no se bastaba para hacerlo.

Y por unos segundos pensó en su amada Violeta, de la cual no sabía nada y que realmente se llamaba Lea...

—La realidad, es lo que nosotros queramos que sea, Vyeter...

Vyeter levantó la cabeza y allí estaba ella. A pocos metros de distancia, esperándolo para que la acompañara.

—Esos ojos, replicó Vyeter, haciendo uso de esa frase que lo había acompañado tanto tiempo, desde que perdió la memoria.

Se levantó sin esfuerzo para ir al lado de ella. Si el calor de una tarde de agosto no podía calentar su alma, seguro la sola presencia de Lea lo conseguiría.

Y así fue, al tenerla entre sus brazos, las penurias de Vyeter se hicieron añicos. Como si hubieran sido disueltas en ácido.

—Yo soy...nosotros..., dijo Vyeter.

—Lo sé, se toda la verdad, replicó Lea en voz baja.

¿Cómo sería posible que ella lo supiera?, ¿acaso tuvo una alucinación

similar?, ¿O tal vez siempre lo supo y nunca se lo quiso contar a Vyeter?

— ¿Qué haremos ahora?

—Seguir con el plan—En ese instante sus miradas se encontraron y los dos se vieron reflejados en los ojos del otro—, recuerda lo que en verdad ocurrió y no lo que ellos desean que recuerdes, una vez que seas libre de nuevo, sabrás a donde ir.

Nada de eso tenía sentido para Vyeter, pero esas palabras quedaron registradas en su memoria. Lo que sucedió después, ni siquiera hubiera podido ocurrir en sus pesadillas más horribles.

El olor a pólvora quemada penetró en sus pulmones, el proyectil de plomo atravesó su costado derecho y salió por el otro lado sin problema alguno.

Cayendo de espaldas a la arena, lo último que Vyeter pudo distinguir del rostro de Lea, fue una lágrima solitaria, luego de eso, todo se volvió sombrío.

—Nos vemos Vyeter...

—Nos vemos Lea...

No hubo miedo, no hubo rencor, nada más decepción...

En el suelo, con el cielo naranja ante sus ojos, su visión nublada y el frío. Vyeter finalmente pudo recordar la verdad, justo antes de caer en un profundo sueño.

Y al final no era un asesino, sino un peón más en un enfermizo juego de ajedrez...

Una hora después...

—Afortunadamente la bala no dañó sus órganos, dijo una mujer en algún lado.

<<Esa voz, ¿de dónde la conozco? >>, Pensó Vyeter, mientras se sentaba en el catre en el que se hallaba. Una ligera manta cubría parte de su

cuerpo, miró por debajo y se encontró con un montón de vendas enrojecidas que tapaban su costado derecho.

El frío le calaba en los huesos, además le tomó un poco de tiempo acostumbrarse a la baja iluminación.

Se encontraba en un pequeño cuarto de 4X2, de paredes grises y dos camas, había una salida nada más.

Vyeter se puso de pie y caminó muy despacio hasta la puerta metálica que lo encerraba. Al abrirla se encontró con una joven y un joven, quienes lo miraban sorprendidos.

—Veo que ya has despertado Vyeter, dijo la mujer dirigiéndole una sonrisa.

Al verla, Vyeter fue transportado a aquella tarde del 30 de enero...

— ¿Rosario?...

5:45PM, Severnaya Luna capital de la región, Republica del Sílice a 10 de agosto del 2032.

El general Vasili Deslov, de la fuerza aérea de la Republica del Sílice, era siempre un hombre muy ocupado, en especial ahora con lo que ocurría en la vecina región de Elefthería.

El hombre de sesenta y dos años, vestía el intachable uniforme marrón que lo había acompañado los últimos cuarenta y dos años. En su vejez, próximo al retiro, en vez de quedarle la seguridad de haber realizado un muy buen trabajo, le quedaba la satisfacción de no haber perdido el pelo de la cabeza como le ocurrió a su padre y a la gran mayoría de los hombres en su familia.

—Lo llamaré después, dijo en tanto dejaba caer el teléfono en su sitio. Su voz sonaba fuerte la mayor parte del tiempo.

"Una ola de violencia se desato esta tarde en la ciudad de Elefthería, luego

de la catástrofe ocurrida hace unas horas, se sabe...”

El general Deslov apagó el radio, un tanto molesto. Se le hacía imposible entender que algo como eso estuviese ocurriendo en el país.

De repente la puerta de su oficina se abrió y un joven entro en ella.

— ¿Tú?, he dicho que no hablaré con periodistas.

El joven que se sentó muy seguro frente al general, era Anatoly.

—No he venido como reportero, padre, dijo Anatoly dejando su teléfono sobre el escritorio de caoba.

Casi nadie sabía que el general tuviera un hijo llamado Anatoly, debido a las pésimas relaciones que ambos llevaban. Muestra de ello, era que Anatoly usaba un apellido diferente al de su padre.

— ¿Qué es esto?, replicó el general tomando el dispositivo entre sus arrugadas manos.

—Según mi fuente, de allí proviene la toxina que hizo que la gente se volviera loca en Elefthería.

— ¿Cómo sabes esas cosas?

Anatoly sonrió tristemente y sacudió la cabeza.

Según la versión oficial, una catástrofe producida por un terremoto desencadeno una fuga química en Elefthería y por seguridad se tuvieron que cerrar los accesos a la ciudad.

—No preguntaré quien es tu fuente, pues sé que no me lo dirás, pero, ¿es de confianza?

—Claro que lo es.

El general Deslov acaricio su barbilla repleta de pelos blancos.

—Supongo que a cambio de esta información, solicitaras algo a cambio, ¿O me equivoco?

Anatoly se recargó en la silla flexible, estirando los brazos, momentos antes de encarar al general Deslov.

—Así es, necesito que me ayudes con algo.

Desde aquella ventana que recibió impactos de bala, la tarde que Francois fue asesinado por su propio hermano. René Verlum admiraba su obra maestra ante sus pies, el deseo retorcido de su tío: destruir la causa de su humillación, es decir destruir la ciudad de Elefthería.

—Has hecho tú trabajo muy bien, mejor que nadie y por lo tanto he decidido conservarte—dijo René haciendo uso de su arrogancia infinita—, y pensar que estuve a punto de matarte por pensar que eras uno de ellos.

Detrás de él, con la mirada baja, se encontraba una muchacha de 17 años de edad. Vestida con ropa oscura, que denotaba su estado de ánimo.

—Se lo agradezco señor, dijo ella con voz apagada.

René se giró sobre sus talones y encaró a la joven. La tomó por las mejillas y la hizo levantar la cara.

—Realmente eres hermosa, afirmó René antes de soltarla.

—Gracias señor, ¿Ya puedo retirarme?

—Así es Lea, así es...

Esa verdad que Lea siempre supo y que se empeñó en ocultar. Que tanto ella como Vyeter eran un par de huérfanos encontrados en las calles hacía ya doce años exactamente, por gente de la corporación Verlum.

Fueron utilizados para varios experimentos, como la inducción de amnesia, de recuerdos falsos y de control mental. Usados para un fin desquiciado.

Después de tanto tiempo, Lea ya ni siquiera sabía quién era realmente y lo mismo pasaba con Vyeter.

Han sido diecisiete años de sufrimiento y lo único bueno en su vida, fueron esas dos semanas que pasó junto a Vyeter, ya que entonces fueron libres de verdad, sin restricción alguna, lejos de las mentiras.

Y ahora, ante el umbral del final, Lea tenía la certeza de que su venganza estaba próxima...

Capítulo 19

Capítulo 18: La verdad a través del cristal roto

Su respiración apenas se escuchaba en el estrecho cuarto. De pie, en esa posición, Lea miraba atentamente a la muchacha reflejada en el espejo.

Compartían la misma nariz, ojos e inclusive las ojeras producto del insomnio. Los mechones de cabello les cubrían parcialmente el rostro a ambas.

Vivían en el mismo cuerpo físico, pero no eran la misma persona. Sus personalidades eran tan distintas como la materia y la antimateria, destinadas a aniquilarse al más mínimo contacto.

En un arranque de ira, Lea estrelló su puño derecho contra el espejo, destruyéndolo en el acto.

La sangre comenzó a emanar de su mano a grandes chorros, pero ella no sentía dolor, no se daba el lujo de sentirlo.

Miró con desdén, el par de fragmentos de cristal que se quedaron clavados en sus nudillos, produciendo en ella recuerdos tristes no deseados.

Dos fragmentos, dos historias paralelas, dos semanas en las que su vida le perteneció sólo a ella...

Elefthería, Republica del Sílice a 30 de enero del 2032.

"Él vendrá por ti Lea, debes estar lista para ello, sabes lo que tienes que hacer y deseas hacerlo..."

El susurro en sus oídos la extasiaba más y más. Era tan agradable escuchar esa voz, que prácticamente Lea perdía la voluntad ante ella.

—Sí...debo hacerlo, debo matar a Vyeter...

En ningún momento Lea fue consciente de lo que decía, para ella todo era un juego, una fantasía nada más.

Por lo tanto, esa fría tarde de enero, cuando ella volvía a casa luego de una visita dolorosa al hospital general de Elefthería y al encontrarse con aquel joven que lloraba ante la tumba de su prima. Fue que no dudo en acercarse...

— ¿Qué petición ibas a hacerme?, preguntó Vyeter sacando del trance a la muchacha que tenía delante con la mirada baja.

La risita que comenzó a emitir Lea de la nada, se transformó en un alarido de locura segundos después.

—Lo único que debes hacer es morir, suspiro Lea en tanto sacaba el arma de fuego de su bolsa y la dirigía contra Vyeter.

En total disparo tres veces, pero ninguna de ellas consiguió acertar en su blanco. Su rival era demasiado ágil como para eliminarlo a una distancia tan cerrada.

De repente, un destello plateado la hizo retroceder unos pocos pasos, aquella navaja pasó a escasos milímetros de su garganta. Intentó apuntar de nuevo, pero el joven le arrebató el arma de un manotazo.

Indefensa, a Lea sólo le quedaba escapar lo más antes posible. Dio un salto hacia atrás y se dispuso a emprender la huida; no obstante en el último momento, sintió que la jalaban del brazo.

Giró la cabeza y sus ojos se encontraron con los de Vyeter. Una luz blanca los cubrió y lo que sucedió después fue inevitable...

Vyeter soltó el brazo de Lea y dio unos cuantos pasos hacia atrás. Sentía como si la cabeza le fuese a estallar de un momento a otro. Dejo caer la

navaja a su lado y luego se recargó en el mismo árbol donde hacía unos instantes la había confrontado.

A su vez, Lea quedó pasmada en su sitio, mientras una serie de recuerdos pasaban delante de sus ojos.

— ¿Qué hago aquí? —Soltó Lea al aire desplazando su mirada en todas direcciones, hasta que se halló con la de Vyeter— ¿Quién eres tú?

Esa era una muy buena pregunta para el joven que se hallaba desorientado.

—Yo soy...mi nombre es Alí Zahir, pero puedes llamarme...

—Vyeter, tú eres Vyeter...

4:45PM, Elefthería, Republica del Sílice a 10 de agosto del 2032.

En el sub suelo, dentro del sótano del edificio principal de la corporación Verlum. Un pasillo poco iluminado se extendía desde la entrada hasta un par de habitaciones, fuertemente custodiadas.

Una se hallaba vacía y en la otra se escuchaban pasos de pies descalzos.

En el interior, Lea caminaba de un lado a otro, esperando como una fiera enjaulada. La luz roja de su TPS parpadeaba, símbolo de que la señal aquí era muy baja. Su mano derecha estaba vendada, puesto que la estrelló contra el espejo de ese cuarto.

Vestía una especie de bata blanca que le caía hasta los pies, lo cual le recordaba al hospital psiquiátrico donde estuvo seis meses encerrada, hasta que se le ocurrió escapar, sólo para ser capturada y posteriormente rescatada por Vyeter, a quien disparo en las dunas al sur de la ciudad.

Entre tanta crisis, la personalidad de Lea se disolvió como azúcar en agua, saber quién era ella ahora, era una verdadera encrucijada.

Aquella niña bajita, temerosa, frágil, pero a la vez fuerte y capaz, ya no

existía; tal vez jamás lo hizo.

Entonces, ¿Quién es la muchacha que ocupa su cuerpo en la actualidad?...

El ruido de la cerradura al girar, seguido de la posterior corriente de aire helado del exterior. La alertaron del intruso que se adentraba en sus dominios.

Se giró sobre la punta de los pies y lo vio parado en la puerta con una mirada de cansancio.

—Has venido, dijo Lea en tono serio.

—Así es—replicó el hombre, en tanto cerraba la puerta tras de sí y caminaba alrededor de Lea—, ¿de que querías hablar conmigo?

Lea sonrió, si había algo digno en aquel extraño, era que no se andaba con rodeos.

—Quiero la verdad, quiero saber cuál fue la razón que tuvieron ustedes para arruinar mi vida y la de Vyeter.

— ¿Y por qué crees que iba a decírtelo?, cuestionó el hombre intentando parecer más frío de lo que él creía que era.

—Porque no eres una mala persona, Omar...

— ¿Qué hacemos aquí?, susurraron ambos al unísono.

Tanto Lea como Vyeter se miraban confusos.

Antes de que pudieran advertir cualquier otra palabra, tres hombres vestidos con elegantes trajes negros, que llevaban una banda roja en el brazo, se hicieron presentes.

Al saber que la amenaza era inminente, Vyeter sujeto el brazo de Lea como hacía unos instantes lo hizo y ambos emprendieron la huida, con los desconocidos pisándoles los talones.

La adrenalina tomó el control de Vyeter de tal forma, que él ni siquiera se percató de que ya no estaban persiguiéndolos, sino hasta que Lea se

plantó a mitad de una calle distante.

Vyeter se detuvo y lanzó una mirada de confusión a Lea; no por el hecho de que a pesar de no conocerla, ella supiera como lo llamaban, sino porque estuvieron a punto de matarse entre ambos.

— ¿Por qué me atacaste?, preguntó Vyeter.

El sudor se escurría por la piel pálida de la muchacha, que luchaba porque el aire entrara a sus pulmones.

—Pregunto lo mismo, soltó ella.

Era verdad, poco después de que ella intentara dispárale, él la agredió con una navaja. En ese momento sentía una inexplicable rabia hacia ella y hacía el hecho de que siguiera con vida; no obstante, esas emociones no podían ser suyas, él no le haría daño ni aunque su vida dependiera de ello.

—No tengo idea.

El parque había quedado atrás, siendo remplazado por un callejón vacío y una calle solitaria, por la que de vez en cuando se veía venir un auto.

— ¿Cuál es tu nombre?, cuestiono Vyeter.

La muchacha de cabellos oscuros, un poco más recuperada, alzó la mirada y la dirigió contra Vyeter, quien sin saberlo había caído presa de sus ojos.

—Mi nombre es...

—Todo comenzó hace doce años como una simple teoría, que a primera vista uno pensaría habría sido sacada de una novela de ciencia ficción—En tanto Omar hablaba, Lea lo escuchaba con los brazos cruzados—, en si era muy sencillo, modificar una toxina artificial llamada Xaneos-04, quitarle lo dañino para el cuerpo y dejar únicamente lo útil, el resultado fue algo completamente nuevo, un suero que daría el control total de la persona a quien se le administrase, el Xaneos-05—Omar rio en voz baja, aunque hasta a él le daba miedo hablar del tema—. En fin, Francois comenzó a experimentar con el suero y los primeros resultados fueron desastrosos, los pacientes contaminados morían poco después o simplemente se volvían locos. Tras dos años repitiendo con lo mismo, Francois inicio una

búsqueda y de alguna manera dio con un par de niños desamparados a los que nadie extrañaría, llamados Vyeter y...Nadezhda.

A Lea nunca le había agradado su verdadero nombre, prefería mil veces que la llamaran Lea que eso.

—Continua, dijo Lea.

Omar sonrió y luego apartó la vista de Lea, siquiera tenía el valor para mirarla a la cara, debido a que él también era cómplice de su miseria.

—A pesar de que tú y Vyeter no comparten lazos genéticos, los dos poseen la capacidad de digerir el Xaneos-05, sin sufrir los efectos secundarios. Los que trabajaban para Francois dedujeron que el secreto estaba en su sangre, por lo que, para cuando yo llegué a trabajar con ellos, lo único que tuve que hacer fue modificar el suero usando su sangre, concluyó Omar.

—Entiendo, ¿ósea que para ustedes sólo fui una rata de laboratorio de la cual creyeron que se iban a deshacer fácilmente?

—Técnicamente, aunque para Francois adquiriste un valor muy importante, al punto de decir que te amaba como si fueses su propia hija.

Lea hizo una mueca asqueada, al tan solo imaginarse compartir la misma sangre que Francois.

— ¿Cómo fue que contaminaron a toda la ciudad?, ¿acaso hicieron estallar una bomba en la atmosfera?

—La respuesta está en el TPS que llevas puesto—Dijo Omar señalando la muñeca de la muchacha—, usando imperceptibles jeringas del mismo tamaño que un cabello, el suero se inyectó en cada uno de los ciudadanos de Elefthería, lo único que hacía falta para tomar el control era usar un catalizador.

A Lea todo esto le parecía enfermizo, pero ella necesitaba saber toda la verdad.

— ¿Por qué?, suspiró, sentía como si el aire escapara de sus adentros.

— ¿Por qué?, esa es una pregunta un tanto complicada de resolver, ¿no crees?, ponte en los zapatos de Francois, desde niño se le inculcó que debía de odiar a este país, en especial a esta ciudad, por lo que cegado por la ira centro todos sus esfuerzos en destruirla, replicó Omar con ironía.

Lea bajo la cabeza, su rostro se perdió entre sus cabellos oscuros.

— ¿Y por qué...?, ¿Por qué tú estás de parte de un loco como su sobrino, a pesar de que su familia asesino a la tuya?

—Por eso mismo Lea, si es que te puedo llamar por ese nombre, todavía hay personas que me importan haya afuera y no me perdonaría que les ocurriera lo mismo.

Omar se dio la vuelta y se encaminó a la puerta.

—Hay una pregunta más Omar...

El joven, cuya distinción era llevar un bigote en cada esquina, miró sobre su hombro a la muchacha desamparada.

—Dime.

—Esas dos semanas, ¿Por qué Vyeter no puede recordarlas?

— ¿A dónde vamos ahora, Vyeter?, preguntó Lea.

El muchacho se detuvo en seco y volteo a mirar a Lea, quien lo seguía desde atrás. La noche había caído ya en Elefthería.

— ¿Cómo sabes mi nombre?

—No tengo idea, lo importante es que lo sé!, exclamó Lea.

—Como quieras Nadezhda.

Vyeter siguió caminando, pero no escuchaba los pasos detrás de él.

—No me llames así.

— ¿Entonces cómo?, ¿Lea tal vez?

La niña fantasmal negó con la cabeza.

—Puedes decirme Violeta, así es como me hago llamar en la internet.

Ese nombre parecía preferiblemente mejor que los anteriores, además de que a Vyeter le era más fácil de recordar.

—De acuerdo...Violeta.

Una hora después...

El departamento que Vyeter rentaba desde hacía unas semanas, era todo menos confortable. Lea sentía como si la estrecha habitación se encogiera a su alrededor aprisionándola.

— ¿Y ahora?, preguntó Lea sin esperar una respuesta en concreto, en tanto caminaba de un lado a otro dentro del cuarto.

De pronto sintió que Vyeter ponía la mano en su hombro y sus ojos se encontraron de nuevo, lo que ocurrió después era inevitable...

—Vyeter no puede recordar esas dos semanas, puesto que ese tiempo lo pasaron ambos en un coma inducido.

Esa respuesta no era lo que Lea esperaba, para ella era imposible que eso fuera cierto, pues recordaba hasta cada detalle de ese tiempo.

— ¿Entonces como explicas que yo recuerde?

—Un sueño.

Eso en verdad no tenía sentido, pero hasta Lea sabía que el cerebro era muy hábil a la hora de escapar de la realidad.

—No entiendo nada, suspiró Lea al borde del llanto. Ella estaba a punto de desfallecer, y Omar lo sabía. La tomó por los hombros y la sentó al borde de la cama.

—A pesar de que no lo recuerdes, tú y Vyeter han estado juntos durante muchos años y han creado emociones inexplicables el uno por el otro, es como una especie de anomalía. Se conocen muy bien y es por eso que tú crees que esas dos semanas fueron reales—Explicó Omar en un tono

comprensible—. Verlum supo esto hace tiempo y decidió separarlos, para evitar que la anomalía arruinara sus planes. Hizo que a ti te adoptara uno de sus primos y te cuidara como a su propia hija, en tanto a Vyeter lo adopto una familia de apellido Dimitrievich Betra.

—Entonces, ¿Qué ocurrió?, ¿Por qué querían que lo asesinara?

—Todo iba bien, hasta que el 30 de enero del 2032...bueno, tu bien sabes lo que ocurrió. Al encontrarse de nuevo la anomalía volvió a surgir y esta vez el daño fue irremediable. Francois concluyó que era mejor eliminar el problema de raíz y los dirigió el uno contra el otro con la esperanza de que uno de los dos muriera y la anomalía desapareciera de nuevo; no obstante no contaba con que alguien del interior saboteara su objetivo, irónicamente con su propia arma.

— ¿Así que fuiste tú quien provocó lo del parque?

—Sí, lo hice esperando que tú y Vyeter huyeran y estuvieron a punto de hacerlo.

— ¿de qué hablas?

—Fueron recuperados por la corporación Verlum doce horas después de lo del parque.

— ¿Y que ocurrió después?

—Al evaluar sus mentes y entender su nivel de inestabilidad, se dio la tarea de cambiar el experimento y sus realidades fueron cambiadas nuevamente. A Vyeter se le dio una nueva identidad con su verdadero nombre y fue puesto en custodia de dos de los empleados de Francois, quienes desempeñaron el papel de sus padres, mientras que a ti se te permitió conservar esos recuerdos. Es por eso que eres importante para él, debido a que tú eres la única que sabe quién es realmente.

Eso animo un poco a Lea, al menos lo ocurrido esa noche fue real y no un simple defecto de su mente. Además de que también sabía lo importante que era para Vyeter.

— ¿Qué ocurrirá conmigo ahora?, dijo Lea con temor en su voz.

—Lamentablemente, ya no son las perfectas armas que alguna vez fueron, lo supe aquella mañana que Vyeter salvo a mi...—Omar soltó un suspiro entristecido al no poder seguir fingiendo consigo mismo—A la niña que cuidaba como a mi propia hermana. Si tienes suerte, te conservaran como una reliquia del pasado.

— ¿Y si no?

—Terminaras igual que el difunto Vyeter.

Tras decir esto, Omar se dirigió a la salida y se perdió tras la puerta, dejando a Lea en su oscura habitación, en compañía del remordimiento y la indiferente soledad...

Gracias a las cámaras que envolvían a la ciudad de Elefthería en una jaula de concreto y acero, Vyeter pudo darse cuenta de la realidad.

Revisando las grabaciones de seguridad de la estación Este, del día 30 de enero del 2030. Vyeter se vio a sí mismo, a la misma hora que Zaida murió, esperando en el pasillo de dicho lugar.

<<*Un peso menos de encima*>>, pensó Vyeter; no obstante eso no quitaba lo que había hecho en Severnaya Luna, días atrás.

Respiro profundamente y se apartó de la pantalla. Se levantó de la silla con gran dificultad y dio algunos pasos hacia la salida.

Rosario, quien se encontraba a su lado. Posó la mano sobre el hombro del joven herido que intentaba irse. Aquel suave contacto fue suficiente como para detenerlo.

— ¿A dónde vas?, estas muy herido para salir, perdiste mucha sangre.

Vyeter retiró la mano de Rosario de su hombro, con sumo cuidado como si se tratase de la flor más delicada del mundo.

—Gracias por curar mis heridas, pero no puedo quedarme. Aún tengo algo que ir a hacer...

Y con esas palabras, los pasos cortos de Vyeter se fueron haciendo más pronunciados y firmes. En su mente caótica, una luz, como la de un faro que guiaba a un barco durante una tempestad, lo llevaba hasta el que sería su siguiente y probablemente, último objetivo.

Esa luz se volvió una imagen y esa imagen un recuerdo que siempre estaba presente en su vida.

<<Esos ojos...>>

Capítulo 20

Capítulo 19: Dirección I

Los últimos días habían sido bastante estresantes para la doctora María Pereira; sin embargo eso no le impedía sonreír como solía hacerlo siempre. La mujer veinteañera atravesó el pasillo con su bata blanca puesta, destellando vibras positivas a su paso. Quien la viera así, probablemente afirmaría que ella era un ángel.

Cuando llegó a la última habitación del tercer piso, María se detuvo en seco. Suspiro con desdén y luego entró en el interior que permanecía en penumbras. No encendió las lámparas, pues la paciente que allí residía era sensible a la luz.

Sobre la cama se hallaba aquella niña que abrazaba sus rodillas desnudas. Vestía la bata azul del hospital y además sus ojos estaban cubiertos por una venda blanca. Ella fue traída aquí hacía ya varios días. Aparentemente estuvo expuesta a una radiación lumínica tan intensa que dañó su visión y literalmente la hizo llorar sangre.

— ¿Cómo te sientes?, ¿Ya recuerdas algo sobre ti?, cuestiono María en tono maternal.

La niña por otro lado, negó con la cabeza. En toda su estancia en el hospital, no había pronunciado palabra alguna.

María se acercó a su lado, este día los ojos de aquella muchacha verían la luz de nuevo.

—Voy a quitarte las vendas, ¿de acuerdo?

Prosiguiendo con su silencio, la niña asintió. Unas manos cálidas se posaron sobre su cabeza y empezaron a librarla de la oscuridad, mientras en su mente sólo quedaba un pensamiento.

<< ¿Quién soy yo? >>

Y al final, alzó la mirada lentamente, sus cabellos oscuros fueron despejando su rostro, hasta dejarlo completamente descubierto.

María vio los ojos por unos segundos y no pudo evitar hacer un comentario.

—Que bonitos ojos tienes, ¿sabes?

Y esa frase fue la chispa que detonó el barril de pólvora en la cabeza de la muchacha. Los recuerdos se fueron acumulando en ella, creando una reacción en cadena en sus entrañas.

—Vyeter, ¿Por qué?...

6:00PM, Base aérea Vladislav, a las afueras de la ciudad de Severnaya Luna, región de Severnaya Luna, Republica del Sílice a 10 de agosto del 2032.

La base aérea Vladislav, era una de las instalaciones militares más grandes de la nación. Ocupaba decenas de hectáreas de extensión y en ella se ubicaba más o menos 715 aeronaves de distinta capacidad.

—Escúchame bien Anatoly—Dijo el general Deslov, en tanto guiaba al joven Anatoly hacía un hangar de la base—. Exactamente en una hora, la fuerza aérea de la Republica del Sílice lanzará un ataque contra el edificio que nos indicaste y posteriormente acordonarán la ciudad de Elefthería.

—Entendido—replicó Anatoly monótonamente—, ¿Qué ocurriría si pasará ese límite?

El general Deslov se detuvo en seco y encaró a su hijo.

—Una vez tomen el control de Elefthería, liquidaran a cualquiera que intente escapar de la ciudad.

—Entiendo.

Tras eso, ambos se adentraron en la estructura grisácea cuyas paredes se alzaban cuatro metros en el aire.

— ¡Vyeter detente!, pronunció Rosario desde la habitación; no obstante el joven mal herido, no estaba dispuesto a acatar esa orden.

Siguió caminando, un paso después de otro, con un gran dolor en el costado por donde entró la bala disparada por Lea.

Pero a pesar de que Vyeter deseaba abandonar ese lugar, su cuerpo no le daba para más.

Cayó de rodillas al piso de cemento, su visión comenzaba a nublarse, signo de que se hallaba muy débil y tal vez se desmayaría de nuevo.

— ¿Necesitas una mano, "Vyeter"?

<<Esa voz, ¿Dónde la he oído antes? >>, Pensó Vyeter, mientras su trastornada mente se ponía a trabajar.

¿Qué otra niña de quince años de edad, podría llamarlo con sarcasmo?, ¿A quién se encontró una tarde de febrero en una calle vacía?, ese par de preguntas sólo podían llevarlo a una respuesta...

— ¿Akari?

Horas antes...

Adriana Smolenko conducía un sedán gris por la autopista al sur de Elefthería, a su lado, la autoproclamada Akari, seguía una señal desde un receptor de TPS, que le quitó a un oficial de policía inconsciente en la ciudad.

—Debes detener el auto, dijo Akari en su habitual tono serio y monótono.

Las dunas sobresalían a ambos lados de la carretera, Adriana se estacionó en la orilla sin decir nada, ni apelar a las razones que tuvo Akari para decirle que lo hiciera.

Akari abrió la puerta del sedán y salió de este sin apartar la mirada del receptor. Caminó varios minutos sobre las dunas de arena, subió una pendiente elevada que impedía ver más allá y del otro lado se topó con su objetivo.

A su vez, Adriana corrió para interceptar a su misteriosa acompañante.

— ¿Has encontrado lo que buscabas?, dijo Adriana intentando recobrar las fuerzas, luego de correr por la arena.

Del otro lado, Akari apartó la mirada del receptor y la dirigió al joven que yacía inconsciente.

—Así es, te presentó a Vyeter, el hombre que me ha salvado la vida dos veces...

A pesar de que la fuerza de voluntad de Vyeter era inconmensurable, sus energías eran casi nulas.

— ¿Qué haces aquí?, preguntó Vyeter, desde el borde de la cama, donde había despertado hacía un momento.

—Bueno, Rosario es una persona muy insistente y me dijo que ella podría tratarte, replicó Akari.

En un esfuerzo sobre humano, Vyeter se puso de pie y nuevamente se dirigió a la puerta, sólo para hallarse con Rosario y Aleksei una vez más.

— ¿A dónde crees que vas?, preguntó Rosario con las manos puestas en su cintura.

—Tengo que ir...al edificio de Verlum en el centro de Elefthería.

Vyeter se apoyaba en las paredes del sitio donde se encontraba. Con los ojos entre cerrados alcanzó a distinguir la salida, pero una mano en su hombro lo detuvo.

—Estas muy débil, Vyeter—dijo Rosario—, ni siquiera puedes mantenerte en pie.

Esas palabras carecían de mentira alguna. Vyeter en verdad estaba muy herido por el disparo de Lea, pero algo en él le impedía quedarse sin hacer nada.

Se giró hacia Rosario con los ojos llorosos por la impotencia de no poder

hacer nada.

—Necesito irme, suspiró.

La ira, que anteriormente lo había abandonado, regresó en grandes cantidades; no obstante, esta vez no era suficiente como para lo que pretendía hacer esa tarde.

—Creo que tengo algo que puede ayudarte, intervino Aleksei desde el fondo, haciendo su aparición en esta obra de locos. En sus manos, sostenía una jeringa con un líquido transparente en su interior.

Semanas antes...

La vista que proporcionaba el ventanal de la casa de Aleksei, era inigualable; no obstante, hacía falta algo para completarlo.

Desde hacía doce años había una carencia en esta casa, desde hacía doce años reinaba el silencio y desde hacía doce años, Aleksei llevaba una búsqueda por todo el mundo intentando solucionar todo esto.

<<Doce años...>>, Pensó Ana Lucia, la madre de Aleksei.

La mujer que rozaba los cincuenta años de edad, de piel pálida y textura flácida, cuyos cabellos lacios caían por sus hombros, no hacía más que esperar a que la promesa que le hicieron hacía ya doce años, finalmente fuera cumplida.

En completa soledad, Ana Lucia navegaba sin rumbo por un océano de recuerdos tan distantes como las estrellas que iluminaban su rostro envejecido, no por el tiempo ni por una enfermedad, sino por el sufrimiento que la agobiaba desde hacía tanto.

Detrás de ella, en las sombras donde no podía ser visto ni oído. Aleksei tomaba valor para acercársele.

Era prácticamente un niño cuando realizó dicha promesa a su madre, él dijo que haría "que la alegría volviera a casa".

Aleksei suspiro brevemente y caminó hasta donde se hallaba su madre. Se arrodilló a su lado y tomó su mano helada.

— ¿Qué deseas Aleksei?, dijo Ana Lucia en tono serio, con cierto tipo de

rencor.

—Creo saber dónde se encuentra...

Antes de que pudiera terminar la frase, Ana Lucia soltó la mano de su hijo y lo abofeteo con gran fuerza.

— ¡Ya deja eso!, ¿Quieres? —Increpó Ana Lucia con gran ira en sus palabras—, ¡Nunca vas a lograrlo!

Un sorprendido Aleksei que había caído de espaldas por el fuerte golpe de su madre, se puso de pie y prontamente caminó fuera de la habitación, pero antes de salir, dirigió una última mirada a esta, quien había caído presa del llanto y la desconsolación.

—Volveré en unos días.

No recibió respuesta a ello, pero tampoco la esperaba...

Y de esa forma, dejando tras de sí la miseria de un hogar roto, Aleksei partió a un viaje al otro lado del mundo.

El líquido cristalino fue penetrando en su flujo sanguíneo y lo único que Vyeter podía hacer era mirarlo.

— ¿Qué es esto?, preguntó.

—Un suero que inhibe el dolor—Dijo Aleksei, en tanto presionaba el émbolo de la jeringa—, deberías saber lo que es, pues fue la corporación Verlum la que lo desarrolló.

Lo acontecido en Severnaya Luna, golpeó a Vyeter sin previo aviso y los remordimientos se hicieron presentes.

—Sí, lo reconozco, con ese suero es que casi asesino a una inocente.

Aleksei no hizo ningún comentario, pues el asunto no le concernía. Una vez inyectado el líquido, retiró la jeringa del brazo de Vyeter y luego lo miró a los ojos.

—Está hecho Vyeter, pero antes de que te marches, debo pedirte algo

muy importante para mí...

A su vez, en otra habitación del complejo subterráneo. Akari se giraba en una silla de oficina, admirando la inmensidad del lugar.

— ¿Qué es este lugar exactamente?, dijo Akari.

—Es el centro principal de control de la ciudad de Elefthería—Replicó Rosario—. En este lugar se recolectan datos de cada uno de los ciudadanos y se utilizan para crear graficas e historiales personales.

El lenguaje técnico no era el ideal para hablar con una niña de la edad de Akari; sin embargo, ella claramente entendía a lo que se refería.

—Ósea que desde aquí vigilan a la gente, ¿y cuantas personas trabajan aquí?

—Nada más yo—suspiró Rosario con tristeza—, verás, la mayoría del trabajo es realizado por las máquinas y yo nada más me encargó de que estas no fallen, además de que suelo revisar expedientes y hacer psicoanálisis.

—Debe ser un trabajo muy estresante, pero supongo que lo vale.

Rosario ya no respondió, la triste verdad era que aunque en un principio creyó que hacía una labor indispensable, ahora aceptaba que estaba equivocada y que no era más que una entrometida.

De repente, una señal en todas las frecuencias posibles, llegó al centro de control. En la pantalla principal, donde normalmente se enfocaban las cámaras dispersadas por la ciudad, ahora había aparecido el rostro de un joven que Akari conocía muy bien, pues sus caminos se habían cruzado hacía tan sólo unos días, en una autopista.

— ¿Anatoly?

Apenas escuchó ese nombre, Adriana entró en la habitación para percatarse de lo mismo.

—Anatoly que sucede aquí, ¿Dónde te encuentras?, intervino Adriana mirando fijamente a la pantalla.

— ¡Escúchenme bien!, ideben llegar al centro de la ciudad antes de que sean las siete de la tarde!

La transmisión era muy defectuosa y pocos segundos después se cortó,

pero el mensaje era claro.

Adriana, Akari y después Rosario cruzaron miradas, las tres tenían ahora, una dirección que seguir...

Recluida en lo que anteriormente era el dormitorio privado de Francois Verlum, Lea se sentía como un ave prisionera en una jaula de oro.

Lo único que le quedaba para matar el tiempo era un libro de botánica que encontró tirado por allí.

Si había algo que decir del antiguo dueño, era que se trataba de un hombre muy desordenado.

Recorriendo las hojas del libro una a la vez y contemplando las imágenes que en ellas aparecían, lo único que ocasionaba era que sus deseos por escapar, aumentarían. En la página 198, al final de esta. Se encontraba la fotografía de una Orchidaceae, comúnmente conocidas como orquídeas. Durante escasos segundos, la visión de una niña que corría por un inmenso jardín y que se detenía a admirar a una de estas plantas, cruzó por su mente, como un suspiro del viento en una noche tranquila.

Prontamente sacudió la cabeza y esas imágenes se borraron de su mente, lo único que le faltaba en esos momentos, era comenzar a alucinar con memorias falsas implantadas en su cabeza.

Dejó el libro en el suelo donde lo encontró y recorrió el cuarto con la mirada. Posteriormente atravesó en dirección del gran ventanal con vista a Elefthería. El cielo naranja en su máximo esplendor, indicaba que este día de pesadilla estaba próximo a su fin.

En estos momentos debía de encontrarse en el piso cincuenta del edificio y no podía mirar a la calle; no obstante, sobre la cama en la que alguna vez durmió Francois, se hallaban unos binoculares. Sin pensar para que los hubiera utilizado aquel anciano, Lea los tomó y se enfocó en la calle.

Fue entonces, en un segundo cuando lo vio venir. Los binoculares cayeron a un lado suyo quebrándose los espejos del mismo.

Remordimientos, esperanza, alegría...

Esas fueron las tres cosas pasaron por la cabeza de Lea, cuando sus labios temblaban con brutalidad y luchaba por que una palabra saliera de ellos.

—Vyeter...

Capítulo 21

Capítulo 20: Dirección II

Días antes en Severnaya Luna...

Omar Louvre yacía de rodillas ante el inmutable René Verlum y sus allegados, entre los que destacaba, un joven de apenas 18 años de edad.

—Sabes Omar, por asesinar a mis primos y despejarme el camino hacia la cima de la corporación te perdonaré la vida, sin embargo debes decirme donde está el núcleo o de lo contrario estas mujeres morirán—dijo René señalando a Yassira, Akari y a Camila—, entonces, ¿Qué dices?

—Muérete, francesito de mierda.

A René no pareció afectarle ese insulto, permaneció inexpresivo en tanto sacaba un arma de fuego de su saco y disparaba contra Camila, matándola en el acto.

— ¡No!, exclamó Omar con gran ira.

—Última oportunidad Omar, dime donde está el núcleo o de lo contrario mataré a ambas, ¿acaso eso quieres?, ¿deseas tener su sangre en tus manos sucias?

Simplemente no pudo más y Omar cedió a los designios de René, quien no muy conformé dio una última orden.

—Está bien, pero por hacerme perder mi tiempo una de ellas morirá, afirmó René antes de golpear a Omar en la cabeza con el arma de fuego.

René asintió y eso fue suficiente como para que el joven Vyeter, quien en esos momentos se hallaba bajo la influencia del suero Xaneos-05, tomará el brazo de Akari y se la llevara a la fuerza.

Tan pronto como empezó, termino. Los extraños que se adentraron en su casa se fueron para siempre, no sin antes haberle arrebatado a dos de sus seres queridos.

Yassira se quedó en la oscuridad y comenzó a sollozar, sabiendo que era

una suerte que estuviera viva...

A mitad del bosque, donde nadie podía escuchar los gritos de auxilio de Akari, Vyeter supuestamente se dispuso a acabar con la luz de su vida.

— *iNo tienes que hacerlo!, dijo Akari.*

El impacto de la navaja se produjo en un área sin importancia letal, donde le daba a Akari la oportunidad de vivir. Ella lo supo al instante, pero aun así no dijo nada. Nada más aguantó la respiración por unos momentos hasta que el peligro pasó.

Esos recuerdos vinieron a la mente de Vyeter, cuando Aleksei mencionó el uso del suero que le había inyectado.

— ¿Qué es lo que vas a pedirme?, dijo Vyeter.

Aleksei caminó hacia un bote de basura en la esquina de la habitación y depositó allí la jeringa vacía, con la que segundos atrás había inyectado a Vyeter, posteriormente camino de un lado al otro rascándose la barbilla con una sonrisa pacífica en el rostro; no obstante en sus ojos se reflejaba una tristeza incontenible.

De repente, su mirada tranquila se transformó en una expresión seria, tal como si fuera dos personas al mismo tiempo.

—Desde hace doce años mi familia ha llevado a cabo una búsqueda alrededor del mundo—dijo Aleksei, quien a pesar de sus palabras serias, no podía ocultar su sufrimiento—, apenas era un niño cuando comenzó, pero al mismo tiempo dejé de serlo. Mi infancia termino sin previo aviso, en mi mente lo único que deseaba era terminar con aquella búsqueda; es por eso que cuando crecí, me uní al Departamento de contrainteligencia Francesa—Una lágrima se disponía a salir desde el ojo derecho del joven—. En consecuencia, lastime a las personas más cercanas a mí, a mis amigos y a la mujer que amaba, sólo para continuar con aquello que mis padres no terminaron y bueno...un día se presentó la oportunidad y aquí estoy. Pero sabes, aun así al final el que terminará con este ciclo de dolor serás tú Vyeter.

— ¿A qué te refieres?

De alguna u otra forma, Vyeter presentía que lo que estaba a punto de salir de la boca de Aleksei, terminaría lastimándolo.

—Habló de que necesito a Lea—Vyeter se estremeció ante tal petición y sus ojos se pusieron en blanco—, quiero que me la traigas con vida.

Vyeter dio unos pasos en falso y no podía dejar de mirar a Aleksei, estaba consternado ante tal petición.

— ¿Por qué?

¿Por qué?, esa pregunta había rondado la mente de Vyeter desde que accedió a cumplir la petición de Aleksei.

¿Por qué su vida fue destruida? ¿Por qué quienes lo rodeaban siempre terminaban muertos o heridos?, ¿Por qué alguien que vino del otro lado del mundo, le pidió que le entregue a la única persona que sabía quién era realmente?

—Vyeter.

¿Por qué Lea le disparo?, ¿Por qué le dijo que fuera al edificio de Verlum?, ¿Por qué él supuso que en ese lugar la encontraría?

—Vyeter.

Y lo más importante aún, ¿Por qué después de todo el sufrimiento que se habían provocado entre ambos sigue buscándola?

Las respuestas a esas preguntas, se hallaban escritas sobre una hoja de papel en blanco...

—Vyeter, ¿estás listo?

Vyeter bajó la mirada y se encontró con Akari, quien lo miraba curiosa.

—Sí, ya tengo que irme...

Creyó verlo, pero no fu así, únicamente fue un sub producto de su mente dañada. Lea estaba sola por el momento y nada iba a cambiarlo.

Pensaba que Vyeter vendría por ella como alguna vez hizo en antaño, sin embargo eso no podría ser posible ahora. No desde que disparó contra él y por poco lo mataba.

Un par de lágrimas se desprendieron desde sus ojos verdes, aquellos que habían impulsado a Vyeter hasta encontrarla.

Pasó su mano delgada para limpiar su rostro pálido. A pesar del tiempo, seguía siendo la misma niña que encontró a Vyeter llorando en aquel parque; no obstante, por su situación actual no podía asegurar eso.

Sabiendo que no conseguiría nada encerrada en el cuarto de Francois, Lea se acercó a la puerta, la cual se encontraba abierta.

Del otro lado avistó un pasillo muy extenso con puertas de madera de roble a los lados, además a escasos pasos de distancia se encontraba un ascensor que posiblemente la iba a llevar al escape perfecto.

En cuanto puso un pie afuera, Lea giró levemente su cabeza hacia el cuarto contiguo. Hacía algunas horas había escuchado unos quejidos provenientes de dicho lugar.

La curiosidad la hizo ver en el interior y al hacerlo quedó sorprendida. Ya que dentro yacía una joven de aproximadamente su edad, cuyos brazos y piernas estaban atados con cinta adhesiva.

En cuanto la vio, Lea corrió a ayudarla rápidamente.

— ¿Quién eres tú?, preguntó Lea.

Entre jadeos, la otra joven se retorció para darle la cara a Lea, en tanto esta, liberaba sus brazos.

—Mi nombre es Yassira Dimitrievich Betra.

<< *¡La prima de Vyeter!* >>, Pensó Lea.

—Vamos, te sacaré de aquí, dijo Lea.

Haciendo un gran esfuerzo, Lea sujetó a Yassira por los brazos y la ayudó a ponerse de pie; no obstante cuando se dieron la vuelta para salir del cuarto en el que se hallaban, ambas contemplaron con terror a René Verlum, quien estaba recargado en el marco de la puerta en tanto sostenía un arma apuntándoles.

—Me decepcionaste de nuevo, Lea...

A René sólo le hacía falta un disparo, apunto a una de ellas y oprimió el gatillo...

6:30PM, Elefthería, Republica del Sílice a 11 de agosto del 2032.

La expectativa post-apocalíptica de la ciudad era aterradora, no había nadie en las calles, las sombras predominaban y el cielo se tornaba más naranja a cada vez.

El grupo compuesto por Adriana, Rosario, Akari, Aleksei y Vyeter caminaban hacia el centro de Elefthería. Las tres primeras iban con la esperanza de poder escapar de esa pesadilla, Aleksei esperando que Vyeter cumpliera su promesa, mientras que las razones de este último eran variadas y difuminadas por toda su mente.

<< ¿Por qué lo haces Vyeter?, ¿Por qué a pesar de que casi te asesinen, te sigues levantando?, ¿Acaso te crees alguien fuerte? >>, Se preguntó a sí mismo.

En antaño, todos estos cuestionamientos habrían quedado inconclusos, pero ahora sabía la respuesta. Esa respuesta que persiguió durante seis largos meses y que residía en una persona, Lea.

Así es, Lea. La muchacha que por poco y lo mataba, era la única razón que tenía Vyeter para seguirse poniendo de pie y continuar esta absurda contienda.

— ¿En qué piensas Vyeter?, dijo Akari.

Durante todo este tiempo la niñata estuvo caminando a su lado y él no se había dado cuenta.

—Lamento haberte lastimado, replicó Vyeter con la cabeza en dirección al suelo.

Akari se le quedó viendo extrañada, como si no supiera de lo que él estaba hablando.

—No hace falta que lo digas, Omar me contó que esa droga te hace carecer de emociones, técnicamente suprime tu personalidad...

—Mi personalidad, suspiró Vyeter. Su identidad en si misma estaba comprometida, a pesar de que recordaba parte de su vida pasada, sabía

que esos recuerdos no eran más que meras invenciones diseñadas como parte de un experimento. Por lo tanto su verdadero “Yo” era un completo desconocido.

El sonido de las aspas de un helicóptero llamó la atención de todos, haciéndolos desviar la mirada hacia el cielo.

A trescientos metros de la superficie, se elevaba un helicóptero negro perteneciente a la Fuerza aérea de la Republica del Sílice, donde viajaba Anatoly Izmailov.

— ¡Vamos está descendiendo por haya!, exclamó Adriana señalando con el dedo un parque a dos cuadras de distancia.

Primero Adriana, luego Rosario y después Akari salieron corriendo en aquella dirección, mientras que Aleksei dedicó una última mirada a Vyeter antes de seguirlos.

Vyeter conocía exactamente lo que significaba dicha mirada, asintió con la cabeza y posteriormente Aleksei hizo lo mismo, para después irse con la seguridad de su promesa iba a ser cumplida.

Al lado contrario del parque, a tres cuadras de distancia, se encontraba el edificio principal de la Corporación Verlum, donde Vyeter suponía que estaba Lea.

Dichas suposiciones se basaban en que si Lea se encontraba bajo el efecto del Xaneos-05, seguramente alguien de la corporación habría sido el culpable de eso y por lo tanto debía ser el que le estuviera ordenando que hacer.

Conociendo el posible resultado de sus acciones futuras, Vyeter dio un paso al frente, pero se abstuvo de continuar en el momento que escucho una poderosa explosión. Apenas volteo, contemplo con horror al helicóptero negro envuelto por las llamas, dispersado en el parque.

Sin pensarlo dos veces, Vyeter comenzó una carrera hacia el aparato que se incendiaba sobre la calle.

Probablemente por la adrenalina no reflexiono sobre la distancia que recorrió en tan poco tiempo, esquivando varios pedazos de metal en llamas, Vyeter llegó al centro del desastre. Donde el piloto yacía muerto en la cabina, junto a un hombre joven vestido de civil.

— ¡Vyeter!

Rodeada por los restos en llamas se encontraba Akari.

— ¿Qué sucedió?, preguntó Vyeter. Entre tanta confusión, no se dio cuenta del disparo que rozó su hombro.

El sonido de las balas impactándose contra la placa de metal del aparato destruido, alertaron al joven, a sus espaldas descubrió a cuatro sujetos de negro disparándoles, uno de los cuales portaba un Lanza misiles.

<< ¡Mierda! >>, Pensó Vyeter al mismo tiempo que sujetaba el brazo de Akari para intentar salir de allí.

Consiguieron alejarse cierta distancia, cuando una nueva explosión sacudió la zona. Esta vez el lanzamiento dio contra un edificio a varios metros por donde intentaban escapar.

La confusión era inmensa, apenas unos instantes atrás esperaban salir de la ciudad, pero ahora estaban atrapados en ella y se veían obligados a perderse entre las calles por el peligro de ser asesinados por los hombres de Verlum.

Fue en ese preciso instante que Vyeter se dio cuenta de la realidad del plan de la corporación, ellos no iban a destruir la ciudad por que la detestaban, sino más bien intentaban colonizarla como trataron de hacerlo en el pasado.

—Le disparaste.

—Lo sé, pero vivirá.

Sentada en el suelo, Lea sostenía entre sus brazos a la herida Yassira, quien había sido herida en el abdomen por René.

— ¿Acaso no tienes sentimientos?, lastimaste a una inocente, increpó Lea.

La forma en la que Lea miraba a René, lo hizo soltar una carcajada irónica que retumbo en las paredes.

—Al igual que tu niña, ¿acaso no recuerdas como asesinaste a tu propia

“hermana”?

Lea tardó un tiempo en asimilar aquello. Le era imposible creer que realmente hubiera asesinado a la única persona en su familia que le prestaba verdadera atención.

— ¿A qué te refieres?, soltó Lea un tanto escéptica.

René sonrió de oreja a oreja, como si lo que estuviera a punto de decir le causara gracia.

—Cuando descubrimos que tu hermana Valeria estaba suministrando información al ETS, tuvimos que silenciarla y la encargada de hacerlo fuiste tú Lea, explicó René.

Las imágenes de ese acto atroz llenaron la mente inestable de Lea, ver a Valeria muerta ante sus ojos una vez más y saber que ella fue quien la asesino, la hicieron vomitar.

—No es verdad, suspiró Lea.

René se acercó a ella y la tomó por los hombros y la puso de pie, apartándola del lado de Yassira.

—Esa es la verdad Lea, tú eres muy especial para mí y sabes que si te alejas de mi lado las personas te recriminarán, e inclusive podrían lastimarte—dijo René acomodando su mano en la mejilla de Lea—. Por lo tanto, si quieres sobrevivir, debes quedarte a mi lado.

Esas palabras lejos de sentirse bien, hacían que Lea se sintiera sucia y peor que nada. La muchacha separó la vista de René y la centró en Yassira.

— ¿Y qué hay de ella?

—Si decides quedarte, entonces no me importaría que ella se fuera.

A pesar de que la corporación Verlum era la que destruyó su vida. Ahora bien podría salvarla, considerando que estaba sola en el mundo y que si alguien más supiera lo que hizo, simplemente la despreciaría. Además si conseguía que Yassira saliera con vida de allí, sería un digno logro. Por lo tanto a Lea únicamente le quedaba una opción.

—Entiendo perfectamente, creo que me quedaré contigo, replicó Lea con una sonrisa en el rostro totalmente convencida de lo que decía.

Ahora sólo quedaba ver a donde los llevaría la dirección que tomaron esta

tarde...

Capítulo 22

Capítulo 21: El evento

7:45PM, Elefthería, Republica del Sílice a 10 de agosto del 2032.

Un trio de cazas de combate completamente armados se acercaban al edificio de Verlum volando a baja altura. El sonido de sus motores hacía estallar las ventanas de los edificios circundantes.

Toda la operación parecía ir de acuerdo a lo planeado, pero a poco menos de un kilómetro de su objetivo, los aparatos estallaron en el aire repentinamente.

Desde tierra se apreciaban tres estelas de misil que ascendían verticalmente hacía donde los cazas desaparecieron. Tal parecía que los franceses habían subestimado la capacidad de respuesta de los franceses.

Una hora después en Severnaya Luna...

Varios documentos clasificados cayeron de las arrugadas manos del general Deslov. En su cara rondaba una clara decepción y un sufrimiento incomparable. El reflejo vespertino iluminaba la mitad de su rostro, en tanto la otra parte permanecía en penumbras.

—Así que es cierto, mi hijo está muerto y nuestra ofensiva fue repelida por los franceses—Dijo el general Deslov en su clásico tono serio—. Alguien puede explicarme como sucedió esto.

Un par de oficiales militares escuchaban atentamente a las órdenes de su superior, uno de ellos era de tez morena y tenía un bigote oscuro de punta a punta, mientras que el otro era de piel oscura y usaba lentes de descanso.

—Sabemos que usaron lanza misiles portátiles fabricados por la división armamentística de la corporación Verlum—Dijo uno de ellos—. Debido a que nuestros aviones volaban a baja altura y entre los edificios, les fue imposible esquivar ese ataque y por ende fueron derribados, realizar otro

ataque puede que termine con los mismos resultados.

El general Deslov retiró parte del sudor que excretaba su frente y luego miró fijamente a aquellos oficiales.

—Supongo que no tenemos otra opción, debemos iniciar la operación NH.

— ¿Señor?, preguntó uno de ellos.

—Si no podemos acercarnos, utilizaremos un misil NH para devastar la zona aledaña.

—Pero general, al utilizar un arma como esa destruiríamos parte de la ciudad y causaríamos cientos de bajas civiles.

Los hombres se le quedaron viendo atónitos al general Deslov, en tanto este permaneció firme en sus palabras.

—Entiendo lo que podemos causar; no obstante ya no podemos hacer nada para salvar a esa gente, salvo impedir que Verlum vuelva a utilizar esa toxina suya para infectar un área mayor—explicó el general Deslov con pesar en sus palabras—. De hecho, temo sospechar que en estos momentos Verlum esté planeando otro ataque, posiblemente contra nuestra región, por lo tanto, ¿todos estamos de acuerdo en cómo proceder?

El par de oficiales se voltearon a ver el uno al otro y posteriormente asintieron con la cabeza.

8:35PM, Elefthería, Republica del Sílice a 10 de agosto del 2032.

Detrás del cristal de una tienda abandonada, Vyeter contemplaba como los últimos rayos del sol rebotaban en la silenciosa superficie de la ciudad de Elefthería, que más bien se asemejaba a una zona de guerra.

En poco tiempo el sol descendió y sólo quedó el resplandor azulado en el cielo nocturno que se opacaba lentamente. En sentido contrario la luna y las estrellas hicieron su aparición.

Un ruido a sus espaldas alertó a Vyeter, pero no se giró a ver, pues sabía de quien se trataba.

— ¿Qué haces Akari?, preguntó Vyeter con voz seca.

La niñata de quince años que estaba cubierta de hollín, producto de la explosión del helicóptero hacía unas horas, miraba fijamente al suelo. Sus cabellos lacios ocultaban su rostro oriental.

—Me voy Vyeter...

Akari dejó esa frase a medio terminar, sacó la vuelta a Vyeter y se dirigió a la salida del local.

—Antes de que te marches, quisiera pedirte perdón una vez más—Dijo Vyeter con voz pasiva y cercana al punto de quiebre—. No te detendré pues entiendo que no deseas estar en compañía de un asesino como yo...

Palabras en el viento, el viento en las palabras...

— ¿Acaso no lo entiendes Vyeter? —Dijo Akari al borde de las lágrimas—, siempre que estoy cerca de alguien este termina herido o muerto. Así ha sido toda mi vida desde que llegué a este país, primero Omar, luego Camila y ahora ellos...

Akari se derrumbó sin siquiera poner fin a sus palabras, cayó de rodillas al piso áspero que estaba cubierto por una fina capa de polvo, cubriéndose la cara con ambas manos.

En ningún momento atrás, Vyeter había visto a la muchacha llorar de la forma que ahora lo hacía. Por un lado se sintió culpable y al mismo tiempo se llenó de ira contra quienes los hicieron sufrir. Caminó hacia donde estaba Akari y se arrodilló a su lado.

Al instante ella se prendió de él, como cuando se conocieron por primera vez en aquella calle, aquel día lluvioso de la estación invernal. Akari presionaba el pecho del joven con su cabeza y rodeaba su cintura con ambas manos.

Esos recuerdos en la mente de Vyeter, le hicieron esbozar una sonrisa breve que perduró por unos segundos, antes de desvanecerse en la nada.

Reflexionando sobre esa tarde en la que sus destinos se cruzaron, Vyeter pudo llegar a una sola conclusión:

Las coincidencias no existen...

Unos pasos junto a la puerta lo hicieron sobresaltarse y ponerse alerta, como unos momentos atrás con Akari. Vyeter dirigió su vista hacia la puerta de la tienda y al ver quien estaba allí, no pudo dar crédito a sus ojos...

— ¿Tú?...

11:15PM, Elefthería, Republica del Sílice a 10 de agosto del 2032.

Desde el cuarto que alguna vez perteneció a Francois, Lea contemplaba a la ciudad silenciosa bajó sus pies. El alumbrado público seguía funcionando a la perfección, excepto en las zonas donde ocurrió la explosión de la aeronave militar.

— ¿Qué ves allá afuera Lea?, preguntó René, quien estaba parado al lado de Lea, ante el ventanal.

Los ojos deformados de la muchacha se posaron en los del francés, antes de regresar la vista hacía la calle.

No hubo una sonrisa burlona, tampoco una expresión de desprecio, siquiera alguna emoción se pronunció en su rostro. Solamente sus palabras que inundaron el ambiente de caos.

—Veo lo patético que es este pueblo y quienes tratan de defenderlo de nosotros...

René se acercó a Lea y beso su frente para después rodearla con sus brazos.

Ambos desconocían la amenaza que se acercaba desde afuera...

4:15AM, Elefthería, Republica del Sílice a 11 de agosto del 2032.

(Catorce horas después del suceso)

Los respiros de Yassira eran bastante exaltados y se escuchaban inclusive desde las afueras de la tienda.

La noche anterior, llegó ante Akari y Vyeter, desfalleciendo y con sus últimas energías. Y esta madrugada su situación no parecía mejorar. Su frente ardía y algo de sangre sobresalía de su abdomen.

Akari mojaba trapo tras trapo, pero no conseguía hacer bajar la temperatura de Yassira.

A su vez, Vyeter permanecía en las afueras de la tienda, en silencio. Esperando al amanecer.

— ¿Qué haremos?, cuestionó Akari con voz elevada.

Vyeter se levantó del suelo y se acercó a la puerta.

—Cuando vean el cielo iluminarse de nuevo y aun no amanezca, procuren salir de la ciudad.

Tras decir eso, Vyeter comenzó a caminar, desapareciendo en la oscuridad de la noche al poco tiempo.

— ¡Vyeter!, exclamó Akari, quien no comprendía la indiferencia del muchacho, ante las heridas mortales de Yassira.

—Déjalo—intervino sorprendentemente Yassira—. Esa es su manera de decir que nos cuidemos.

— ¡Pero te dispararon!, ¡Estas muy herida!

—No te preocupes, la bala atravesó y el sangrado se detuvo hace media hora, así que voy a estar bien, procuró Yassira con una leve sonrisa en su rostro.

—Lo comprendo, replicó Akari en su tradicional tono sombrío.

En contra de su afirmación, Akari no entendía a lo que se refería Vyeter cuando dijo que “el cielo se iluminaría de nuevo”.

4:16AM, Base aérea Vladislav, Severnaya Luna, Republica del Sílice a 11 de agosto del 2032.

Ante la decisión que había tomado de destruir parte de la ciudad de Elefthería, para proteger al resto de la nación. La necesidad de dormir había abandonado al general Deslov, tal cual un globo de helio que se desprendía de las manos de un niño.

El militar recorría su oficina caminando de un lado a otro pensando y reflexionando sobre lo que iba a suceder en cuanto amaneciera. La luz de la luna se asomaba por entre las cortinas corredizas proveyendo iluminación al interior.

¿Habré tomado la decisión correcta?, Pensó el general Deslov.

En su trabajo cualquier error por más pequeño que sea, se traducía en muerte. Por lo que no era incomprensible su repentino insomnio.

— ¿Usted es el general Vasili Deslov, encargado de la defensa en la zona sureste de la Republica del Sílice?

El general Deslov se detuvo repentinamente y giró su cabeza en dirección a la puerta, donde se encontraba una mujer joven de largos cabellos castaños, que extrañamente portaba unas gafas oscuras.

— ¿Quién es usted?

La mujer probablemente veinteañera recorrió la habitación y se detuvo delante del escritorio del general, para después dirigirle la mirada a este.

—Mi nombre no es importante, pero lo que vengó a proponerle si lo es.

Esa voz tan pacífica se filtraba en la cabeza del general y retumbaba en sus oídos; no obstante ese acento le era muy conocido y no precisamente era bueno.

— ¿Usted es francesa?

La mujer asintió con la cabeza abiertamente.

— ¿Qué desea?, ¿acaso viene a entregarme una declaración de guerra?

La francesa rio en voz baja y cubrió su boca con una de sus delicadas manos.

—No general Deslov, todo lo contrario—dijo ella con cierto humor en sus palabras—. De hecho vengo a evitar que se produzca una tragedia.

El general Vasili Deslov no era ningún iluso, así que tomó eso con cierto recelo.

— ¿De cuándo acá a los franceses les importa lo que pasé en la Republica del Sílice?

—Desde el instante en que un maniático tuvo acceso a productos biológicos del gobierno y ahora planea hacerse con un pedazo de su país.

— ¿Y a ustedes en que los afecta?—dijo Vasili conservando su hostilidad—, en todo caso les convendría, ¿no es así?

La mujer retiró sus gafas, exponiendo el par de zafiros apagados que tenía por ojos.

—Verá señor Deslov, en nuestra situación actual no nos conviene vernos involucrados en conflictos con otros países, como bien sabe las naciones europeas se han comenzado a venir abajo desde hace un tiempo debido a la independencia de sus colonias—explicó la francesa conservando el mismo tono pacífico a pesar de la agresividad de Vasili—. Vernos como unos colonialistas no es la imagen que desea la República Francesa, así que, ¿aceptara nuestra ayuda?

—De acuerdo, tendremos un trato si usted señorita, me dice su nombre y para quien trabaja en su país.

—Mi nombre es Danielle y trabajo para el Departamento de Contrainteligencia de la República Francesa...

4:15AM, Elefthería, República del Sílice a 11 de agosto del 2032.

El cielo se aclaraba más a cada segundo que pasaba, la mañana estaba próxima y un nuevo día se avecinaba.

Con la ayuda del alumbrado público y de la luz de la luna, Vyeter pudo orientarse hacia el que sería su destino final, el edificio principal de la Corporación Verlum. En el camino atravesó el lugar de la caída del accidente del helicóptero y curiosamente hayo algo que no espero encontrarse nunca más en su vida...

El cuarzo, Pensó Vyeter.

Había pasado un tiempo desde que pasó de sus manos a las de Akari. Mismo que obtuvo durante aquel día en el que junto a Lea se fugaron de las garras de la Corporación Verlum.

Lo depositó en el bolsillo de su pantalón y finalmente siguió su camino...

Todo parecía tan silencioso a las afueras del imponente edificio de la Corporación Verlum, que hizo pensar a Vyeter que una trampa lo esperaba.

Atento a cualquier cosa, Vyeter atravesó el umbral de los portones de dicho edificio. Y lo primero que vio fue a un Omar derrumbado junto a la entrada, con dos disparos en el pecho.

Vyeter no se apuró a ayudarlo, debido a que conocía perfectamente el pasado de dicho hombre y su contribución a destrozarle la vida.

—Vyeter...ayuda a Lea, está en el último piso...junto a René...mátalo...y protege a Yassira...

Entre las incoherencias que Omar dijo, Vyeter pudo deducir que este entregó su vida para proteger a Yassira. Digna muerte para una persona como él.

Vyeter lo miró con indiferencia, y continuo hacía el ascensor.

— ¡Perdóname Vyeter!

El joven hizo caso omiso y continuo caminando.

El ascenso al último piso fue muy corto para Vyeter, pues ese tiempo lo aprovechó para reflexionar sobre lo que estaba a punto de hacer...

Las puertas se abrieron de par en par y una silueta se asomó del otro lado.

—Lea, suspiró Vyeter.

—Hola Vyeter.

Una mueca similar a una sonrisa triste se distinguió en la cara del muchacho, debido a lo irónico de la situación.

—Todo termina donde empieza, ¿no es así?, cuestionó Vyeter.

La muchacha delante de él llevaba puesto el mismo atuendo que la primera vez que se encontraron en el parque y tenía ambas manos en su espalda.

—Si te refieres a lo ocurrido en el parque, créeme, esta vez no será lo mismo.

Apenas dijo eso, Lea arremetió contra Vyeter con una pistola que guardaba en su espalda, la serie de disparos fallaron en su blanco.

Vyeter se ocultó detrás de un escritorio. Su ritmo cardiaco permanecía estable, signo de que sabía perfectamente bien el resultado de este encuentro.

Una vez que Lea agotó sus municiones, Vyeter salió de su escondite para encararla. Sólo le hacía falta una cosa para que todo terminara. Para colmo estaba desarmado y Lea se encontraba a punto de cargar su arma de nuevo.

Lea alcanzó a cargar su arma, pero Vyeter la tomó por el brazo y la empujó contra el suelo, quitándole el arma en el proceso.

Debido a la naturaleza resbalosa del piso de azulejos, Lea se deslizó unos centímetros al caer raspándose los codos de los brazos. En el momento que alzó la vista, vio a Vyeter apuntándole a la cabeza con la pistola.

— ¿Vas a matarme?, preguntó Lea.

A esta pregunta, Vyeter respondió sacándole el cargador al arma y retirando la bala que aún conservaba en la cámara.

—No lo haré...

Sin previo aviso un disparo retumbó en el lugar y una bala solitaria se impactó en Lea.

Aterrorizado, Vyeter se giró y a sus espaldas descubrió a René.

—Ven conmigo Vyeter.

René permanecía muy pasivo a pesar de que le había disparado a Lea. Recorrió la misma oficina donde su tío murió y se acercó al ventanal dañado que recibió disparos ese mismo día.

Consternado, Vyeter camino hasta donde René estaba e instantes después llegó junto a él.

—Al principio no entendía como a mi tío Francois se le ocurrió la idea de crear el Xaneos-05 y con ello a ustedes—René sonrió derrotado, su mirada se fijaba en lo que ocurría bajo sus pies. Abajo, el ejército de la Republica del Sílice había neutralizado a su pequeña armada—. Luego me di cuenta de sus anhelos por reconstruir el antiguo país del cual provenía y concluí que estaba loco.

—Si tú pensabas eso, ¿Por qué continuaste con esto?

René y Vyeter intercambiaron miradas, no había hostilidad entre ellos, únicamente decepción.

—No tengo idea, tal vez por la influencia de Francois, o tal vez porque me sentí con el poder de destruirlos—replicó René en un tono pasivo casi melancólico—, pero ahora en el final, me doy cuenta de que sólo fui un idiota.

— ¿Y qué piensas hacer?

René levantó su arma y la apuntó contra la cabeza de Vyeter.

—Borrar las aberraciones creadas por Francois, lo siento Vyeter...

Vyeter cerró los ojos y respiro profundamente, su mente se puso en blanco por unos segundos. Su vida había sido falsa desde el primer día, creada según los intereses de algunos. Días antes deseaba vivir una vida que fuera completamente suya, pero ante la ausencia de Lea, ya no valía

la pena hacerlo.

Lea..., Pensó Vyeter. Y en su mente apareció la figura de Lea, de los escasos momentos que estuvo junto a ella y de las tristezas que ambos compartieron.

Y de repente, la ira, su vieja amiga del pasado se hizo presente...

En un movimiento repentino, Vyeter arrebató el arma a René y le dio un puñetazo en la cara derribándolo. Se puso encima de él y comenzó a golpearlo repetidamente hasta que sus puños se cubrieron de líquido carmesí.

Posteriormente, Vyeter regresó al lado de Lea y se acomodó a su lado. La muchacha aún estaba despierta y con los ojos bien abiertos.

— ¿Por qué tardaste tanto?, suspiró Lea tomando una de las manos de Vyeter.

Vyeter se rio en voz baja.

—Vámonos de aquí, ¿quieres?

Lea alzó sus brazos rodeando la cintura de Vyeter acto seguido este la levantó en el aire y se dispuso a ir a la salida.

Todo había terminado, finalmente no había más que pudiera separarlos, excepto una bala que dio en la espalda de Vyeter...

Momentos antes, René se levantó recargándose contra el ventanal dañado y disparo contra Vyeter, irónicamente al hacerlo el ventanal se resquebrajo y lo dejó caer al vacío...

En el suelo, entre respiros y jadeos, Vyeter cerró los ojos y lo que sucedía a su alrededor se hizo banal e inverosímil. El suave contacto de la mano de Lea con la suya se sentía tan bien que se dejó llevar.

De pronto una luz tan blanca traspaso sus parpados y entonces comprendió que el fin había llegado...

El día 10 de agosto del 2032 se produjo una fuga química en las instalaciones de la corporación Verlum que afectó a toda la ciudad de Elefthería, produciendo fuertes afecciones.

Al día siguiente las autoridades de la Republica del Sílice consiguieron entrar a la ciudad. Las personas afectadas dijeron no recordar nada de lo acontecido.

A este suceso se le popularizó con el nombre de "amnesia 2032"...

Capítulo 23

Capítulo 22: Regresiones de un futuro cercano

Luego de lo sucedido en Elefthería el año pasado, la ciudad fue cerrada para eliminar las toxinas restantes en el ambiente. Un proceso que el gobierno llamó como la *descontaminación Verlum*, debido en gran parte a que la responsable de la *Amnesia 2032*, fue esa extinta compañía.

Sin embargo, la realidad que pocos conocían, era que las autoridades regionales y federales de la Republica del Sílice estaban limpiando la ciudad de los TPS y de los destrozos ocasionados durante el evento del 11 de agosto.

Hasta entonces la capital fue trasladada a la segunda ciudad más importante de la región, Nueva Atenas. Una urbe dedicada principalmente a la industria metalúrgica y manufacturera, ubicada al noreste de la región de Elefthería en la cadena montañosa que los separaba de Severnaya Luna.

Fue en ese lugar de cielos nublados y fabricas tristes, donde se llevaría a cabo el final de una historia...

7:00AM, Nueva Atenas, Elefthería, Republica del Sílice a 11 de agosto del 2034.

"Han transcurrido dos años desde la Amnesia 2032 y las secuelas aún continúan. Se sabe que al menos un 35% de los afectados sigue sin recobrar la memoria y se espera que..."

El volumen del televisor descendió hasta quedar inaudible para Akari, quien se encontraba en el baño de su casa; no obstante tampoco le interesaba seguir escuchando una mentira.

Delante del espejo del lavado, la adolescente de diecisiete años de edad observaba la cicatriz en su brazo derecho, producto del accidente con el helicóptero.

Sigue allí, Pensó Akari.

A pesar de que ella no era una persona nostálgica, al ver esa vieja herida era transportada a una época de su vida que quería olvidar y que no podía

hacerlo.

Esa cicatriz era el último vestigio de su pasado, ya que ella había cambiado desde entonces. En un principio recortó su cabello hasta que le quedó por encima de los hombros, su rostro se veía más maduro y sus ojos se volvieron más lúgubres.

— ¿Akari?, se escuchó venir desde afuera.

— ¡Ya voy!, replicó ella mientras hacía descender la delgada manga de su sudadera grisácea.

Finalmente salió del pequeño cubículo y una vez fuera se encontró con Yassira, quien se hallaba sentada al borde de la cama, contemplando una vieja fotografía.

A Akari le molestaba que Yassira hiciera eso, pues por lo general terminaba deprimiéndose.

—Ver esa foto durante todo el día no te lo devolverá, dijo Akari en su acostumbrado tono sombrío.

—Y ver tú cicatriz cada que puedas, no hará que esta se borre, replicó Yassira.

Tampoco le agradaba la idea de decirle algo, pues al final la increpada era ella.

—Tienes razón, suspiró Akari sentándose del otro lado de la cama.

Con la vista recorrió el supuesto “departamento”, que se componía únicamente de un cuarto de paredes grises, una cama y un sofá, donde dormía ella, la televisión y una cómoda.

Akari volvió a suspirar, cerró los ojos y se dejó llevar por las reminiscencias de los tiempos oscuros.

10:00AM, Elefthería, Republica del Sílice a 11 de agosto del 2032.

Los camiones militares se aglomeraban en las calles de la destrozada ciudad de Elefthería. Cientos de miles de habitantes afectados, se apresuraban a subir a ellos, debido a que según lo dicho por los oficiales militares, se podría producir una nueva fuga química en breve.

Las rutas atravesaban toda Elefthería, pasando por el dañado edificio de la corporación Verlum, donde se produjo una misteriosa explosión horas antes y saliendo hacia el sur, rumbó al puesto de control móvil instaurado por las autoridades de la Republica del Sílice, en el desierto.

En la parte trasera de uno de los tantos transportes que salían de la urbe, amontonadas contra el costado del vehículo, yacían Akari y Yassira.

— ¿Qué crees que les haya pasado?, preguntó Akari monótonamente, mientras abrazaba sus rodillas.

Yassira dejó de morder sus uñas para fijarse en Akari, y se fijó que salía sangre del brazo de Akari.

—Akari, tú brazo, dijo Yassira señalando la herida.

—No es nada, replicó Akari.

Una simple herida como la que tenía en el brazo, no la lastimaba tanto como los golpes que sufrió en el pasado. Rememorar esas palizas, la estremecían.

—Entonces, ¿Qué crees que les haya pasado?, repitió.

Luego de la explosión en el edificio de la Corporación Verlum, Yassira no volvió a saber nada de Vyeter ni de Lea, ni siquiera de Omar. Por la colosal explosión que literalmente destruyó el techo del lugar, era claro que nadie pudo haber sobrevivido.

—Lo lamento, pero no tengo idea.

La imagen de Vyeter apareció repentinamente en la mente de Akari al igual que un destello pasajero. Una lágrima se escurrió desde sus ojos rasgados y se precipitó a la nada.

Vyeter, ¿Dónde estás?, Pensó.

Este clima no podría parecerse más al de la antigua Elefthería, Pensó Akari sosteniendo un paraguas de plástico. La lluvia veraniega caía sobre Nueva Atenas y un manto grisáceo oscuro cubría el cielo.

Irónicamente a pesar de ser verano, sobre la ropa de su nueva escuela, Akari llevaba puesto un pesado abrigo. Ropa típica de invierno.

Akari se detuvo en uno de los tantos puentes esparcidos por la nueva capital, se acercó a la barandilla y la sujeto fuertemente. Detrás de ella a pocos kilómetros de distancia, se hallaba una fábrica cuyas chimeneas liberaban cenizas a la atmosfera, sabía que de quedarse mucho tiempo aquí terminaría toda chamuscada.

Por lo tanto, apurándose a cumplir con este encargó, Akari sacó de uno de los bolsillos de su abrigo, el cuarzo que alguna vez Vyeter le regaló y que luego perdió en Severnaya Luna. Miró hacia abajo y contemplo un arroyo que crecía a cada momento que pasaba.

Es hora de olvidar, Pensó ella, en tanto dejaba caer el cuarzo al olvido.

Posteriormente, se alejó de la barandilla, se dio la vuelta y como siempre ha sido, siguió su camino silenciosamente.

Varios helicópteros militares y uno que otro civil, sobrevolaban la base móvil instalada por las autoridades de la Republica del Sílice. Cientos de carpas se alzaban sobre la superficie y la gente se amontonaba en ellas, además los refugiados seguían llegando en grandes cantidades.

Una fila que en vez de hacerse más corta se hacía más grande, se extendía por varias decenas de metros, al frente había varias mesas donde el personal de la base registraba a los civiles.

— ¿Dime cuál es tu nombre? —La militar de aspecto asiático, interrogaba con la mirada a la muchacha que tenía delante—, ¿te sucede algo?

Akari hiperventilaba con fuerza, el sudor se escurría de su piel y parecía que pronto iba a sucumbir.

—Soy...mi nombre es Akari, dijo ella en lo que más bien era una especie

de susurro, muy alejado de su tono habitual.

La mujer frunció el ceño, estaba a instantes de perder la paciencia.

— ¿Y cuál es tu apellido?

—Yo...yo...

De pronto sintió que alguien le ponía las manos en los hombros y eso la tranquilizó un poco.

—Su apellido es Dimitrievich Betra, ella es mi hermana, intervino Yassira sacando de apuros a la niñata cuyo nombre real le era desconocido.

—Entiendo—Afirmó la militar con voz seria, a su vez que escribía los dos nombres en una lista, antes de disponer dos tarjetas laminadas sobre la mesa—. Tomen estos pases y cuídenlos, pues serán sus identificaciones temporales.

Yassira tomó ambas tarjetas y después guio a Akari fuera de allí. Ambas se alejaron del bullicio y fueron a dar a la sombra de un árbol solitario.

Una ráfaga de viento hizo volar los cabellos lacios de Akari, quien se acomodó prontamente en el tronco del árbol. Alzó la mirada, el sol se escondía entre las hojas, cualquier otro día habría sido agradable estar aquí.

— ¿Se puede saber que te ocurrió?, dijo Yassira.

Los recuerdos, al igual que las cicatrices en el cuerpo de Akari, seguían presentes en su memoria y difícilmente se borrarían en poco tiempo.

—Esa mujer me recordó a mi madre—Suspiró Akari con tristeza y seriedad—. Ella, a si me miraba, y a pesar de que me odiara por culpa de mi padre, era la única familia que tenía.

Akari abrazó sus rodillas nuevamente y bajó la cabeza, para evitar que la vieran llorando. A veces sus antiguos traumas, se sobreponían a su personalidad racional.

Se quedaron en silencio por un tiempo y luego Yassira posó su mano sobre la cabeza de Akari y la deslizó por su cabello. Aun siendo tan diferentes como el desierto y los bosques, eran tan similares que quizás algún día podrían entenderse.

Espontáneamente Yassira recordó a su madre Camila, quien recientemente había muerto a manos de la Corporación Verlum. En el momento que se disponía a decirle algo que la reconfortara, fue

interrumpida por alguien inesperado.

— ¿Ustedes son Yassira y Akari Dimitrievich Betra?

Yassira reaccionó al instante y se puso a la defensiva, ante ellas se encontraba un joven soldado cuyo rostro permanecía sin expresión alguna.

—Yo soy Yassira, ¿Qué sucede?

El joven tomó el rifle que llevaba en su hombro derecho y lo empuñó en sus brazos, sin apuntar a nadie.

—Ambas deben de acompañarme, advirtió.

Maldita cerradura, Pensó Akari mientras intentaba abrir la puerta del departamento donde vivía junto a Yassira. Esa dificultad era básicamente una parte más de la rutina, puesto que ocurría casi todos los días, al igual que el ser cubierta por las cenizas de las numerosas fábricas.

Apenas entró, cerró de un portazo y literalmente saltó sobre el calentador eléctrico del que disponían.

Sus manos parecían un par de cubos de hielo, que en breve comenzaron a sudar por el excesivo calor, además de que poco a poco fue recuperando la sensibilidad en sus dedos.

Inesperadamente, Yassira salió del baño secándose el cabello, vestida con ropa para salir.

—Al fin llegaste Akari, dijo Yassira a su vez que se sentaba en el borde de la cama.

Algo que no comprendía Akari, es como Yassira podía soportar tan bien el clima helado de Nueva Atenas. A veces la detestaba y en otras ocasiones la admiraba por eso.

Inmersa en cuestiones sin importancia, Akari ignoró que Yassira se estaba preparando para salir.

— ¿Recuerdas que día es hoy Akari?, cuestionó Yassira.

—Claro, 11 de agosto, replicó Akari.

En cuanto concluyó de acomodarse el cabello, Yassira pronunció lo siguiente.

—Entonces sabrás que es hora de irnos.

El teniente, que se identificó como Fazír Al-Sanah, llevó a las mujeres hasta una serie de carpas blancas, donde había una morgue y posteriormente las dejó solas.

Había un total de ocho mesas dispuestas, con bolsas para cadáveres puestas sobre ellas las cuales tenían una abertura que permitía ver en su interior.

A Yassira le daba miedo acercarse más, para ver dentro de las bolsas. No por el miedo a los muertos, sino por el miedo que le daba encontrar a algún conocido; no obstante, ese fue el menor de los temores de Akari, quien comenzó a recorrer las mesas viendo por la abertura de las bolsas.

Yassira se le quedó viendo a Akari y sus peores miedos parecieron confirmarse, cuando esta se detuvo ante una de las mesas y su expresión sería cambio a algo similar a una mirada triste.

—Debes venir a ver esto, dijo Akari.

A Yassira le temblaron las piernas al oír esto y se quedó paralizada en su lugar. Cerró los ojos e intentó escabullirse de la realidad, sin embargo eso no era una opción en estos momentos.

—Lamento su pérdida, se escuchó venir desde atrás.

Yassira se giró sobre la punta de sus zapatos y descubrió a un hombre militar de avanzada edad que sostenía una carpeta marrón entre sus arrugadas manos.

— ¿Quién es usted?, dijo Yassira con voz agresiva.

—Yo soy el general Vasili Deslov, encargado de la defensa en esta zona.

El general Vasili Deslov se adentró más en la morgue improvisada hasta quedar cercas de donde se hallaba Yassira, incomodando a esta.

— ¿Querían mostrarnos a un muerto, o hay algo más por lo que se requiera nuestra presencia?

—De hecho, hay un asunto pendiente con ambas.

Del otro lado, Akari levantó la cabeza y se mantuvo alerta a la conversación.

— ¿Qué asunto?, preguntó Yassira.

—Bueno, usted señorita Betra ayudo a esconder a Omar Louvre, quien era buscado por la justicia internacional—el general Deslov miró sobre el hombro de Yassira a la niñata que se encontraba detrás—, y usted señorita que se autodenomina con el nombre de "Akari", se filtró en páginas gubernamentales clasificadas e intento escaparse de las autoridades, ¿no es así?

Fue entonces cuando Akari, comprendió porque habían intentado arrestarla en el hospital. Al parecer sus travesuras con la computadora la estaban haciendo ganarse un espacio en la cárcel.

— ¿Van a arrestarnos?, sugirió Akari.

El semblante serio del general, disminuyó en fuerza posteriormente.

—Debido al incidente en el que se vieron envueltas recientemente, se les perdonará incondicionalmente, a cambio de su silencio, explicó el general Deslov.

El general Deslov extendió su brazo con la carpeta hacía Yassira. La muchacha la tomó un tanto extrañada.

— ¿Qué es esto?

—Son sus documentos, dentro encontraran sus credenciales y actas de nacimientos respectivamente, replicó.

—Espere un momento, ¿dijo de ambas?, intervino Akari.

—Así es, según informaron ambas son hermanas, ¿verdad?

Una luz brilló por fin, en el oscuro camino por el que pasaba Akari guiándola a un mejor mañana. La niñata asintió con la cabeza sonriendo

con complicidad.

El general Deslov, regresando a la perpetua seriedad, introdujo las manos dentro de su saco y se giró para irse, pero justo cuando estaba a punto de hacerlo, fue detenido por quien menos esperaba.

—Su hijo fue un gran hombre, afirmó Akari.

Al borde del llanto, el general Deslov miró por encima de su hombro y volteo a ver a la muchacha de origen asiático.

—Lo sé.

El vapor de agua, producto de su respiración empañaba la ventana del auto, haciendo más tenue su reflejo. Akari jalo la manga de su sudadera, de color verde apagado y la pasó sobre el cristal para limpiarlo; sin embargo más tardaba ella en dejarlo claro, que este en volver a empañarse. Repitió el mismo proceso durante varios minutos, hasta que se aburrió. Entonces cruzó los brazos y dirigió su mirada al camino.

—Prepárate, ya vamos a llegar, advirtió Yassira.

El sedán oscuro se detuvo en el estacionamiento de un cementerio dedicado a las víctimas del evento ocurrido en Elefthería el año pasado. Yassira y Akari bajaron del vehículo, llevando lirios consigo, y al poco tiempo cruzaron su entrada. En breve estuvieron delante de la lápida de aquel joven que fue tan importante en la vida de ambas.

Yassira depositó un lirio, que segundos después fue seguido por otro proveniente de Akari.

— ¿Cuál era su verdadero nombre?, cuestionó Akari.

—Omar Arzan Betra y aunque era mi primo, yo lo quería como si hubiese sido mi hermano.

El que yacía allí enterrado, era el que alguna vez se hizo llamar, Omar Louvre. El primo lejano de Yassira y el “hermano” temporal de Akari.

Las emociones chocaron dentro de Yassira como dos trenes contrariados, derrumbándola. Se arrodillo junto a la lápida mientras las lágrimas

comenzaban a salir de sus ojos.

A su vez, un mensaje llegó al celular de Akari. Siguiendo a su naturaleza sombría e inexpresiva, se alejó de Yassira para leer el mensaje.

"Nos vemos en el parque cercas de tu casa a las nueve de la noche, Akari"

Un mensaje de un número desconocido, un amigo suyo desaparecido desde hacía un tiempo y por lo tanto una sola respuesta posible...

Capítulo 24

Capítulo 23: Elefthería i Thanatos

8:55PM, Nueva Atenas, Región de Elefthería a 11 de agosto del 2034.

Una llovizna ligera caía desde los cielos oscurecidos de Nueva Atenas, sentada en una banca del parque iluminada por la luz anaranjada del neón de una farola y cubierta por su paraguas de plástico, Akari recordaba la escena, puesto que se parecía a lo que vivía en la antigua Elefthería.

En su teléfono aparecía un nuevo mensaje que confirmaba la identidad de aquel al que esperaba desde hacía dos años.

"Soy yo, Vyeter, nos vemos luego"

Rezaba dicho mensaje.

Debido a la gran sorpresa que se llevó, apenas llegó a su casa y Yassira se marchó, ella se vino corriendo al parque esperando llegar a tiempo, aun a pesar que hacían falta algunas horas todavía. Por lo tanto ni siquiera se cambió de ropa y seguía usando aquel atuendo verde oscuro de la escuela a la que asistía, a excepción del abrigo que dejó olvidado en casa.

Miró su reloj, quedaban cinco minutos para las nueve y no había señales de la persona a la que esperaba. El frío ya le comenzaba a calar en los huesos y el viento hacía esa sensación mucho peor. A parte ya era de noche y estaba tan cansada que sus ojos comenzaban a entrecerrarse, sin embargo parecía indispuesta a marcharse, más sabiendo quien vendría a verla.

Escuchó unos pasos en la hierba a sus espaldas y su corazón comenzó a palpar con fuerza.

—Hola Akari.

Sus ojos verdes se pusieron en blanco, esa voz de hombre no era la que esperaba. Su sangre se congeló como si hubiera sido expuesta a nitrógeno líquido y antes de que pudiera escapar, sintió una fuerte presión en el cuello y tras eso nada.

Una hora después...

Un olor hediondo se filtró a su nariz y la hizo despertar, sus sentidos se fueron activando uno detrás de otro. Algo en su cabeza, al parecer una bolsa de tela oscura, le impedía ver su entorno; en su boca sentía un sabor ferroso, probablemente su propia sangre. Sentía un fuerte ardor en las muñecas, las cuales no podía mover. Además claramente escuchaba el sonido de la televisión encendida y más lejos al agua correr.

¿Seguirá lloviendo?, Pensó. Aunque había una alta posibilidad de que fuera cierto, al poner atención al ruido dedujo que debía de ser un arroyo.

Akari desconocía como había llegado hasta este punto, su mente estaba llena de reminiscencias poco claras y sentimientos encontrados.

De pronto escuchó unos pasos acercándose hacia ella, junto con el rechinado de la madera al pisar sobre ella.

—Te lo advertí niña, debiste de haber aceptado cuando te lo propuse por las buenas.

Esa voz grave le pertenecía a un hombre que Akari nunca se llegó a imaginar que conocería. El sujeto se detuvo a centímetros de su rostro, su aliento era tan desagradable que contuvo la respiración hasta que este volvió a alejarse.

¿Cómo es esto posible?, Pensó mientras rememoraba aquella tarde.

Semanas antes...

En la basta soledad de su departamento y en la ausencia de Yassira, Akari no hacía más que admirar el pedazo de SiO₂ que tenía en sus manos.

El cuarzo no era nada más que un mineral compuesto de sílice que aparte era muy común; no obstante Akari no podía quitarle la vista de encima,

era como si un poder superior se lo impidiera.

Pero a pesar de ello, la palabra de cierta persona en especial, era suficiente como para que decidiera deshacerse de él. Ahora pensaba en la manera más acertada de hacerlo.

El tono de llamada de su celular hizo aparición, Akari lo tomó de la cama y avistó el número.

Desconocido, ¿eh?, Pensó ella.

— ¿Quién habla?

—Mi nombre no es importante, señorita Betra—se escuchó la voz de un hombre maduro del otro lado de la línea—, pero lo que tengo que proponerle sí.

La llamada no extrañó tanto a Akari, como si lo hizo que ese desconocido conociera su apellido.

—Hablé.

—Conocemos sus habilidades con las computadoras y nos favorecería que hiciese un trabajo para nosotros.

Parecía tentador, pero Akari sabía que no podía hacerlo, debido que se lo prometió a Yassira. Además de que en el pasado por poco iba a la cárcel por ello.

—Lo siento, pero no.

Inmediatamente Akari colgó y dejó el teléfono sobre la cama, para retomar el asunto del cuarzo; sin embargo este volvió a sonar al poco tiempo.

— ¿Diga?, dijo Akari con estrés en su voz.

—Le ofreceremos una buena paga a cambio de sus servicios...

A Akari le molestaban bastantes las insistencias por lo que estallo en ira.

— ¡Ya le dije que no voy a hacerlo!

— ¡Escúchame bien niña de mierda!—La voz del hombre se había vuelto considerablemente hostil— ¿Acaso sabes con quien estas tratando?

—Espero no saberlo nunca.

Y tras eso apago el celular, en ese punto Akari desconocía que había irritado a las personas equivocadas.

—Así que eres tú, el hombre que me amenazó por teléfono, ¿no es así?, suspiró Akari.

El hombre pareció reírse o al menos eso fue lo que creyó Akari.

—Adivinaste—Replicó él en tono burlón—, ahora considerando tu situación, ¿desearías aceptar?

La respuesta de Akari no se hizo esperar, el problema es que fue muy inoportuna e inesperada.

—Vete a la mierda.

A la vez que la respuesta de Akari fue sorprendente, también lo fue el arranque de ira de su agresor, quien luego de quitarle la bolsa de la cabeza le dio una tremenda patada en el abdomen haciéndola caer de lado con todo y silla.

Como si se tratara de una cámara despresurizada, el aire escapó de los pulmones de Akari. Atontada y con la vista borrosa, apenas pudo distinguir la forma del que la acababa de golpear.

Era un hombre de edad media, tal vez medía dos metros, un tanto fornido, cabello castaño oscuro cortado casi al ras y en su cara se apreciaba una placa metálica que sobresalía en su mejilla izquierda. Sin contar un uniforme de oficial militar verde oscuro todo gastado.

—Yo soy Marques—dijo él con suma autoridad—, y creo que es de buena educación que conozcas el nombre del hombre que te matara sin piedad si no haces lo que te pide.

10:30PM, 11 de agosto del 2034.

El tiempo era algo relativamente escaso en la vida de Yassira Dimitrievich Betra, entre su trabajo, la universidad y Akari, no le quedaba tiempo para ella misma.

Apenas llegó a su departamento y caminar hasta donde su cama, arrojó las llaves a la cómoda al lado, las cuales se deslizaron por un costado y se perdieron en el suelo, pero eso no era sustancial por el momento.

Posteriormente se dejó caer sobre las sábanas blancas, como si hubiera sido noqueada de un solo puñetazo, inclusive si así hubiese sido, no le importaría siempre y cuando pudiera dormir plácidamente.

Sin embargo, algo no andaba bien. Akari no le dijo nada al llegar y además su mano izquierda rozaba una hoja de papel. Su instinto de alerta, le dio las energías suficientes para alzar la cabeza y darse cuenta.

Al recorrer el cuarto con la vista, noto que el sofá donde dormía Akari estaba vacío y finalmente a su lado se hallaba una nota.

"Si estás viendo esto, no te preocupes, salí a realizar un trabajo de la escuela, volveré un poco tarde"

Yassira arrugó el papel al mismo tiempo que alzaba sus cejas poco pobladas. Si había algo que Akari no podía hacer, era mentirle.

Sabía que debía llevarla conmigo, Pensó. Esa tarde luego de visitar la tumba de Omar, Yassira paso a dejar a Akari a la casa, antes de regresar a su trabajo en el centro de Nueva Atenas.

Sin darse cuenta, Yassira estaba parada entre la cama y la puerta. Barajo dos opciones mentalmente, quedarse a dormir y confiar en la palabra dudosa de Akari o salir en busca de ella.

Las cobijas frescas como a ella le gustaban y el colchón suave la tentaban a quedarse, pero al final su instinto sobre protector, heredado de su madre fallecida, se superpuso a su cansancio.

Caminando a grandes zancadas, abrió la puerta y justo del otro lado se encontró con alguien que recordaba su pasado doloroso.

— ¿Tú?—cuestionó con incredulidad—, así que al fin te dignaste a volver.

—Sigo sin cambiar de opinión, afirmó Akari con tal arrogancia que la hizo merecedora de una bofetada por parte de Marques. Akari sentía un gran ardor y un líquido caliente escurriéndose por su mejilla.

La reticencia de Akari a obedecerlo, comenzaba a cansar a Marques.

— ¡Vos sois una altanera!, exclamó Marques. Esa pérdida de compostura, comenzaba a revelar su verdadera identidad. Y aunque no lo pareciera, pronto esos errores de su parte, se convertirían en las armas perfectas de Akari.

—Eres español, ¿no es así?

Marques no se dignó a responder, en vez de eso levantó a Akari de la silla de madera donde la tenía y la arrojó a otra que estaba frente a una computadora. Desato sus manos y luego la sujetó por los cabellos.

—No voy a seguir escuchándote y más te vale ponerte a trabajar si no quieres que te mate, dijo Marques volviendo a su posición anterior, que sin embargo ya empezaba a flaquear ante la desesperación.

De pronto su teléfono comenzó a sonar en el bolsillo de su camisa y sus peores miedos se hicieron realidad. Soltó a Akari y se alejó a un rincón donde ella no pudiera escucharlo.

— ¿Diga?

— ¿Ya tienes mi información?, replicó un hombre mayor del otro lado.

—No jefe, la niña no quiere cooperar y yo...

— ¡Escúchame bien!, utiliza cualquier medio posible para hacerlo o si no haré que cabes tu propia tumba con tu lengua, ¿entendido?

—Sí señor.

Y repentinamente la llamada se cortó. Marques se devolvió a donde Akari y estrelló su mano contra la parte trasera de la cabeza de la niña, a la vez que dejaba un papel con una dirección IP junto al teclado.

—Esa es la dirección, empieza ya.

—Me niego a hacerlo...

Apenas concluyó esa frase, Marques apartó a Akari de la silla y la estrello contra la pared sujetándola por la garganta, ahogando su grito ante el repentino movimiento.

—Hace unos momentos me preguntaste si era español y la verdad es que no—Soltó Marques mientras apretujaba el cuello de Akari—. Yo realmente soy hijo de un colono y una local, por lo tanto soy un mestizo y mi posición social en mi país no me agradaba mucho que digamos. Entonces alguien vino y me ofreció un trato tan bueno, que una niñata como tú no me hará perderlo, concluyó soltándola.

Al instante Akari tosió recuperando el aliento y se sobó el cuello, que le había quedado rojo. Eso en vez de doblegarla, la hacían llenarse de coraje.

—Pues vete acostumbrado a ser un sirviente, porque no pienso ayudarte.

Marques rio en voz baja, desenfundó el arma que llevaba a la cintura y apuntó a la cabeza de Akari.

—No tienes miedo a morir, ¿no es así?, cuestionó Marques creyendo tener todos los ases en la mano.

La respuesta de Akari fue una mirada llena de ira.

—Ya veo, entonces supongo que no te importará, que otros sufran por tu culpa.

La visión de Yassira siendo tratada de la misma forma que ella, cruzó la cabeza de Akari.

— ¿A qué te refieres?

Marques guardó el arma en su cintura de nuevo, esbozando una sonrisa maliciosa que no mostraba indicios de mentir de acuerdo a sus intenciones.

—Te creía más inteligente, por eso te elegí, pero veo que sólo eres una niñata estúpida—Soltó Marques—. Llevo semanas vigilándote, leí sobre tu pasado y sobre quienes se acercaban a ti y quiénes no. Básicamente te conozco mejor que a la palma de mi mano y por lo tanto con una llamada puedo ordenar que te arranquen a la única persona que te importa.

En su mente analizaba las posibilidades y aunque no estaba muy segura

de que eso fuera muy cierto, se vio en la necesidad de ceder.

—De acuerdo, lo haré.

El viento gélido hacía revolotear las hojas de los árboles y además se impactaba en el rostro de Yassira, quien temblaba por razones desconocidas y que transitaba el caminito del parque cercano a su casa, debido a sus suposiciones basadas en su experiencia propia de que Akari debía estar allí, en compañía de un joven de su edad.

En los bolsillos de su abrigo escondía sus manos sudorosas, de hecho todo su cuerpo sudaba frío por la situación en la que se encontraba. En otros tiempos hubiera deseado caminar junto a quien lo hacía en estos momentos, pero ahora sólo que él le respondiera cientos de preguntas.

Incrédula y dudando de sus propias facultades mentales, Yassira ladeo su cabeza hacía un lado para verificar que el joven siguiera a su lado.

—Si vas a preguntar algo, hazlo ahora, advirtió él.

— ¿Cómo?, ¿Cuándo?, ¿Por qué?, esas preguntas carecían de las palabras necesarias para ser formuladas, pero eran lo único que llegaba a la mente inestable de Yassira.

Antes de que él pudiera responderle, Yassira se distrajo al ver algo que la dejó helada.

El paraguas de Akari, Pensó, se acercó para recogerlo y al hacerlo quedó de rodillas delante de la única banca del parque que era iluminada por una farola de neón.

Sus ojos se pusieron en blanco y sintió su cuerpo fallarle al ver todas las cosas de Akari regadas por el suelo, incluyendo uno de sus zapatos. Si no fuera por el joven que prontamente la ayudo a levantarse, tal vez se hubiera desmayado.

— ¿Qué ha pasado?, dijo él.

—Esas son las cosas de Akari, replicó ella señalando la banca.

El hombre misterioso la llevó hasta la banca y dejó que se sentará Yassira.

—Cuando te sientas mejor regresa a casa, iré por Akari.

El muchacho de cabellos castaños oscuros se dio la vuelta y se dispuso a irse.

— ¿Volverás?

Él se detuvo y le mostró una sonrisa sincera, antes de girarse de nuevo y desaparecer en la noche.

Nada más una palabra salió de los labios finos de Yassira...

—Vyeter...

Unos cuantos movimientos hicieron efecto en la máquina antigua, que parecía en buenas condiciones. Los dedos de Akari se desplazaban a gran velocidad sobre el teclado, que parecía iba a ceder en cualquier momento.

Una serie de unos y ceros aparecieron en la pantalla y poco después fueron reemplazados por un escudo en forma de triángulo invertido. Al verlo, Akari sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Ella jamás se imaginó que en el pasado alguien vio lo mismo y paso por lo mismo.

El símbolo de la corporación Verlum, Pensó ella.

—Muchas gracias Akari, dijo Marques golpeando la cabeza de la niña con su pistola.

Lo que sucedió después, era tan inverosímil que Akari llegó a dudar de que estuviera pasando realmente.

El dolor se expandía por todo su cráneo, las cosas a su alrededor parecían rotar y se sentía tan ligera como el viento.

La realidad era que Marques la arrastraba fuera del lugar, en dirección a un arroyo que estaba muy cerca.

—Sabes, he leído sobre tu llegada a este país y el hecho de que casi mueres en el hundimiento de un barco carguero y por lo tanto pienso que

tu despedida debe de ser de la misma manera, ¿no crees?

Las palabras de Marques hacían eco en la cabeza de Akari. Mientras era arrastrada perdió su segundo zapato, ella ni siquiera se acordaba de haber perdido el primero. Escuchaba el ruido del agua haciéndose cada vez más fuerte, intento pelear por su vida, pero ya no tenía las fuerzas para hacerlo.

Cerró los ojos y los volvió a abrir cuando sintió el agua en sus piernas y luego en su espalda. A la vez que la mano helada de Marques regresó a su cuello, empujándola bajo el agua. Apenas pudo patear un par de veces, antes de que se dejara arrastrar por la corriente.

¿Estoy muerta?, Pensó Akari en voz alta. Se encontraba en una gran sala a oscuras siendo iluminada únicamente por una lámpara sobre su cabeza.

—No lo estas...

Esa voz provino de todos lados, o tal vez de ninguno...

— ¿Dónde estoy entonces?

Una silueta muy familiar se presentó ante ella.

— ¿mama?, suspiro Akari. Las lágrimas comenzaron a salir de su rostro simultáneamente.

Delante de ella estaba parada una mujer de mediana edad, muy morena, de ojos oscuros como el vacío del espacio y aspecto pobre.

—No estas muerta Akari, pero lo estarás si no comprendes—Advirtió ella—Vaya que te gusta hacerme enojar, al utilizar un nombre falso que me recuerda al origen de tu padre.

— ¿Si no comprendo que?, replicó Akari omitiendo el insulto por su nombre falso.

—Lo débil y patética que eres—afirmó la madre de Akari—. Te ocultas bajo una capa de indiferencia y seriedad, pero en el fondo eres muy débil y lo que deseas realmente es que alguien te proteja y te brinde felicidad, ¿no

es así?

Las palabras de su madre, lastimaban más a Akari que los golpes que le propinaba cuando vivía con ella.

— ¡No es verdad!

La mujer comenzó a caminar alrededor de su hija, mirándola con un sutil desprecio.

— ¿Estoy equivocada?, ¿acaso no te secuestraron dos veces y por poco terminas muerta en ambas ocasiones?

Eso es verdad, ¿pero qué puedo hacer?, Pensó Akari.

La madre de Akari, que tenía por nombre Mali, rio en voz alta y con tono sarcástico.

— ¡No trates de esconderte en tus pensamientos!, ipues en este lugar puedo leerte como a un libro! —Afirmó Mali con gran descaro—, ¿Acaso no lo entiendes?, ¡siempre esperas a que alguien venga a rescatarte!

Marques entró en escena, junto al viejo pelón que la secuestro la primera vez hacía dos años.

—Es verdad, dijeron al unísono.

Y las voces entremezcladas taladraron su cerebro, Akari en un intento por acallarlos, cerró los ojos, se tapó los oídos y gritó a tal grado que estuvo a punto de rasgarse las cuerdas vocales.

Entonces lo comprendió, finalmente supo porque había sufrido tantas cosas en su corta vida. Se creyó fuerte debido a su inteligencia y repitió el error considerables veces y cada una de ellas alguien estuvo para salvarla, pero ahora, a la orilla del olvido y de la muerte, entendió que si ella no aceptaba su realidad y se proponía cambiarla, iba a morir.

Abrió los ojos, pero no hizo la diferencia, todo era muy oscuro. Ya no quedaba aire en sus pulmones. Akari pataleo varias veces con sus energías restantes, ella pensaba que era su fin, pero aun así no se rindió...

Y en el momento menos esperado, sus esfuerzos dieron resultados...

7:00AM, 12 de agosto...

El color blanco se apoderó de todo su campo visual. Las sábanas, el techo, las paredes, las cortinas. Akari al principio pensó que debía estar soñando, no se dio cuenta de que estaba en un hospital, hasta que se sentó en la cama y sintió un fuerte dolor por detrás del hombro derecho.

La puerta del cuarto se abrió y un joven entró.

— ¿Te deshiciste del cuarzo?

Akari alzó la mirada y lo vio parado cerca del borde de la cama.

—No vos hemos visto en aproximadamente 730 días, ¿Y lo primero que haces es preguntarme por un maldito cuarzo?, increpó Akari.

—Bueno es que no sabía que decirte, replicó él sentándose a un lado de Akari.

—Al menos podrías preguntar si me encuentro bien, “Vyeter”, dijo Akari mientras se aferraba a la cintura del muchacho y depositaba sus lágrimas en él.

Ese momento recordó a Vyeter la tarde que se conocieron, cuando la niñata de Akari lo interceptó en una esquina, mientras él volvía a casa.

Examinando ese momento, Vyeter comprendió que de no ser por ella, tal vez nunca hubiera descubierto su verdadera identidad. Poso su mano sobre la cabeza de Akari y revolvió sus cabellos.

—Sigues siendo la misma niñata que conocí, ¿sabes?

—Cállate, ¿quieres?

Vyeter sonrió con nostalgia.

—Akari, ¿Podrías decirme tu nombre real?

Si su memoria dañada no le fallaba, Vyeter sabía que Akari nunca le había mencionado su nombre real.

La muchacha lo soltó y se le quedó viendo a Vyeter un tanto extrañada, en su cara quedaron marcados los estragos del incidente de anoche. Bajo la cabeza con el temor de que se fuera a reír de ella.

—Mi apellido es Nayra...—dijo Akari en un tono casi inaudible—, y mi nombre es Narissara.

Vyeter se rio en voz baja, por la inocencia de Akari y luego recordó que aún le quedaba algo por hacer. Se apartó del lado de la muchachita y regresó por donde vino.

—De acuerdo Narissara, acabo de hablar con Yassira y ya viene para acá, dijo él.

— ¿Te iras?, cuestionó Akari.

Al borde de la puerta, Vyeter le devolvió la mirada.

—Jamás me he ido.

Tras de eso, cerró la puerta caminando por un pasillo muy largo cuya salida estaba iluminada por la luz del día.

Capítulo 25

Capítulo 24: Ellos, los paralelos...

Destino, el destino de una puede entenderse como una recta que transcurre en el tiempo, inalterable, superflua, hasta que tiene contacto con otra.

Entonces todo cambia...

Las rectas paralelas nunca tienden a unirse, pero tampoco a separarse y siempre están el uno al lado de la otra.

A veces el destino crea rectas paralelas entre dos personas...

9:00PM, Base aérea Vladislav, Severnaya Luna, Republica del Sílice a 15 de agosto del 2032.

—Todo ha salido de acuerdo a lo planeado—Afirmó Danielle con voz gloriosa, pero al mismo tiempo alzando una ceja—, a excepción de algo...

Frente a ella, se hallaba el general Deslov con las manos puestas sobre su escritorio e inclinado un tanto hacía delante.

— ¿A qué se refiere?

Esta conversación no era más que un juego de tira y afloja entre un representante de la República del Sílice y una de la República Francesa respectivamente.

—Vamos general, continuara negando que tiene en su poder, un artefacto de color oscuro en forma de esfera.

Estos franceses..., Pensó el general Deslov.

En el segundo cajón de la izquierda en su escritorio, el general Deslov obtuvo el dichoso dispositivo del que hablaba Danielle y lo dejó encima, en medio de ambos.

— ¿Qué es exactamente?, cuestionó el general Deslov.

Danielle tomo la esfera y la sostuvo entre sus manos por unos segundos antes de devolverla a donde estaba.

—Es un dispositivo creado por la corporación Verlum, sirvió como catalizador para iniciar la Amnesia 2032.

— ¿Entonces creen que les voy a entregar un arma mortal a ustedes nuestros enemigos?, replicó Vasili recargándose en su sillón.

La francesa ladeo la cabeza hacía un lado, con un ojo en la esfera y otro en el general.

—Estamos en igualdad de condiciones señor Deslov, si ustedes se quedasen con ella podrían utilizarla contra nosotros.

—Entonces creo que ninguno de nosotros dos debe quedarse con ella, ¿no cree?

La propuesta no era para nada mala, además era una señal de buena fe entre ambas naciones. Por lo tanto, Danielle tomó la esfera y la lanzó por los aires. El dispositivo voló por los aires y cayó lejos de ambos en el piso, donde termino por convertirse en pequeños pedazos.

—Creo que estamos iguales, afirmó Danielle estrechando la mano arrugada del general Deslov.

Y tras una tragedia que costó la vida de cientos de personas, surgió una nueva era para ambos países...

Esa tarde agosto, con el helicóptero en llamas y ella herida. Rosario pidió ayuda a gritos, pero ninguno fue correspondido.

Convaleciendo en el suelo, lo último que vio antes de desmayarse fue a Aleksei corriendo en dirección contraria, alejándose y perdiéndose en la bruma de guerra...

9:00AM, Nueva Cataluña capital de la Republica del Sílice a 9 de

febrero del 2034.

La ciudad capital era inmensa, en ella vivían cercas de diez millones de personas y la mayoría de ellos lo hacían en edificios departamentales que se alzaban decenas de metros con respecto a la superficie.

Entre tanto bullicio, estrés y calles grises; los psicólogos tenían mucho trabajo. Uno de ellos, llamado Vitaly Nóvgorod, se distinguía entre los demás, por sus métodos poco ortodoxos.

El consultorio que compartía con otros tantos en el hospital central de Nueva Cataluña, era una combinación de esterilidad emocional y vestigios del pasado. Junto a la entrada se encontraba un estante con bastas obras, incluyendo *La interpretación de los sueños* del psicoanalista *Sigmund Freud* y otras tantas. Un helecho le daba vida al lugar y un ventanal extenso dejaba pasar la luz de fuera, eso sin contar con el habitual escritorio, una silla y el sofá donde los pacientes solían recostarse; no obstante con Vitaly eso no ocurría.

Esa mañana atendía a una joven, que fue víctima del atentado en la ciudad de Elefthería dos años antes, cuyo nombre era Rosario.

—Lo he considerado durante mucho tiempo, ¿sabe?—Dijo Rosario cruzando miradas con Vitaly quien estaba sentado a su lado en el sofá—, y creo que finalmente he tomado una decisión...

Vitaly prestaba atención, cosa que pocos psicólogos hacían en la actualidad, y rascaba su barbilla carente de pelos, gesto que heredó de su padre.

—Así que finalmente lo harás, replicó el.

Los últimos dos años habían sido muy difíciles para Rosario, luego de que Aleksei la abandonara en Elefthería, vino después el fin de los TPS y con ello se quedó sin trabajo. Harta de tantos fracasos tomó la última opción que le quedaba.

—Así es, me marchó de la Republica del Sílice...

9:15AM, Nueva Cataluña...

El camino al aeropuerto se le hacía bastante largo a Aleksei, cuyo apellido era Nadez.

A través de la ventana trasera del taxi podía observar las calles y las personas que caminaban a través de ellas. Suspiro con cansancio y devolvió la mirada al frente.

Al finalizar su trabajo al servicio, de la recién abierta embajada francesa en la Republica del Sílice. Aleksei fue devuelto a la vida como civil, ahora podía regresar a casa en paz.

Sin embargo, el recuerdo de alguien lo mantenía atado a este país extranjero. De esa mujer a la que no podía olvidar, o mejor dicho no quería hacerlo. Nuevamente volvió a suspirar, pero esta vez con desgane.

Por un lado estaba feliz de volver a la República Francesa, pero por otro su corazón lo delataba y le pedía a gritos que se quedara y que intentara buscar a Rosario.

Pero, ¿ella sería capaz de perdonarlo por dejarla sola durante la Amnesia 2032?, ¿Aun después del desventurado pasado que ambos compartían?, eso verdaderamente era imposible; no obstante, a él le gustaba fantasear con lo contrario.

12:16PM, Nueva Atenas, Elefthería, Republica del Sílice a 15 de agosto del 2034.

Cuatro días después del ataque sufrido en su contra, Akari ya estaba preparada para volver a la normalidad.

— ¿Estas lista para irnos, Narissara?, dijo Yassira con brutal ironía.

En mala hora se me ocurrió decirle a Vyeter mi nombre real, Reflexionó Akari.

—Vámonos.

Agraciada por la pronta recuperación de Akari (Narissara), Yassira se daba el lujo de sonreír. Con una mano se acomodó el bolso al hombro y la otra la puso en la espalda de la muchacha.

Las dos salieron de la lúgubre habitación y caminaron por el mismo por donde Vyeter se fue, hacía ya unos días.

— ¿No has visto a Vyeter?, pregunto Akari con cierta duda.

—No te preocupes por él, sé que volveremos a verlo pronto—replicó Yassira guiñándole el ojo—. Ahora yo te tengo otra pregunta.

Akari se volvió hacía Yassira viéndola con extrañeza.

—Dime.

— ¿Recuerdas como llegaste al hospital?

Y en los profundos ojos verdes de Akari, se vislumbró aquella escena...

Días antes...

El suave rocío nocturno despertó a Akari, quien se encontraba a la orilla del arroyo. La luz de la luna iluminaba su piel lisa y magullada. Inconscientemente se puso de pie y comenzó a caminar sin rumbo alguno. A parte de la sangre seca en su ropa, también había bastante lodo y lágrimas.

Un sonido familiar la atrajo, en la noche le era difícil ver los obstáculos en su camino. Tropezó varias veces, pero en ninguna de ellas cayó.

Avisto una luz blanca y se detuvo, cerró los ojos y espero.

Y al abrirlos se encontraba siendo atendida por una pareja, que la miraban con desesperación. Esta escena ya antes había acontecido con resultados catastróficos cuando Anatoly y Adriana la encontraron en aquella autopista en Severnaya Luna, la única seguridad que tenía Akari es que no volvería a ocurrirle de nuevo.

—Lo lamento Yassira, pero no lo recuerdo, respondió Akari.

—Entiendo.

Akari se mordió la lengua con tal de evitar reírse, pues esta era la primera vez que sus mentiras eran creídas por Yassira.

Y la una al lado de la otra, desaparecieron en el resplandor escarlata de un nuevo día...

"La terminal del aeropuerto internacional de Nueva Cataluña es una de las más grandes y mejor equipadas del continente. Al día pasan por aquí más o menos diez mil personas a distintos destinos, dentro y fuera del país".

Al finalizar el texto, Rosario bajo la revista que le dieron en la entrada del aeropuerto y la puso bajo su brazo. Ella caminaba por un pasillo doble hacía la sala de abordaje, separada únicamente por una pared de cristal. En una mano arrastraba su maleta y con la otra sostenía el boleto que la sacaría de esta pesadilla.

"Pasajeros del vuelo 229 ya deben de estar en la sala de abordaje..."

Al escuchar ese aviso, Rosario apretó el paso.

Entonces, ya sea por inercia o por curiosidad, e inclusive quizás el destino estuvo involucrado, ella alzó la vista en dirección al pasadizo a su derecha y vio a un hombre de espaldas, que le resultó muy familiar.

Cuando paso a su lado confirmó su teoría, se trataba de Aleksei. Un flujo de recuerdos fluyeron por su mente a gran velocidad trayendo consigo alegrías, pero a su vez tristezas y decepciones. Ella estaba harta de seguir sintiendo esas emociones negativas, por lo que giró de nuevo la vista al centro e hizo como si nada hubiera ocurrido.

Del otro lado, algo similar le ocurrió a Aleksei al ver a aquella mujer alejándose. Esa postura y esa forma de caminar, jamás se borrarían de su memoria, y aun a pesar de que sabía que se trataba de Rosario, no hizo nada por detenerla.

Tanto daño le había hecho, que él mismo estaba consciente de que ella jamás lo perdonaría y sus fantasías, quedaron como eso, cosas irreales

nada más.

La regla era la misma, las rectas paralelas jamás se unían; no obstante tampoco se separaban. En este caso ambos permanecerían juntos a base de recuerdos y emociones, así como también de sueños e ilusiones rotas.

8:15PM, Nueva Cataluña, Republica del Sílice a 9 de agosto del 2034.

Aun estando fuera del hospital, María Pereira reflectaba ese brillo que la hacía tan especial.

Habían transcurrido siete meses desde que se mudó a la capital, por motivos de trabajo y aun no terminaba de adaptarse. El camino desde su casa hasta el hospital, era el único que reconocía con exactitud.

Sin embargo esta noche no se dirigía a ninguno de esos lugares, sino hacía una farmacia a recoger una receta suya. Los constantes cambios en su vida diaria y al estrés, ahuyentaron al sueño, tal cual un rebaño se aleja ante la presencia de un depredador. O tal vez esa carencia suya que apaciguaba ayudando a la gente, volvía a surgir con más fuerza.

María se detuvo en una esquina, ayudada en parte por el alumbrado público de la ciudad, leyó nuevamente la dirección.

"Calle Roble 10 y avenida Nyelov"

La dirección marcada en el poste de la esquina, estaba muy alejada de donde se suponía se debía estar. María suspiro con cansancio e impotencia.

En su lugar, le faltaban diez calles para llegar a la farmacia, así como veinte para regresar a casa. Dio un paso a la izquierda y se giró para continuar; no obstante se estrelló con alguien al hacerlo.

—Discúlpeme, yo sólo...

8:15PM, Nueva Cataluña...

Esa noche, luego de salir del consultorio, Vitaly Nóvgorod decidió tomar un pequeño paseo para despejarse.

Había vivido toda su vida en la capital de la Republica del Sílice, conocía exactamente cada rincón de la misma y podía ir a cualquier lugar inclusive con los ojos cerrados.

Su vida no era ni mala ni buena, estaba en lo que se podría considerar como un término medio. Y eso se debía en gran parte a que Vitaly pensaba que algo le hacía falta a su vida y ese algo no tenía cabida dentro de su mente racional.

Paso a paso se fue acercando a una esquina, ocho cuadras más y llegaría a su departamento. De noche no veía muy bien y no alcanzaba distinguir muy bien las cosas.

Cuando esa mujer lo golpeo e intento disculparse se vieron cara a cara y se quedaron así por un tiempo.

En las matemáticas, las rectas paralelas nunca se unían, pero en la vida real sólo hacía falta una mirada para que esto cambiara.

9:00AM, En algún lugar de la República Francesa, 11 de febrero del 2034.

A orillas de la costa sur de la nación europea, se encontraba un pueblo muy pintoresco. Sus callejones estrechos impedían el paso de los vehículos, por lo que estos no eran utilizados y la gente se transportaba ya sea a pie, en bicicleta y hasta en antiguas carretas.

Una autopista bordeaba una montaña y pasaba al lado del pueblo

regalando un paisaje único e inigualable.

Pasados cinco kilómetros de aquella vista, se encontraba una desviación y un gran estacionamiento para los turistas. Siguiendo el mismo camino, este se topaba con otro que llevaba a una villa.

El complejo estaba conformado por una mansión de tres pisos, así como varias casas más pequeñas para los trabajadores. Ese lugar era la residencia de la madre de Aleksei Nadez y también de la luz de su familia.

El portón que antes se le hacía inmenso y que conforme ganaba años perdía tamaño, quedó atrás dando lugar a un jardín de orquídeas transgénicas. Luego de atravesarlo y entrar a su casa, se dirigió al cuarto donde Ana Lucía, su madre solía ponerse a tejer.

Antes de llegar llevaba una sonrisa de oreja a oreja, la cual se borró apenas llegó y dio lugar a una expresión de desconcierto.

Dentro se encontraba nada más Ana Lucia, la mujer que rozaba los sesenta años, vestía un largo vestido de color café claro.

— ¿La has visto?, cuestionó Aleksei.

Ana Lucía, quien hasta hace unos segundos miraba por el gran ventanal de la habitación, se giró hacia su hijo, con sus manos descansando sobre en su regazo.

— ¿A quién?

—A Lea, ¿dónde está ella?

Al percibir ese nombre salir de la boca de su hijo, Ana Lucia dejó sus instrumentos de costura en la silla y dio unos pasos hasta donde él estaba parado. Una sonrisa extraña se vislumbraba en su rostro, anteriormente carente de vida.

—Lo siento Aleksei—Replicó poniendo su mano en el hombro de él, quien ya comenzaba a presentir lo peor—, pero tu hermana se ha marchado.

Frustración, resignación, miedo...

Esas cosas se incrustaron en la cabeza de Aleksei al saber que todo su plan había sido frustrado por su hermana Lea.

Capítulo 26

Capítulo 25: Nosotros los perpendiculares I

Un escalofrió recorrió su espalda, la muerte estaba al asecho. Su respiración era entrecortada y su visión nublada.

Apenas alcanzaba a distinguir su ambiente inverosímil. Lea sintió que era alzada del suelo helado, por alguien muy fuerte. Ese calor que le era regalada, la hacían sentirse bien y culpable al mismo tiempo.

¿Vyeter?, Pensó ella. Miró a su salvador esperando que fuera él, pero no fue así, en su lugar era llevada por un extranjero desconocido.

Al instante miles de pensamiento se estancaron en su mente, cientos de palabras esperaban a ser pronunciadas; no obstante sus labios se negaron a moverse.

De entre el caos, surgió una idea, una idea que en un futuro se convertiría en una obsesión que la haría cruzar la mitad del mundo.

Vyeter, ¿Por qué?...

La cara de Aleksei estaba roja por el coraje y la vena en su frente palpitaba con fuerza. Si eso fuera poco, cada vez que daba un paso, estrellaba la suela de su zapato impecable contra el piso de mármol del Departamento de Contrainteligencia Francés.

— ¡Escúchenme bien!, ¡debemos encontrar a una joven de 19 años de edad su nombre es Lea Nadez!, exclamó Aleksei entrando a la sala de control del Departamento de Contrainteligencia de la República Francesa, ganándose la atención de todos los presentes, quienes lo veían con cierto recelo y rencor.

—Te atreves a aparecerte en este lugar después de los que hiciste, ¿acaso no tienes vergüenza?, increpó Danielle.

Aleksei se dio la vuelta y encaró a la mujer, con total confianza.

— ¿A qué te refieres?

La francesa hizo una seña a uno de los operarios y este reprodujo un video en la pantalla principal.

Las imágenes provenientes de la vigilancia en el edificio de la corporación Verlum, lo mostraban a él asesinando a dos de sus compañeros del departamento y posteriormente activando la máquina que produjo la amnesia 2032.

—Mataste a dos de los nuestros y no conforme destruiste una ciudad con personas inocentes llevándonos al borde de una guerra inútil, ¿tienes alguna explicación?

Aleksei no respondió a eso y vago por sus recuerdos de regreso a aquel día.

Tiempo atrás...

Luego de deshacerse de sus estorbosos compañeros, Aleksei cruzó la oficina principal de Verlum en dirección a la máquina, nada más hacía falta oprimir un botón y todo terminaría.

Miró por última vez a la razón de todo: su hermana Lea.

No era amor de hermano lo que sentía por ella, ni siquiera lastima; más bien ella era la oportunidad que él tenía para quedar como un héroe ante su depresiva madre que según él nunca le había prestado la atención necesaria.

Su único objetivo en estos momentos, era borrar la memoria de Vyeter y Lea, con el fin de evitar que en un futuro volvieran a encontrarse.

Te arruinaré la vida, tal como tú lo hiciste con la mía hermanita, Pensó Aleksei.

Oprimió el botón y la máquina se activó, una luz blanca cubrió el cuarto y con ello la amnesia 2032 comenzó.

—Ahora que lo sabes, ¿Qué vas a hacer?, dijo Aleksei en tono arrogante, llevando una mano a su cintura donde estaba su arma y fijando su mirada en los ojos de Danielle.

Los operarios se lanzaron al suelo cubriéndose las cabezas ante lo que estaba a punto de suceder.

Tres disparos retumbaron en la sala...

Aleksei estaba muerto...

10:00AM, En algún lugar de la República Francesa a 5 de febrero del 2034.

El sol alimentaba su cuerpo de calor físico, más sin embargo su alma estaba congelada. Físicamente Lea era toda una mujer de 19 años de edad, sin embargo su mente le seguía perteneciendo a una adolescente inexperta en la vida.

Al igual, aunque sus ojos volvieron a ser los de antes tras una operación, su alma estaría deformada de por vida.

Esa mañana se encontraba hundida en el jardín de orquídeas tratadas artificialmente para que pudieran crecer en estas tierras. Al igual que la naturaleza de esas plantas, su vida también era falsa. Tomó una de esas flores y comenzó a observarla detenidamente, sus ojos estaban rojos por la falta de sueño y es que cada vez que se iba a la cama y cerraba los ojos, veía a un joven que ella conocía como Vyeter.

¿Quién era él?, Pensó.

Por más que preguntaba nadie le respondía, inclusive le enviaron un psiquiatra para convencerla de que nada de lo que soñaba era real y todo era producto del trauma sufrido durante su cautiverio.

¿Cautiverio?, pregunto para sí misma.

Ella fue prisionera la mayor parte de su vida y eso seguía sin cambiar. Su

libertad estaba limitada a la villa perteneciente a su familia.

Su hermano supuestamente había creado la prisión perfecta para ella, el problema es que no conocía en nada a su hermana.

El problema es que ella también desconocía sus capacidades, su memoria era una hoja de papel en blanco, tal cual esperaba a que alguien le diese forma y la transformara en otra cosa, ya sea una carta de amor o una novela de ficción.

La vigilancia era atroz, podía encontrar cámaras por todos lados, e inclusive Lea pensaba que en su cuarto también había una.

Tanto su libertad, como su privacidad. No eran más que palabras superfluas en esta casa.

Y bien, no se puede tener a un ave enjaulada porque esta morirá, o escapara tarde o temprano.

Harta de su situación tomo la primera decisión en su vida que completamente le pertenecía: escapar de allí.

¿Pero a donde podría ir si no sabía tan siquiera como defenderse?, tal vez la respuesta era la misma a la de su insomnio, de alguna manera debía volver a la Republica del Sílice...

¿Quién soy?, ¿Dónde estoy?, preguntas difusas por parte de Lea que se dispersaron en el aire.

La luz de la luna iluminaba esa isla a la que sólo podía ir en sueños, rodeada por mares profundos y tenebrosos, su psique vivía atrapada en ese sitio.

Esos eran los rincones más profundos e íntimos de sí misma. Un lugar al que nada más ella podía entrar y salir, donde escondía sus secretos más oscuros y sus deseos más inocentes.

Desplazada su dedo sobre el agua tibia creando surcos y diminutas olas que se expandían en forma de ondas.

— *¿Acaso no te das cuenta del error?*

Lea no se volvió para mirar, pues ya sabía que quien le hablaba era ella misma, de hecho su versión más sombría. Ese vestido negro la delataba.

— *¿De que no me he dado cuenta?*

—*De que todos tus sentimientos hasta el día de hoy han sido infundados, nada de lo que crees es real, ni siquiera de lo que sientes por ya sabes quién...*

—*Vyeter...*

12:35PM, Nueva Cataluña, Republica del Sílice a 7 de febrero del 2034.

Escapar no fue tan difícil, gracias a la ayuda que recibió por parte de su propia madre para hacerlo.

Lea ahora nada más tenía que encontrar lo que vino a buscar a este país: sus recuerdos.

La biblioteca de Nueva Cataluña era técnicamente una gran base de datos, allí se guardaban los libros de historia, los primeros mapas de la nación y hasta las actas de nacimiento de todos aquellos nacidos en estas tierras.

El edificio burocrático de cuatro pisos de altura, tenía cierta semejanza con la arquitectura de la Grecia antigua. Lea subió los escalones de la entrada, topándose en poco tiempo con varios pilares de mármol blanco, que soportaban el techo delantero de la biblioteca. Le fue casi imposible no detenerse a contemplarlos, por unos segundos.

Una ráfaga de viento helado, le dio la bienvenida. La temperatura en el interior era considerablemente menor que en el exterior; no obstante al gentío que allí se encontraba no parecía importarles. Lea frotó con la palma de sus manos sus brazos, calentando su piel pálida.

Una mujer de aspecto confiable, que vestía falda negra y blusa blanca se

le acercó repentinamente.

—Mi nombre es Mónica, ¿Puedo ayudarla en algo?, dijo ella amablemente.

—Si...estoy buscando información de alguien..., replicó Lea acomodándose un mechón de cabello oscuro detrás de la oreja un tanto nerviosa.

—Acompáñeme entonces.

La bibliotecaria realizó una seña para que la acompañara, a lo que ella asintió con la cabeza.

Las estanterías estaban repletas de libros y creaban un laberinto interino que llegaba a extenderse decenas de metros. Mónica guio a Lea a través de esos pasadizos hasta un espacio donde había varias computadoras.

La mujer que aparentaba más o menos unos veinticinco años de edad, se sentó frente a una de las máquinas y luego volteo en dirección de Lea.

— ¿A quién buscas?, dijo ella esbozando una sonrisa risueña. Ya sea por su trabajo de ser amable con la gente o por su propia personalidad, ella era una persona encantadora que le caía bien a todos los que conocía.

A su vez Lea froto sus manos y dio un largo suspiro.

—Busco a alguien llamada Lea...

— *¿Ya notaste el error?*

A Lea prácticamente no le importaba lo que dijera su alter ego, puesto que seguía jugando en el agua.

—*No sé de qué hablas.*

— *¿No sabes?, o, ¿no quieres saber?*

Un silbido salía de los labios rosados de Lea, acallando la voz de ella misma, la melodía que se le iba ocurriendo inundo su cabeza y se convirtió en su todo y en su nada.

— *¿Por qué evades lo que te pregunto?, cuestiono la muchacha que estaba detrás de ella.*

—*Porque tú sabes la respuesta, después de todo, ¿Quién crees que eres?*

Hubo un silencio incomodo que permaneció por un par de minutos, hasta que contesto.

—*Yo soy tú lado racional.*

—*Te equivocas Lea, tú eres yo y yo soy tú. Ambas sabemos la respuesta de lo que quieres preguntar, pero te niegas a aceptarlo.*

De la misma forma que si hubiera sido derribada, la muchacha cayó sentada al suelo arenoso. Con una expresión de desconcierto en el rostro.

— *¡No trates de confundirme!*

La versión de Lea que hasta hacía unos momentos jugueteaba, se puso de pie secando sus manos en su vestido blanco, que misteriosamente cambio de color a negro. Mientras que el de su alter ego se volvió blanco.

—*No trato de hacerlo, entonces, ¿Ya notaste el error?*

Miedo, la respuesta natural del cerebro a las amenazas y que conlleva a una acción: huir...

Su corazón latía a más no poder, sus piernas le dolían, hacía un tiempo desde que tuvo que correr de esa manera.

La biblioteca quedo en el olvido, a través de las calles de Nueva Cataluña, Lea se abrió paso huyendo de sí misma, cosa que nunca podría hacer. Las lágrimas se escurrían de su rostro mediante sus mejillas, sus sentimientos estaban destrozados.

140 resultados y darse cuenta de que ninguna era ella, de que no existía un registro de su identidad en el pasado, la devasto por completo y se sintió como si no fuera nada.

Cansada de escapar, se detuvo en un callejón. Se recargó contra la pared de un edificio tapándose la cara, ocultando su llanto, guardándose sus

emociones al igual que siempre lo había hecho.

Ya en este punto, nada más le quedaba volver al origen de todo.

Debía volver a Elefthería...

En la isla mental de Lea, las dos hermanas sentadas lado a lado creaban ondulaciones en el agua oscura iluminada por la luz blanquecina de la luna artificial.

—Todo fue parte del mismo experimento, fuimos utilizados como ratas de laboratorio, ahora eso me queda claro.

La Lea oscura volteo a mirar a su par con cierta ironía.

—Así que ya encontraste el error, al final todo fue infundado; no obstante, ¿Qué es lo que sigues sintiendo por Vyeter?

—El me abandonó en Elefthería, a él no le importo.

Una lágrima pasajera se desprendió del rostro de Lea, últimamente era muy sensible.

—Eres patética, ¿lo sabes? —Dijo la Lea oscura con completa seguridad—, sólo piensas en ti nada más, ¿nunca te has preguntado por qué lo hizo?

—siempre lo he hecho, he atravesado cientos de kilómetros para ello.

—Entonces creo que ya estas preparada para saber la verdad, debes recordar...

La estación del metro de Nueva Cataluña era la más grande del país y se enlazaba con las ciudades aledañas, incluyendo a Elefthería. En ese momento, Lea desconocía que esa ciudad estaba cerrada al público para su descontaminación, sin embargo al igual que muchas otras cosas eso no

le importo.

De hecho, ella ni siquiera sabía a donde ir y la estación del metro fue lo primero que se le vino a la cabeza, como un recuerdo pasajero.

Al llegar al centro del edificio, Lea busco refugio en una pequeña banca bajo un traga luz. Se sentía como un estorbo, como alguien superflua cuya existencia no era reconocida por nadie.

Inhalo con fuerza y suprimió el llanto que intentaban escapar de sus ojos. Entonces nada paso, excepto una extraña sensación de deja vu.

Alzo la cabeza, un haz de luz la encandilo y ello conlleva a una ola de recuerdos de su otra vida.

—La has visto...

Un año después...

9:35AM, Elefthería, Republica del Sílice a 30 de enero del 2035.

Han transcurrido dos meses desde que la ciudad fue habitada de nuevo y tres años desde la Amnesia 2032. El panorama había cambiado mucho en ese tiempo, las acostumbradas cámaras de vigilancia en las esquinas de las avenidas, ya no existían y lo más importante aún, la gente se había liberado de usar el grillete digital, conocido como TPS.

Sin embargo, un vestigio del pasado andaba por las calles de Elefthería. La muchacha de 20 años de edad, vestía de negro y llevaba una gardenia en la mano.

Su destino: el lugar donde todo comenzó...

Capítulo 27

Capítulo 26: Nosotros los perpendiculares II

10 de agosto del 2032.

— *¿Por qué?, dijo Vyeter con la voz temblorosa.*

Tal parecía que los sentimientos de Vyeter hacía Lea eran sinceros, al cuestionar el favor que le pidió Aleksei.

—*Únicamente dos personas en el mundo pueden tolerar el Xaneos-05 sin sufrir los efectos secundarios, es decir tú y Lea, aunque también puede que algunos de sus familiares tuvieran esas mismas características genéticas, en ese caso fui yo, dijo Aleksei.*

— *¿Entonces tú?...*

—*Así es, Lea es mi hermana, fue raptada hace doce años de nuestra casa en Francia y desde entonces mi familia la ha buscado sin éxito alguno, pero ahora que la he encontrado deseo que vuelva, además mi madre está en su lecho de muerte y sería bueno que pudieran despedirse, concluyó Aleksei.*

—*Entiendo perfectamente, la traeré de vuelta, replicó Vyeter.*

Y debajo del rostro confiable de Aleksei, se ocultaban sus verdaderas intenciones maliciosas...

Las olas arremetían contra la costa imaginaria. Vyeter miraba y esperaba sentando sobre la arena del desierto de su alma.

— *¿Qué haces aquí?*

No hacía falta mirar, pues sabía quién le hablaba...

—Necesito que respondas a algo, es muy importante.

—Dime.

— ¿Qué es lo que sientes por Lea?

Nueva Cataluña, República del Sílice a 12 de diciembre del 2034.

Blanco, eso fue lo primero que diviso Vyeter al abrir los ojos. El joven se giró en la cama para ver su reloj de mano, eran las 8:45 de la mañana. Un día normal en su vida solitaria.

Hacía dos años, había perdido la memoria durante la amnesia 2032 y desde entonces poco sabía de su pasado. Cosa que lo tenía sin cuidado, pues de todas formas nadie de su familia, si es que tenía, fue a reclamarlo al hospital, donde estuvo por dos meses.

Lo único con lo que se conformaba, era con la identidad suya que encontraron en la base de datos de la Republica del Sílice, su nombre: Alí Zahir.

Alí Zahir, detestaba ese nombre por razones que él ignoraba. Si alguien lo llamaba, era por el único sobrenombre que recordaba: Vyeter.

Luego de considerarlo durante unos minutos, entre dormir y levantarse, optó por lo segundo. La punta de sus pies descalzos hicieron contacto con el frío piso de cemento, no había nada mejor para hacerlo despertar que esa sensación helada.

Vyeter vivía en un departamento, ubicado en el tercer piso de un edificio en una gran zona residencial dentro de Nueva Cataluña.

Llegó ante su ventana y corrió las cortinas. Esa visión matutina de los cerros de Nueva Cataluña era incomparable; no obstante ese día de diciembre, el cielo estaba oscurecido por las nubes que amenazaban con liberar la lluvia. Por alguna extraña razón, ese paisaje sombrío le traía un

raro sentimiento de nostalgia.

Que extraño, Pensó Vyeter soltando un suspiro, que dio vida a una frágil nube de vapor de agua que al poco tiempo se disipó en el aire.

— ¿Qué eres exactamente?, dijo Vyeter.

Su alter ego se sentó al lado, eran tan iguales, pero a la vez tan diferentes. Tomó una piedra que estaba en la arena y la lanzó lejos con la esperanza de que llegara al agua.

—Yo soy tú pasado, un defecto de tu memoria producido por los efectos del xaneos-05, inyectado por la corporación Verlum—replicó él con voz pasiva—. En otras palabras yo fui el que obedecía órdenes de ellos, por lo tanto conozco todos lo que sucedió mientras tú dormías, así como los detalles de tu conciencia.

—Entonces, ¿sabes lo que ocurrió aquella noche?

El alter ego permaneció inexpresivo, pero claramente le molesto esa pregunta.

—Sí, lo sé—suspiro él con pesar en sus palabras y una carencia de emotividad ante lo que estaba a punto de decir—. Esa noche, influenciados por el Xaneos-05 de la corporación Verlum, estuviste a punto de huir con Lea; no obstante ella sufrió un ataque psicológico y la operación fue cancelada.

— ¿Y si fue así por qué no puedo recordarlo?

El joven alzo los hombros negando con la cabeza.

—Supongo que para ti no significo nada y por eso desechaste el recuerdo, así como lo hiciste con el recuerdo de la cara de tu propia madre, ¿no es así?

— ¡No!

A escasos metros de la salida del edificio donde vivía. Vyeter se percató de que allá afuera, caía una leve llovizna, lo cual a él no le importaba.

Sin embargo a su acompañante sí...

Meneo su cabeza hacía un lado para echarle un ojo.

El extenso cabello de ella era sedoso, de color negro y caía hasta su espalda, su piel espectral era blanca y sus ojos verdes. Su nombre: Lea Violeta.

—Dime, ¿hoy pudiste recordar algo?, dijo Lea.

Todas las mañanas Lea Violeta iniciaba la conversación con la misma pregunta. A si mismo Vyeter, tenía para ella la misma respuesta.

—Lo siento Violeta.

Cada vez que pronunciaba su segundo nombre, Lea sentía una alegría incomparable, aunque sólo durara por unos momentos.

— ¿Por qué siempre me llamas por mi segundo nombre?

—No lo sé, tal vez me recuerdas a alguien.

Lea se detuvo y llevó un puño a su corazón.

¿Sera posible?, Pensó ella.

— ¡Oye!, ¿te quedaras ahí parada?, ¿o vas a seguirme?

Dando un saltito por la impresión, Lea miró a donde Vyeter, quien ya se encontraba por irse.

—Ya voy.

Desde hacía unos meses, los dos eran vecinos en el edificio y comúnmente realizaban el mismo trayecto por las mañanas. Vyeter asistía a la universidad de Nueva Cataluña y ese día presentaría un examen muy importante, mientras que Lea se dirigía a su empleo en una tienda departamental, ubicada en la estación principal del metro de la ciudad.

Al poner un pie en el exterior, Lea sintió brevemente la caricia de algunas gotas de agua que se impregnaron en su rostro y cabello, antes de que

Vyeter le cubriera la cabeza con su chaqueta negra.

— ¿Qué haces?, pregunto Lea.

—La última vez, dijiste que si volvías a llegar mojada por la lluvia te despedirían.

Esa sensación de protección que Vyeter le brindaba, en vez de animarla, la deprimía más. Lea fingía que no lo conocía, con la esperanza de que algún día el recuperara sus recuerdos; no obstante ese momento no se veía muy cerca.

Las siguientes cinco cuerdas, Lea permaneció en silencio, inexpresiva, escondida en su mundo personal.

¿Por qué lo hago?, Pensó ella. Teniendo en cuenta el hecho de que en parte sus sentimientos hacía Vyeter fueron infundados en su cerebro, ella sentía que en algún lugar podía haber algo que fuera real.

Aunque tal vez ella también podría estar equivocada...

...Sabía que él la había abandonado en el pasado, pero no sabía las razones y tenía miedo de confrontarlo.

Por su parte, Vyeter sentía un gran sentimiento de culpa que no podía explicar, estando junto a ella. Era como si le hubiera hecho algo muy malo en el pasado, a pesar de que no la conocía.

La avenida nueve, el lugar donde ambos se separaban.

—Nos vemos Violeta, alcanzó a decir Vyeter alejándose.

La joven respondió con un movimiento de la mano y ella terminó yéndose también por su lado. Entonces, las lágrimas comenzaron a escurrirse por sus mejillas, mezclándose con las gotas de lluvia.

Apenas dio unos pasos, se dio cuenta de que Vyeter le había dejado la chamarra, giró la cabeza para ver si volvía por ella, pero él ya se había ido...

—Vyeter...

Meses antes...

El documento en sus manos que obtuvo en la biblioteca de Nueva Cataluña, no mentía, luego de buscar en todas partes al fin lo había encontrado, sin embargo, ¿él la recordará?, ¿él podrá explicarle por qué la abandono?...

Como una niña de seis años radiando de alegría, Lea entró en aquel edificio departamental corriendo y subió las escaleras que llevaban al tercer piso, de dos en dos. Portando nada más que lo traía puesto, es decir unos pantalones oscuros y una playera del mismo color.

Agotada por el sobre esfuerzo, se limpió parte del sudor que se desprendía de su frente y hecho una mirada rápida al documento.

¡Ultimo departamento!, gritó para sí misma.

La puerta metálica se hizo más grande, hasta que quedo frente a ella, tocó algunas veces y efectivamente estaba ahí. Al que buscó durante tanto tiempo para que le proporcionara respuestas, el problema fue que él no podía dárselas porque no las recordaba...

— ¿Qué sientes por Akari?

El Alter ego se quedó muy pensativo ante esa pregunta por parte de Vyeter, luego volteo a mirarlo con aburrimiento.

—Ella ha sido un interesante proyecto para mí, luego de lo ocurrido con Zaida—el ficticio Vyeter se detuvo a tomar aire, antes de proseguir—, sin embargo veo que tú le has tomado un verdadero aprecio.

— ¿Qué hay de Yassira?

La pregunta hizo reír al Alter ego, inexplicablemente.

—Debido a su instinto sobre protector, ella vendría a ser la madre que nunca tuviste Vyeter.

Ambas preguntas, servían para abrirle el camino a la cuestión más importante.

—De acuerdo, entonces, ¿qué es lo que sientes por Lea?, ¿Por qué ella está presente en mis pensamientos?, ¿Por qué cuando perdí la memoria, solo podía recordarla a ella?

—Yo no puedo responder eso.

Eso devasto a Vyeter y lo desespero aún más.

— ¿Por qué no?

—Porque no me corresponde a mí decírtelo, sino a ella.

Vyeter vio, hacia donde señalaba el Alter ego y quedó helado al hacerlo.

— ¿Violeta?...

La universidad de Nueva Cataluña, era un complejo bastante amplio que se llegaba a extender por varias calles. Al entrar, Vyeter se imaginaba que estaba en una ciudad oculta, dentro de otra.

En un edificio de cinco pisos de alto, se hallaba el lugar donde presentaría el examen. Sus paredes de concreto, parecían transmitir el más puro conocimiento. Ansioso por entrar, comenzó a caminar a grandes zancadas.

Sin embargo, una mujer lo detuvo en seco, antes de que pudiera tener un pie dentro.

— ¿Quién es usted?, ¿Y a dónde cree que va?, increpó la desconocida.

Ella era de piel morena, sus ojos verdes y esa cara delataba sus raíces de medio oriente, Vyeter nunca antes la había visto por aquí.

—Mi nombre es Alí Zahir, vengó a presentar el examen.

—Entiendo, yo soy Olivia Olichev y creo que seré tu maestra esta mañana.

Era imposible no dejar de verla, la mandíbula de Vyeter colgaba y en sus ojos apagados se reflejaba lo imposible.

Delante de él estaba la razón de sus problemas, ella lo miraba inexpresiva, mantenía sus brazos a los lados, inmóviles, innecesarios en este mundo.

— ¿Quién eres tú?

—Yo soy la parte de Lea que permanece en tu corazón, yo soy lo que evita que la olvides y quien conoce tus verdaderos sentimientos hacia ella.

Antes de darse cuenta, el Alter ego y la playa, habían desaparecido para dar lugar a una isla solitaria, rodeada por aguas oscuras, que apenas alcanzaban reflectaban la luz de la luna.

—Entonces te pido que me reveles la verdad, soltó Vyeter algo serio.

—No es algo que pueda decirse, es algo que tienes que ver.

Ella alzó sus brazos hacía el cielo onírico y todo comenzó a iluminarse...

1:00PM, Nueva Cataluña, Republica del Sílice a 12 de diciembre del 2034.

Amnesia, soledad y reconciliación...

Durante los últimos dos años habían sido las tres cosas que han permanecido cercas de Vyeter.

El lápiz de Vyeter, cayó haciendo espirales y rebotó en el suelo un par de veces. Los veinte alumnos, más la maestra Olichev, se le quedaron viendo.

La respiración de Vyeter se fue al límite y sentía que su corazón iba a

estallar en cualquier momento.

— ¿Te encuentras bien, Vyeter?, pronunció la maestra Olichev con cierta duda.

Absorto en sus pensamientos, Vyeter abandono el aula sin decir nada; ganándose aún más la mirada de todos. Las especulaciones comenzaron alrededor de su persona.

"*Se cansó, se rindió, tal vez término...*", eran algunas de las cosas que se escuchaban decir.

Al salir de allí, Vyeter se derrumbó contra la pared del salón, en un pasillo solitario. Sus recuerdos volvieron, así como sus tristezas y desganes.

Obtuvo el celular de uno de sus bolsillos y allí vio la fotografía que se había tomado junto a su vecina Lea, tiempo atrás.

—Esos ojos...

12 de diciembre del 2034. Alí Zahir (Vyeter), recobró la memoria a mitad de una clase sin razón aparente.

Capítulo 28

Epilogo

9:00AM, Elefthería, República del Sílice a 30 de enero del 2035.

Una incómoda brisa glacial, hacía bailar las puntas desnudas de los árboles y la niebla complementaba este ambiente invernal.

Una gardenia reposaba sobre el altar de concreto que nada más Vyeter visitaba desde hacía un tiempo.

Inesperadamente una segunda gardenia fue puesta al lado, de la primera.

—Me gustaría haber conocido a Zaida, dijo Lea.

—Estoy seguro que le habrías agradado, replicó Vyeter.

Lea se giró hacia Vyeter con una determinación contundente. El momento finalmente había llegado.

— ¿Por qué Vyeter?, ¿Por qué me dejaste sola en Elefthería?

—Sin contar el hecho de que me habían disparado, creo que te deje ir porque llegué a pensar que estarías mejor con tu verdadera familia—dijo Vyeter en un suspiro largo y pesado—; no obstante los últimos meses al verte sentía culpa por haberlo hecho.

Una ráfaga de viento sopló alzando el polvo del pasado, limpiando el presente y dejándolo listo para el futuro.

— ¿Entonces?

— ¿Entonces qué?

Cansada de tantos juegos de intriga, Lea sujeto el hombro de Vyeter y lo obligó a mirarla a los ojos. Ella lo veía de la misma manera que hace dos años, repitiendo así la misma escena.

—Necesito...necesito saber si sientes algo por mí, dijo Lea con la voz quebrantada.

— ¿Y tú sientes algo por mí, luego de lo que te hice?

— ¡No pase meses enteros fingiendo que no te conocía en vano!, ¿no es así?

Esa misma cara de enojo, era igual a la de una niña pequeña. Vyeter sonrió y agradeció haber tomado la decisión correcta.

—Vamos, te lo diré mientras caminamos.

Ambos conocían su pasado, Lea antes de ser raptada era una niña muy sensible y amante de las flores que lloraba por cualquier cosa, mientras que Vyeter...él siempre fue un sobreviviente. Ninguno de los dos sabía lo que podría ocurrir, pero aun así optaron por seguir y averiguarlo ellos mismos.

Mientras caminaban, la niebla comenzaba a cubrirlos lentamente.

—Oye Vyeter, ¿Cuál es tu verdadero nombre?

Al no llamarse Alí Zahir, ni Yaroslavl Dimitrievich Betra, esa era realmente una cuestión.

—Bueno, eso es algo complicado...

Varios años antes...

Luces y sombras por encima de él, además de eso, el niño de cabellos desmarañados escuchaba un zumbido raro en sus oídos.

Apoyándose en sus manos, se sentó sobre la superficie maleable en la que hasta hace unos instantes estaba recostado.

¿Una cama?, pensó él.

Frente a él, una serie de barras metálicas limitaban su libertad.

Un quejido junto a él lo alertó, a su lado yacía una niña dos años menor que él, que vestía un vestido blanco que la hacía parecer un ángel

dormido.

Dos hombres de traje, aparecieron ante ellos mirándolos con desprecio.

—Estos son los dos que superaron las pruebas médicas, señor Verlum.

Aquel al que llamaban Verlum, dio un paso al frente acercándose a la barandilla.

—Antes de borrarles la memoria, me gustaría conocer sus nombres.

¿Me borrarán la memoria?, Pensó aquel niño con un terror incalculable.

—De acuerdo señor, la niña se llama Lea Nadez la encontramos en el sur.

El señor Verlum, que realmente se llamaba Francois sonrió con malicia.

—Es una linda niña, lástima que tengamos que sacrificarla por el bien de nuestra nación, y él...

—A este lo encontramos más lejos, en las calles de Moldavia, su hace llamar Vyeter, pero su nombre real es Marcel Ánemos...

Y allí comenzaba la desventura de Vyeter por el mundo y que cuyo principio del fin, sería una tarde de febrero, del año 2032.

FIN

Capítulo 29

Agradecimientos

Dedicado a los usuarios que votaron y comentaron en esta obra, así como a los que prestaron su tiempo para leerla. Tanto de wamppad, como de *me gusta escribir*.

También a quienes dieron su opinión y me ayudaron a mejorarla con sus reseñas.

Este espacio les pertenece, sin ustedes no hubiera sido posible.

A todos, ¡gracias!

10/07/2015